DOLORES VALLCOP

EL CÍRCULO DE LOS VIOLENTOS



GCA

EL CÍRCULO DE LOS VIOLENTOS

DOLORES VALLCOP

Título original: El círculo de los violentos
Primera edición: 2026
Copyright © Dolores Vallcop
Todos los derechos reservados
ISBN: 978-84-09-88156-7
Depósito legal: A 0427-2026

www.doloresvallcop.com

A Javier, Martín y María. Siempre.

«Los lugares más oscuros del infierno están reservados para quienes mantienen su neutralidad en tiempos de crisis moral».

Dante Alighieri

PRIMERA PARTE

Kyleakin, isla de Skye, Escocia

Invierno de 1990

Es de noche y tiene frío. Aunque sobre el pijama de franela lleva una gruesa bata, el aire que se cuela por la ventana mal cerrada se mete entre las costuras y le cala hasta los huesos. Fuera ha comenzado a nevar. Ya no lo hace tan a menudo como antes, pero aún sucede un par de veces al año. Cuando era niña, disfrutaba de esos días: se quedaba en casa y pasaba horas jugando con la nieve, haciendo muñecos y lanzando bolas con su hermano.

Hasta aquella noche.

Su madre, haciendo una excepción, la había dejado salir con unas amigas. Cuando regresó, su padre la estaba esperando en su dormitorio, sentado en la cama, demasiado sereno. Ella admitió que había llegado tarde. Se disculpó. De nada sirvió. Sin levantar la voz, él la llevó fuera. La arrastró hasta el pequeño granero detrás de la casa y allí se encerró con ella.

Esa noche todo cambió.

Él le dio «ejemplo». Le enseñó las consecuencias de actuar como una «guarra». De salir sola. De llegar tarde. De no ser «pura».

Le dolió. A la mañana siguiente, en el baño, vio la ropa interior manchada de sangre.

Ahora, de pie en ese lugar que por desgracia conoce tan bien, regresa el frío. Y el miedo.

Su hermano la observa desde un rincón, incapaz de apartar la vista. Aunque es tres años menor, también conoce esos «castigos». Cuando no obedece. Cuando no actúa de manera «pura». O cuando su padre así lo decide. Sus ojos no albergan dudas: en cuanto acabe con su hermana, le tocará a él. Pero antes lo obligará a mirar.

Hace tiempo que su madre eligió mirar hacia otro lado. Ella no la juzga. Sabe que también tiene miedo. Ha soportado esas correcciones durante años y ahora, de algún modo perverso, respira aliviada al compartir el horror con sus hijos.

—Ishbel, desnúdate —ordena el padre.

Ella no se resiste. Hacerlo solo prolongará la agonía. Si se queda quieta, si deja de luchar, dolerá menos. Se aferra a la esperanza de que, por una vez, él no la obligue a mirar después.

Su hermano no lo soportará esta vez. La última noche no dejó de sollozar. Pero su padre no se detuvo. Cuando terminó, ella tuvo que arrastrar al pequeño hasta la cama. Estuvo dos días sin levantarse.

Ishbel se quita la ropa y se tiende sobre el sofá mugriento que ocupa el centro de la habitación.

—¿Sabes por qué hacemos esto, verdad? —pregunta con solemnidad mientras la inmoviliza con su peso—. Lo hago por tu bien, para que aprendas quién manda, para que honres a tu padre. Es la única forma de que puedas salvarte.

—Sí, papá —responde ella como una autómata.

Luego cierra los ojos.

Imagina que está en otro lugar.

Y espera a que termine.

1

Ferrán cierra su mochila, se despide de sus compañeros y sale del vestuario del polideportivo. Cruza las pistas de fútbol sin levantar la vista y abandona el recinto. Su madre lo espera fuera, con el coche en doble fila.

—Hola, cariño —saluda en cuanto su hijo se deja caer en el asiento—. ¿Qué tal el día? ¿Cómo ha ido el entrenamiento?

Ferrán se lleva la mano al cuello y lo masajea con fuerza.

—Bien —miente—. Normal.

—¿Seguro? —insiste ella antes de arrancar.

Él asiente con la mirada fija en el salpicadero. Con trece años recién cumplidos, sabe que su madre no puede ayudarlo. Por eso prefiere callar.

Todo empezó un año atrás, con el inicio de la secundaria. Hasta entonces había sido inseparable de sus cuatro amigos de siempre, pero el instituto los repartió en clases distintas y el grupo se dispersó. Al principio no importó. Se veían en los recreos, en los entrenamientos. Pero ellos no tardaron en hacer nuevos amigos. Ferrán, en cambio, se sentía cada vez más solo.

Quedaba el fútbol sala, su refugio. En la pista podía ser él mismo. Durante dos horas a la semana —más los partidos de la liga que jugaban—, se sentía libre. Después regresaba al aula. Y volvía el infierno.

Ni siquiera sabe cómo empezó todo. Quizá fue un comentario sobre su pelo. O su delgadez. Mientras los demás pegaban el estirón y presumían de músculos, él conservaba una complexión infantil. Ser introvertido y sus gustos por la lectura, el cine o la soledad lo convirtieron en el blanco perfecto. Las buenas notas tampoco ayudaron. Tuvo que acostumbrarse a que lo llamaran empollón, pelota…

Y un día alguien escupió la palabra «maricón».

El coche se detiene frente al garaje de la urbanización donde viven, en la zona nueva de la Gran Vía. Alrededor hay parques,

comercios, cafeterías y bloques modernos. Es un buen lugar para instalarse. Debe de serlo, a juzgar por el precio de las viviendas.

Su madre aparca y ambos suben en silencio hasta el sexto piso.

Al entrar, los recibe su padre, asomando la cabeza desde el estudio. Adrián, su hermano mayor, está tirado en el sofá, con el portátil entre las piernas.

—¿Te ha dado tiempo a hacer la compra? —pregunta a su marido.

—Sí, Clara —responde él con un hastío que no se esfuerza en disimular.

—¿Y la cena?

—En el horno. Cámbiate, que cenamos ya. He tenido un día de mierda y quiero acostarme temprano. —Se vuelve hacia su hijo menor—. ¿Qué tal el día, campeón?

Ferrán deja la mochila y le da un beso.

—Todo bien, papá.

Más tarde, tras la cena, se encierra en su habitación. Es tarde y sus padres querrían que durmiera, pero tiene que repasar para un examen. Si sus notas bajan, le quitarán el fútbol.

Saca el archivador y se pone a estudiar. El móvil descansa apagado sobre la mesita de noche. Conseguirlo no fue fácil. Tras meses de insistencia, sus padres cedieron con una condición: usarlo solo para emergencias o quedar con sus amigos. El resto del tiempo, apagado. Ese fue el pacto.

«Mejor así».

La última vez que lo encendió para preguntar unas dudas sobre un examen, lo que leyó de él en el grupo de clase lo dejó hundido durante una semana. Desde entonces lo mantiene en silencio y solo responde a sus amigos.

Las malditas redes.

Antes podía refugiarse en casa; ahora la humillación lo persigue también allí.

Acabó por contárselo a sus amigos. Las reacciones fueron parecidas. Uno le dijo que los ignorase. Otro repitió algo que oyó

decir a su padre una noche: que «sacara los huevos» y les partiera la cara. Su hermano se ofreció a plantarles cara si él no se atrevía.

Su madre fue la única que lo escuchó de verdad. Acudió al instituto aquella misma tarde. La tutora le aseguró que activarían el protocolo de acoso.

Fue peor.

La respuesta del centro se limitó a un par de citas con una psicóloga que prometió mediar con los agresores.

Los abusos se intensificaron: encierros en el vestuario, empujones, humillaciones grabadas con el móvil…

Su madre atravesaba un bache en el trabajo; su padre no daba importancia a sus problemas. Optó por fingir. Calló. Se convenció de que podría soportarlo. De que, con el tiempo, se cansarían y buscarían otra víctima.

Y, en cierto modo, eso fue lo que ocurrió.

Ferrán aceptó el aislamiento con resignación. Se acostumbró a ser invisible, a pasar desapercibido. Se centró en el fútbol, en sus estudios y, durante unos meses, vivió protegido por esa coraza.

Hasta que la conoció.

Hasta que ella entró en su vida.

Desde entonces, los problemas del instituto casi le parecen chiquilladas. La verdadera razón por la que vive con un nudo en la garganta empezó hace apenas unas semanas.

Y eso sí que no puede contarlo.

A nadie.

Ella se lo hizo jurar. Le advirtió que, si hablaba, ella lo haría también. Que lo que habían estado haciendo podría meterlo en un problema muy serio. Que podría acabar en la cárcel. Le amenazó con destruir su futuro. Y el de su familia.

Hay días en los que siente que no puede más. Querría desaparecer. Ser invisible de verdad. Sueña con caminar sin miedo. Daría lo que fuera por no sentirse sucio. Como si hubiera hecho algo imperdonable, aunque no entendiera exactamente qué. Quisiera huir, pero solo tiene trece años. No tiene dinero ni adónde ir. Además, ella nunca lo permitiría.

Está solo.

Últimamente fantasea con algo que al principio le daba miedo incluso pensar: desaparecer de verdad. Ha buscado en internet formas de hacerlo. Al principio era curiosidad; ahora le parece la opción más lógica. Le asusta morir. Pero no quiere seguir viviendo así.

Hace dos noches escribió una nota para su madre. Una despedida. Una carta de amor a su familia en la que les pide perdón y les suplica que no se culpen. Es, les explica, la única forma que ha encontrado de protegerlos.

Cuando está convencido de que todos duermen, saca el sobre del cajón del escritorio y lo deja sobre la almohada.

Sale de la habitación y cruza el pasillo descalzo. Todo está a oscuras. Abre con cuidado la puerta de la terraza. La noche es fría, pero serena, con un cielo sembrado de estrellas. La luna llena tiñe de blanco casi todo lo que alcanza a ver. Ferrán se encarama a la barandilla y mira hacia abajo. El vértigo lo paraliza. Se esfuerza en contener un llanto que pronto le salpica los ojos. Le tiemblan las piernas. Apenas puede respirar. Durante un instante piensa en volver dentro, con su familia. Abrazar a su madre. Contárselo todo.

Lo que lleva semanas planeando ya no parece tan buena idea.

Pero ella regresa de golpe. El miedo. La culpa. El asco. El futuro está vacío; solo hay oscuridad. Un desamparo inmenso se adueña de él. La soledad lo abraza, lo acuna, le señala el camino.

Intenta resistirse. Piensa en su familia, en el dolor que va a causarles.

Pero ya no puede más.

Cierra los ojos.

Y se deja caer.

2

La tenue luz de los fluorescentes se refleja en el suelo de baldosas cuadradas que alternan los colores crema y marrón tierra, simulando un interminable tablero de ajedrez. El olor a desinfectante y a enfermedad termina de completar una atmósfera inconfundiblemente hospitalaria. Son las cuatro y cinco de la madrugada y, a esa hora, Aura Martín siempre se arrepiente de dos cosas: la primera, haber estudiado Medicina; y la segunda, haber elegido una especialidad tan exigente y esclava como la anestesiología, condenada a guardias tan malas como esta.

Cruza el pasillo que conduce al bloque quirúrgico y se detiene frente a la puerta acristalada que da acceso a él. Sin poder reprimir un bostezo, marca el código. Una vez en el vestuario, cuelga su bata blanca —que lleva sobre el pijama verde—, se coloca el gorro, coge una mascarilla y se dirige al quirófano número diez, el reservado para las urgencias. Nada más entrar, encuentra un escenario casi idéntico al que dejó hace unos minutos: los cirujanos piden instrumental sin parar, la enfermera circulante va de un lado a otro asistiendo a la instrumentista y la auxiliar entra y sale en busca de material. El paciente está rodeado de tubuladuras, cables y sueros. Reina un caótico orden que, por desgracia, ella conoce a la perfección.

Ángel, su compañero de guardia, modifica los parámetros del respirador al que está conectado el enfermo.

—¿Qué tal?

—Igual —responde Ángel, incapaz de disimular el agotamiento.

—¿Han avanzado algo? —pregunta, señalando a los cirujanos.

—Acaban de quitar el bazo. Hemos avisado a los traumatólogos para que coloquen el fijador externo en la pelvis.

—¿Y el resto de fracturas?

—Según ellos, pueden esperar. Dicen que no corren tanta prisa.

—¿La del cráneo tampoco?

—Acabo de hablar con los neurocirujanos. Van a dejar pasar unas horas para ver cómo evoluciona el hematoma intracraneal. A lo mejor el chaval se libra de la cirugía.

—Me parece sensato —coincide ella mientras revisa las imágenes del TAC en uno de los ordenadores—. Para el impacto que ha recibido, me sorprende lo poco que tiene.

—Sí, pero aun así… Si se salva, cosa que dudo, será porque tiene trece años. La juventud juega a su favor, pero, aunque parece que ya han logrado controlar la hemorragia, sigue estando muy grave. Con esta —señala la bolsa de sangre conectada al paciente— ya le habremos transfundido ocho unidades y continúa con la noradrenalina a chorro.

Aura se fija en el monitor. Su compañero tiene toda la razón. Para la sangre y líquidos que ha recibido el chico, siguen sin poder remontarlo.

—¿Alguien ha vuelto a hablar con los padres?

Ángel asiente.

—Pedro salió a hablar con ellos antes de empezar la cirugía. Les ha dicho lo mismo que nosotros: que su hijo está muy grave y que haremos todo lo que podamos.

—Joder… desde un sexto piso… Ni siquiera sé cómo ha llegado vivo.

—Al parecer, cayó sobre varios toldos que amortiguaron parte del impacto —explica él—. Pobres padres… Estaban en casa y creo que la madre lo vio saltar. Dicen que ha sido aquí al lado, en una urbanización de la zona de Gran Vía.

—Creía que había sido un accidente.

—Eso dijeron en un principio. Como estaban los padres delante… Pero no, ha sido un intento de autolisis.

Aura le cuenta al menos dos bostezos antes de que termine la frase, así que sugiere a su compañero que vaya un rato a descansar. Él le pregunta si de verdad no le importa quedarse sola, termina de darle el relevo y se dirige a la puerta. El pitido agudo de la alarma del monitor lo hace detenerse.

—¡Bradicardia extrema! —anuncia una de las enfermeras.

—¡Una ampolla de atropina! —ordena Aura—. ¡Y cargad adrenalina!

—No aguanta. Se va a parar… —advierte Ángel.

De inmediato, el equipo se moviliza para iniciar las maniobras de reanimación cardiopulmonar avanzada. Tal como predijo su compañero, el corazón del chico empieza a latir de forma descontrolada. Con una descarga del desfibrilador consiguen recuperarlo unos segundos, pero vuelve a entrar en fibrilación ventricular, esta vez de manera irreversible. El corazón del muchacho se detiene tras unos últimos latidos aislados, como si el cuerpo se negara a rendirse.

Aunque todos colaboran con el masaje cardíaco, es Ángel quien, tras consultar el reloj, ordena detener las maniobras. Han llegado al punto de no retorno. Tras treinta minutos de reanimación, fijan la hora de la muerte a las cinco y diez de la madrugada, seis horas después de su entrada en quirófano.

Han sido pocas las ocasiones en que Aura ha tenido que comunicar la muerte de un paciente en quirófano. Nunca a unos padres.

Hasta hoy.

Camina apesadumbrada —junto a su compañero y los tres cirujanos— al encuentro de unos padres a los que van a dar una noticia de la que jamás podrán recuperarse. No solo por el hecho de haber perdido un hijo, sino por saber que la muerte no fue debida a un accidente. Fue él quien eligió morir. A partir de ahora vivirán con una pregunta que nadie podrá responderles: qué hicieron mal.

Eso será lo peor. «La naturaleza no debería permitir que unos padres sobrevivan a sus hijos*»,* piensa con amargura.

Deja que sea su compañero quien tome la palabra. El resto mantiene la cabeza baja y contiene la respiración mientras escucha el alarido de la madre, que llora y se derrumba, devastada por la información que acaba de recibir. Aura siempre se ha considerado una profesional preparada para afrontar situaciones de estrés, pero esto la supera. No sabe si es por las horas que lleva intentando salvar al muchacho o por los sonidos guturales que emite la mujer, pero, de golpe, nota que le falta el aire. Murmura una disculpa y se aleja hacia el interior del bloque quirúrgico. En cuanto llega al vestuario, se deja caer a los pies de su taquilla, hunde la cabeza entre las manos y comienza a llorar.

Al contrario de lo que la mayoría de la gente piensa, morir en quirófano es bastante infrecuente. Mucho más común es, en cambio, que un paciente fallezca una vez ha llegado a la UCI. Pero en quirófano, pocas veces.

Para ella, esta ha sido la tercera vez. Pero nunca le había resultado tan duro como esta noche. Se lamenta por haber dejado solos a sus compañeros, pero no podía derrumbarse delante de esos padres.

Recuerda la primera vez que tuvo que dar una noticia de esa envergadura. En aquella ocasión, el paciente tenía noventa y ocho años y lo estaban interviniendo para implantarle una prótesis de cadera. Cuando salió a hablar con su hijo —un hombre de casi ochenta—, este se mostró comprensivo e incluso trató de

tranquilizarla. Con serenidad y entereza, el hombre le dijo que no se preocupara, que era consciente de que eso podía ocurrir. Aun así, la muerte de aquel paciente la dejó afectada durante varios días, hasta el punto de cuestionarse si realmente servía para esa profesión. El traumatólogo, quizá por el estrés del momento, la culpó de lo sucedido. En aquel instante, ella se había ausentado del quirófano unos minutos para ir al baño, hecho que su compañero aprovechó para acusarla. Le reprochó que, si ella hubiese estado dentro, el paciente no habría fallecido. Se equivocaba, por supuesto. La causa de la muerte —un tromboembolismo pulmonar masivo por el paso accidental a la sangre del cemento empleado para fijar la prótesis— no podía haberse evitado, menos aún en un cuerpo tan frágil. Pese a saber que no había tenido la culpa y que nada de lo que hubiera hecho habría evitado el desenlace, las palabras del traumatólogo la hirieron profundamente. Días después, él la buscó y le pidió disculpas, pero el daño ya estaba hecho.

Lo de hoy, sin embargo, es muy distinto. Se trata de una persona extremadamente joven, un adolescente. Necesitará tiempo para recomponerse. A solas, aún sentada en el suelo del vestuario, piensa en el pobre chico, en el sufrimiento que debía de estar experimentando y en los motivos que han podido empujarlo a tomar esa decisión.

Su mente se detiene entonces en sus sobrinos, los hijos de su hermana Isabel. Aunque todavía son pequeños, no puede imaginar qué sentiría si uno de ellos pasara por algo así. Hace días que no los ve. No hace ni seis meses que, sentada en el sofá de su casa, prometió a su hermana que estaría más pendiente de ella, que no desaparecería durante meses, que estaría más presente en la vida de sus hijos. Ese día se confesaron muchas cosas y se perdonaron otras. Desde entonces, Aura ha intentado cumplir su promesa y va a visitarla cada vez que su trabajo se lo permite. No obstante, el ritmo durante las últimas semanas —en las que ha ido encadenando una guardia tras otra— ha vuelto a espaciar sus reuniones. Su hermana no le reprocha nada. Isabel también está muy liada últimamente, o, al menos, esa es la excusa que le da cuando ella la llama para disculparse. Le dice que no se preocupe, que también tiene cosas

que hacer, que disfrute de su nueva vida en pareja, que le dedique tiempo a la relación. Sin embargo, la visión del chico de esta noche, tendido sin vida sobre la mesa de quirófano, la hace replantearse su futuro y sus prioridades.

Se incorpora con dificultad y se dirige al lavabo. Tras mojarse la cara y la nuca, observa la imagen que le devuelve el espejo: la de una mujer agotada cuyos ojos —hinchados y con ojeras marcadas— son el reflejo del cansancio y el estrés de las últimas horas. Se obliga a respirar hondo. Se promete, en un intento de consuelo, que irá a visitar a su hermana ese mismo día, cuando recupere algo del sueño perdido durante esa fatídica guardia.

Pero, de momento, debe recomponerse, volver con su compañero y aguantar el tipo hasta que llegue el cambio de turno.

3

La lluvia golpea la luna del coche con tanta violencia que los limpiaparabrisas apenas dan abasto. Javier Alvar detiene el vehículo frente al cordón policial que ya rodea el edificio, en el barrio alcoyano de Santa Rosa. Baja del coche y se ajusta la cremallera del anorak, encogiéndose dentro de él para protegerse de la tormenta. Es una noche gélida, de esas en las que el frío húmedo se cuela bajo la ropa y cala hasta los huesos. Aun así, algunos vecinos permanecen junto al perímetro, arrastrados por la curiosidad de saber qué ha ocurrido en un barrio donde nunca pasa nada.

Un agente se acerca para ofrecerle un paraguas.

—Buenas noches, inspector.

—¿Qué tenemos? —pregunta mientras pasa por debajo del precinto policial.

—El aviso lo dio un familiar —explica el agente, guiándolo hasta la entrada—. Llevaba un par de días sin poder contactar con la víctima. Al final, vino a comprobar que todo estuviera bien… y se encontró con esto. Lo hemos trasladado a comisaría. Estaba bastante alterado.

Por su expresión, es evidente que es la primera vez que el joven pisa la escena de un crimen, así que prefiere no presionarlo. «Hay gente que simplemente no ha nacido para esto*».*

Tras dar unas cuantas indicaciones, lo despide y sube a pie hasta el rellano del primer piso, ocupado solo por dos viviendas. Una de las puertas permanece abierta para dejar paso a los miembros de la Científica, que, enfundados en monos blancos, gorro y mascarilla, fotografían la escena y recogen pruebas que introducen meticulosamente en bolsas de plástico.

Un hombre vestido de paisano fuma sentado en las escaleras. Al ver al inspector, se levanta.

—Javier Alvar, supongo —saluda, tendiéndole la mano—. Álvaro Gisbert. Inspector a cargo.

—Hasta ahora —puntualiza el recién llegado—. Imagino que ya le habrán informado de que, a partir de este momento, estaré al frente de la investigación. En cualquier caso, dadas las circunstancias, lo mejor será que trabajemos de forma coordinada.

El comentario ha ofendido al policía. Sin decir palabra, arroja el cigarro y lo aplasta con el pie. Lo entiende. Tampoco sería fácil para él tener que acatar órdenes de alguien más joven y, para colmo, ver cómo otro departamento se apropia del caso.

El veterano le indica con un gesto que lo siga al interior. Es un hombre alto, de complexión atlética y facciones duras. Por el cabello salpicado de canas debería rondar los cincuenta, pero su forma de vestir —vaqueros, zapatillas y una sudadera de un conocido grupo de rock— le resta unos cuantos años.

Un hedor a tabaco rancio y humedad acumulada golpea a Alvar nada más cruzar el umbral. Recorre el pasillo bajo la mirada de varios cuadros de un gusto atroz, colgados de paredes que se caen a pedazos.

—Menudo antro —murmura al ver el salón.

La estancia es minúscula. Con el despliegue policial, prácticamente no queda espacio para moverse. Solo hay un mueble con un televisor viejo, un sofá hundido y mugriento que parece rescatado de un contenedor y un aparador cubierto de restos de comida para llevar y latas de cerveza. Todo rezuma abandono y falta de higiene.

—Ya ves que al tío le gustaba tenerlo todo limpito —ironiza Gisbert.

Alvar no responde, pero reconoce que hace tiempo que no ve tanta suciedad. Se asoma a la cocina y confirma que no está en mejores condiciones. A los restos de comida se suman los platos sucios apilados en el fregadero y sobre la encimera.

Un estrecho pasillo conduce al único dormitorio y al cuarto de baño. El veterano se detiene frente a la puerta del aseo.

—Está ahí dentro. El forense aún no ha llegado.

A pesar de los años en Homicidios y de todo lo que ha visto, Alvar sigue sin acostumbrarse a la atmósfera sórdida y macabra —pero extrañamente aséptica— que envuelve la escena de un crimen.

Como siempre, tiene la sensación de que es su primera vez. «Tranquilo, te costará solo las primeras veces; luego te acostumbrarás», bromeaban sus compañeros en la academia; «Llegará el día en que no te afectará», le aseguró uno de sus mentores.

Ese día todavía no ha llegado.

La intensa luz blanca de los focos instalados por la policía contrasta con la penumbra del resto de la vivienda y revela una escena de violencia extrema. La víctima, un hombre de unos cincuenta años, yace en la bañera, encajado a la fuerza y sumergido casi por completo. Todo está teñido de rojo, incluso la cortina, que deja entrever su blanco original en algunos puntos y cae cubriendo parcialmente el cuerpo. Hay sangre por todas partes: suelo, paredes, lavabo…

El cráneo —apoyado en el borde de la bañera— está destrozado. No queda una facción reconocible: las órbitas están reventadas, con uno de los globos oculares colgando de un hilo de tejido; la nariz está rota y parcialmente arrancada, y el maxilar es indistinguible de la mandíbula. La parte inferior del rostro es un amasijo de carne y coágulos. Fragmentos de piezas dentales astilladas sobresalen entre la masa sanguinolenta. Pero la violencia no se detuvo en la cabeza: el cuerpo presenta cortes y magulladuras en todas las zonas visibles y, con mucha probabilidad, también múltiples fracturas óseas.

Sin embargo, no es el ensañamiento lo que más llama la atención del inspector. En los azulejos, sobre la bañera, alguien ha dibujado un símbolo con sangre. Nueve círculos entrelazados forman una pirámide invertida: cuatro en la base, tres en el centro y dos en el vértice. En los tres centrales, trazados también con sangre, aparecen los números tres, siete y nueve. Para él, esa es la señal inequívoca de que no están ante un simple ajuste de cuentas.

—Joder, ¿es el mismo que el de la otra víctima? —Alvar señala los trazos.

—Si no es el mismo, es muy parecido —responde Gisbert desde la puerta—. Los números coinciden, desde luego. Por eso te han llamado, ¿no?

El inspector se inclina sobre el cuerpo.

—¿Ya lo habéis identificado?

—Alberto Fernández Gandía. Cincuenta y dos años —responde su compañero—. Era el propietario del inmueble. Lo ha identificado el hermano. —Hace una pausa—. Al menos no tendremos que aguantar a la familia lloriqueando en comisaría; nadie lo va a echar de menos.

Alvar se vuelve y lo mira desconcertado.

—¿Qué? —suelta el veterano con una sonrisa cargada de intención—. ¿No me digas que no sabes quién es?

El inspector hace memoria y entonces cae en la cuenta.

—¿El asesino de Pilar Ampuero?

—Presunto asesino —corrige Gisbert—. Recuerda que fue absuelto.

—Ya. Todo el mundo sabe que es culpable.

—Según la ley, no. Pero estoy de acuerdo contigo. No puedo negarte que, por una vez, puede que el asesino nos haya hecho un favor.

Alvar no puede más que darle la razón. Recuerda perfectamente el caso por lo mediático que fue. Durante meses, las noticias sobre el cruel asesinato de Pilar Ampuero y de sus dos hijos presuntamente a manos de Alberto Fernández Gandía —su marido y padre de los niños— copaban las aperturas de los telediarios y los programas de actualidad. Aunque todo el mundo esperaba que fuera condenado a prisión permanente revisable, una argucia final de su abogado logró invalidar todas las pruebas que lo incriminaban. La acusación se vino abajo y no pudieron demostrar su culpabilidad. De este modo, el presunto responsable fue absuelto por falta de indicios y puesto en libertad. Evidentemente, la opinión pública clamó en su contra. Hubo manifestaciones, marchas solidarias pidiendo justicia para Pilar y sus hijos, incluso algunos grupos parlamentarios solicitaron formalmente que se reabriera el caso. Pero nada se pudo hacer. En su momento se rumoreó que Fernández Gandía se había mudado a algún país de América Latina, lejos de la prensa. Pero lo cierto es que su paradero actual seguía siendo un misterio.

—¿Qué hacía en Alcoy? Creía que estaba en el extranjero.

Gisbert se encoge de hombros.

—Según el hermano, había regresado hace poco más de un año. Supongo que no quiso volver a Madrid. Normal.

El sonido de unos tacones golpeando contra el suelo a ritmo acelerado interrumpe la conversación. Los policías se vuelven y salen al pasillo.

—Buenas noches, inspectores.

La comitiva judicial irrumpe encabezada por Sara Colmenar, la forense. Alvar ha coincidido con ella en varias ocasiones y conoce bien su forma de trabajar. A pesar de su juventud, la doctora impone autoridad. Inteligente, metódica y extremadamente rigurosa, se ha ganado una reputación intachable entre sus colegas. No esperaba encontrarla allí. Hasta donde él sabe, no es la facultativa adscrita al juzgado de instrucción de Alcoy.

—Buenas noches, doctora —saluda él—. ¿Cómo es que está usted por aquí?

—Estoy cubriendo la guardia de un compañero con gripe —responde ella, soltando un bufido de resignación. Se vuelve hacia el otro policía—. Soy la doctora Colmenar.

—Inspector Álvaro Gisbert —se presenta él. La recorre con la mirada antes de estrecharle la mano—. Adelante, la estábamos esperando.

Por la forma en que la observa, es evidente que la belleza de la doctora no ha pasado inadvertida para el inspector de Alcoy. Alvar sonríe para sí. Conoce a Sara lo suficiente como para saber que no tardará en darle un buen corte a su compañero si continúa mirándola con ese descaro.

Sara se asoma al cuarto de baño y permanece unos segundos inmóvil, contemplando la escena en silencio.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—Su hermano —se apresura a responder Gisbert—. Pero nos ha asegurado que no ha tocado nada.

La doctora se recoge en una coleta su abundante melena pelirroja, se pone unos guantes y se aproxima al cadáver para extraer sus primeras impresiones. Tras tomar una muestra del líquido que inunda la bañera —y que entrega a uno de los policías de

la Científica junto a varias instrucciones—, dedica unos minutos a examinar la cabeza de la víctima con sumo cuidado.

—Si tuviera que apostar —dice, sin levantar la vista del cuerpo —, me inclinaría por un traumatismo craneoencefálico como causa de la muerte.

—Eso es obvio, ¿no? —bromea Gisbert.

Sara se gira y lo fulmina con una mirada entre asqueada y furiosa.

—Pero tengo muchas dudas —continúa, volviéndose hacia el cadáver—, porque, al estar sumergido casi por completo, no puedo valorar otras lesiones que pueda presentar, aunque las sospeche. Tampoco consigo precisar con qué fue golpeado. Con respecto a la hora de la muerte —añade poniéndose en pie y quitándose los guantes—, la rigidez cadavérica sugiere que lleva muerto entre veinticuatro y treinta y seis horas. De todos modos, no puedo confirmaros nada hasta que termine con la autopsia. Ya sabes que me pondré con ella lo antes posible. —Se dirige a Alvar, ignorando por completo a Gisbert—. Quizá mañana a primera hora de la tarde pueda enviarte el informe.

Alvar intercambia unas últimas impresiones con ella y se despide. La forense desaparece por el pasillo en busca de su equipo.

Uno de los agentes se acerca con algo en la mano.

—Inspectores, hemos encontrado esto. Estaba en la mesita de noche, bajo una fotografía.

Se trata de una cartulina tamaño carné, de color rojo oscuro, con los números doce y cuarenta y ocho escritos en negro.

—Qué cojones… —exclama el veterano.

Alvar precinta la prueba en una bolsa de plástico y se dirige al dormitorio seguido de su compañero. La estancia mantiene la línea de inmundicia del resto de la vivienda. Sin embargo, le llama la atención lo despejada que está la mesita de noche. En ella solo hay una pequeña lámpara y una fotografía enmarcada de Pilar Ampuero y sus dos hijos. Es una instantánea tomada frente al mar en la que la madre abraza tiernamente a los niños, que sonríen a la cámara.

—No me digas que no era un verdadero hijo de puta —escupe Gisbert con la imagen entre las manos—. Con lo que hizo, y tiene los

santos cojones de acostarse cada noche mirando la foto.

—No sabemos si la ha colocado el asesino *a posteriori.*

Alvar vuelve a mirar el contenido de la bolsa que aún sostiene. Intenta vincular los números de la tarjeta con los que ha visto en los azulejos del baño. Nada.

«Es pronto. Esto no ha hecho más que empezar», se dice.

A pesar de su juventud, la experiencia como detective de Homicidios y su formación en Criminología le advierten de que la investigación será ardua. Están ante un crimen cargado de simbolismo y, lo que es peor, sin móvil. Si se confirma la conexión con el caso de hace quince días —el motivo por el que su jefe lo ha enviado a Alcoy—, tendrán que enfrentarse a un asesino en serie.

Regresa al cuarto de baño para echar un último vistazo. Los agentes de la Científica recogen los últimos indicios mientras se prepara el traslado del cadáver. Aunque después podrá revisar decenas de fotografías tomadas desde todos los ángulos imaginables, necesita pasar el máximo tiempo posible en la escena del crimen. Es una forma de grabársela en la retina.

—¿Nos vamos? —lo apremia Gisbert a su espalda—. Le acompaño a comisaría. —Lanza una mirada de asco a la bañera—. No me gustaría ser el que tenga que venir a limpiar toda esta sangre.

Alvar observa la textura densa del líquido, el brillo artificial bajo la luz de los focos. Un mal presentimiento le recorre la espalda.

—No creo que todo eso sea sangre.

4

El frío se ha intensificado y llueve de forma torrencial cuando Alvar cruza las puertas de la Comisaría de la Policía Nacional de Alcoy acompañado por el inspector Gisbert. A pesar de que es más de medianoche, hay mucho movimiento en el interior del edificio. Miembros de la Científica, agentes de guardia y policías uniformados van de un lado a otro con documentos en las manos mientras atienden llamadas telefónicas.

El veterano lo conduce hacia la zona interior, la destinada al trabajo operativo, al tiempo que le adelanta algunos datos sobre la investigación.

—Miguel Bornay Pastor, sesenta y dos años. Era el dueño de una empresa textil de aquí. Lo encontraron sumergido dentro de uno de los tanques de tinte de la fábrica. Pero eso no es todo. Ya verás el informe de la autopsia…

Tras cruzar un par de pasillos y subir al primer piso, Alvar y Gisbert entran en una sala amplia equipada con mesas de trabajo y una gran pizarra. En un rincón, bajo un corcho cubierto de notas, recortes de prensa y fotografías del personal en actitud festiva, hay un pequeño *office* con cafetera, hervidor de agua, tostadora y microondas. El inspector alcoyano cuelga el abrigo y se dirige a su mesa. Abre un cajón y entrega una carpeta marrón al nuevo jefe de operaciones.

—El expediente —anuncia sin poder reprimir un bostezo—. ¿Café?

Alvar asiente mientras se acomoda en la mesa central. Su compañero prepara dos tazas y se sienta frente a él. El aroma a café recién hecho inunda pronto la sala.

—Pregunta lo que quieras —se ofrece Gisbert tras dar un sorbo.

No responde. Va directo a las fotografías de la escena. En una aparece el exterior del depósito de tinte, con una escalera apoyada en el lateral. En el margen figuran las dimensiones: tres metros de

altura por dos de diámetro. Sobre el tanque, una polea fijada a una viga sostiene un cable que desciende hacia el interior.

Otra instantánea muestra el depósito desde arriba: un cilindro lleno de un líquido viscoso, rojo intenso, del que apenas sobresale la cabeza de la víctima. El cable le rodea el cuello.

La tercera imagen revela el mensaje pintado en el suelo, a los pies del tanque. Igual que el hallado esta noche en el baño, consiste en nueve círculos dispuestos en forma de pirámide invertida, con los números tres, siete y nueve en su interior. También aquí el rojo domina la escena, aunque en este caso el líquido no era solo sangre, sino una mezcla industrial.

—Ni una huella útil. Ni un solo testigo —resume el alcoyano, incapaz de soportar más el silencio.

—¿Quién lo encontró?

—Los primeros trabajadores que llegaron a la fábrica después del fin de semana. La última vez que lo vieron con vida fue precisamente allí, el sábado a mediodía.

—¿Tenía familia?

—Sí. Mujer y dos hijos. Los chicos viven fuera y ella había ido a visitarlos. En el expediente están sus declaraciones.

—¿Y los trabajadores?

—Ya los interrogamos a todos. Sus coartadas eran sólidas, así que los descartamos enseguida.

Alvar levanta la vista del dosier.

—¿Tan rápido?

—No encontramos nada sospechoso —replica Gisbert.

—¿Tenía enemigos? ¿Deudas?

El inspector se encoge de hombros.

—No que sepamos.

Continúa hojeando el expediente hasta detenerse en el informe de la autopsia. *Causa de la muerte: asfixia mecánica por estrangulamiento con cable industrial*. El depósito contenía una mezcla de tinte y sangre. Las fotografías tomadas durante la autopsia muestran el cadáver desde múltiples ángulos. Le faltan todos los dedos de las manos. Fueron seccionados con un instrumento dentado. Además, presenta múltiples cortes y

magulladuras en el torso y las extremidades. Todas las lesiones presentaban signos de vitalidad: fueron infligidas antes de la muerte, lo que incrementó el sufrimiento de la víctima. El análisis toxicológico resultó negativo.

—Demasiadas molestias para tratarse de un simple ajuste de cuentas, ¿no te parece? —comenta el veterano sin apartar la vista del móvil.

—¿Y cómo va la investigación? ¿Habéis encontrado algo?

—Estamos revisando las grabaciones de las cámaras de la zona —explica—. También hemos solicitado el registro de llamadas y el análisis de las cuentas bancarias. Pero, por ahora, no tenemos nada.

Alvar apura el café y se fija de nuevo en la fotografía del símbolo en el suelo.

—¿Por qué no pedisteis ayuda?

—¿Crees que no sabemos llevar un homicidio? —escupe Gisbert.

Alvar decide ignorar el comentario.

—¿Habéis encontrado algún símbolo más?

—Solo lo que ves ahí —responde el veterano con desgana—. Registramos su domicilio y el despacho. No encontramos nada. Y la familia no tiene ni idea de qué significan los círculos o los números.

—¿Y el testigo de esta noche? El hermano de Gandía. ¿Sigue aquí?

Un hombre joven irrumpe en la sala con la confianza de quien pisa terreno conocido. Alvar deduce enseguida que se trata del otro inspector del departamento. Llaman la atención sus ojos azules, casi transparentes, y el rubio dorado del cabello, recogido en una coleta. Va vestido con chándal y zapatillas. Por su rango, debe rondar los treinta, pero su atuendo y el rostro imberbe le confieren un aspecto de adolescente.

—¿Qué pasa? ¿No pensabas llamarme? —pregunta mientras le da unas palmadas en la espalda al alcoyano.

—Los bebés a estas horas tienen que estar durmiendo —bromea su compañero—. ¿Qué tal por aquí?

—Tranquilo, de momento. Estaba abajo, tomando declaración al hermano de la víctima. Javier Alvar, supongo —añade, dirigiéndose a

él—. Soy Martín Holloway, el otro inspector. He oído que ha venido a ayudarnos con la investigación.

El veterano intercambia una mirada rápida con Alvar.

—En principio estoy aquí para coordinar el caso —matiza con cautela—. Aunque espero que podamos trabajar juntos.

—Nos vendrá bien, porque se va a liar una buena. Ahora mismo tenemos a la prensa encima. Y siendo el muerto quien es…

—¿Qué te ha contado? ¿Ha dicho algo interesante? —pregunta Gisbert.

—Poca cosa. Estaba bastante alterado. Era el único de la familia que aún hablaba con la víctima. Al parecer llevaba un par de días intentando localizarlo, por eso fue al piso. No he detectado nada sospechoso en su declaración, pero lo he dejado abajo, por si queréis volver a interrogarlo.

—¿Tiene coartada? —interviene Alvar.

—Bastante sólida. Para empezar, no estaba en Alcoy. Lo hemos comprobado y no nos ha mentido. Además, asegura que no estuvo solo en ningún momento; su familia y varios compañeros de trabajo pueden corroborarlo.

—Por ahora puede marcharse, pero que esté localizable. Es probable que tengamos que volver a hablar con él dentro de unas horas. También habrá que tomar declaración a los vecinos y revisar las cámaras de tráfico. Quiero comprobar si hay algún vehículo que no encaje en la zona. El asesino entró y salió del edificio; alguien tuvo que ver u oír algo.

Holloway asiente y toma nota.

Alvar consulta el reloj. Casi las dos de la madrugada.

—De acuerdo. —Se pone en pie—. Me marcho. Mañana estaré fuera, pero seguiré pendiente del teléfono. Llamadme si hay novedades.

Cruza las puertas de la comisaría y sale a la calle desierta, donde lo recibe de nuevo el frío del invierno alcoyano. La lluvia, tan violenta un par de horas antes, ha perdido fuerza y apenas chispea.

Nada más entrar en el coche, arranca el motor y pone la calefacción al máximo, agradeciendo el calor que empieza a emanar del salpicadero. Mientras conduce despacio por las calles vacías, se

relaja por primera vez en todo el día, imaginando a la ciudad dormida al abrigo de sus casas.

Se detiene en un par de semáforos y se fija en una figura que ya ha visto colgada de algunos balcones y ventanas, y que le llama la atención. Es un muñeco negro vestido con un traje rojo de estilo oriental y un turbante a juego, que carga una escalera al hombro. Intrigado, se promete investigar su significado cuando llegue a casa.

Tras cruzar el puente de Fernando Reig, toma la autovía en dirección a Alicante. El último café no ha logrado despejarlo del todo, así que llama a su jefe para ponerlo al corriente y, de paso, mantenerse despierto.

—¿Cómo ha ido? —pregunta el comisario con voz adormilada nada más descolgar.

—Tengo la impresión de que esto va para largo.

—¿Tan jodido lo ves?

—La víctima es Alberto Fernández Gandía.

—¿El del caso Ampuero? ¡No me jodas!

—Sí. Y hay demasiadas coincidencias con el otro crimen como para ignorarlas.

—¿Y en comisaría? ¿Cómo los has visto?

—Bastante perdidos. No saben ni por dónde empezar —Suelta un bufido—. Me temo que tendremos que montar allí el operativo. Aunque no parecen muy por la labor.

—Ya te dije que Gisbert es un verdadero gilipollas. No creo que te lo ponga fácil. No le gusta que le coman el terreno. Y conociéndote…

—Pues que no se atreva a joderme.

—Hostia, Alvar. Me gustaría que te comportaras por una vez. No quiero que vayan diciendo que los de la Superior somos unos chulos. Así que ya sabes: nada de hacerte el gallito.

—Trataré de controlarme.

—Eso espero, porque desde aquí no lo tendré tan fácil para salvarte el culo como otras veces. Además, no quiero problemas con los alcoyanos.

—Tengo intención de movilizar a todo mi equipo.

—No muevas a nadie todavía —resopla el comisario—. Mañana decidimos cómo lo hacemos.

Alvar conduce el resto del trayecto concentrado en la simbología descubierta en los escenarios del crimen. Intenta encontrar sentido a los círculos y a los números, consciente de que descifrar su significado puede ser la clave del caso.

Las imágenes de las víctimas desfilan una y otra vez por su mente. Fernández Gandía dentro de la bañera, con la cabeza destrozada y el mensaje pintado en los azulejos; el cadáver del empresario, suspendido sobre el depósito de tinte; las inquietantes similitudes entre ambos crímenes. Sabe que pasará lo que queda de noche en vela. Será la primera de muchas. Le esperan jornadas interminables en la comisaría, horas de calle, presión constante.

Entonces vuelve a repetirse que todo eso es, precisamente, lo que le apasiona. La tensión. El insomnio. La obsesión por adelantarse al asesino. Por eso decidió hacerse policía. Y aunque hace tiempo que ha empezado a perder la fe en el ser humano y en una justicia contaminada por el poder político, sigue sintiéndose como un yonqui enganchado a la adrenalina de perseguir a uno de esos cabrones y encerrarlo.

Recorre los últimos kilómetros hasta su casa jurándose, una vez más, que hará todo lo que esté en su mano para detener al culpable.

5

Javier Alvar estaciona frente al Instituto de Medicina Legal de Alicante, en la vía de los Cipreses. Es allí, en el Servicio de Patología Forense, donde trabaja la doctora Sara Colmenar. Aunque supone que ella aún no habrá terminado la autopsia, ha decidido pasarse a verla y comprobar si puede adelantarle algo sobre el examen de Alberto Fernández Gandía.

Cruza el recinto bajo un cielo que amenaza tormenta y entra en el edificio. Cuando llega al despacho de Sara, un estrecho habitáculo junto a la sala de autopsias donde suele redactar sus informes, la encuentra absorta frente al ordenador, con un café entre las manos. Al oír los golpes en la puerta, levanta la vista. Lleva el pelo recogido en un moño deshecho y unas ojeras marcadas delatan las horas de trabajo nocturno.

—Buenos días, inspector —alcanza a decir antes de que se le escape un bostezo—. Pasa. No te esperaba tan pronto.

—¿Te has pasado toda la noche aquí?

La forense asiente. Abre un cajón, saca una carpeta y la pone sobre la mesa.

—El informe de la autopsia. Acabo de terminar de redactarlo. Sabía que te pasarías.

Alvar echa un vistazo al contenido.

—Como verás —admite, señalando el informe—, me equivoqué con la causa de la muerte. No ocurrió por el traumatismo craneoencefálico. Las lesiones craneofaciales fueron provocadas por un objeto romo de gran peso, pero no fueron la causa inmediata.

—Entonces, ¿de qué murió?

—De una embolia pulmonar masiva por material sintético particulado.

El inspector levanta la vista de los papeles.

—Una embolia pulmonar es la obstrucción de las arterias de los pulmones —se apresura a aclarar ella, consciente de repente de que no todo el mundo ha estudiado Medicina—. Lo habitual es que la cause un coágulo. Pero aquí fue distinto: le inyectaron una mezcla de pintura y agua por vía intravenosa. Las micropartículas alcanzaron la circulación pulmonar y actuaron como émbolos.

—Espera… ¿Me estás diciendo que le inyectaron pintura en la sangre?

—Eso parece —corrobora Sara—. Y es la misma composición química que encontramos en el agua de la bañera. La correspondencia es exacta. Además, el símbolo de los azulejos se trazó con los propios dedos de la víctima.

Alvar tarda unos segundos en procesar la información.

—Estamos jodidos. No solo lo ha matado… Ha construido una puesta en escena.

—Y hay más —añade ella, bajando la voz—. Todo apunta a que estaba vivo cuando empezaron las agresiones. Había reacción inflamatoria en los tejidos.

La forense desliza varias fotografías de la autopsia sobre la mesa.

—Respecto a la hora de la muerte, mantengo mi primera estimación. La rigidez cadavérica y las livideces la sitúan entre veinticuatro y treinta y seis horas antes del hallazgo.

Alvar se inclina sobre las imágenes. Todas muestran con una nitidez escabrosa la violencia de las lesiones.

—De acuerdo. Estaba vivo… pero ¿consciente?

—No estaba sedado, si te refieres a eso. El examen toxicológico no detectó alcohol ni drogas ni ningún fármaco. Lo único llamativo fue la presencia de compuestos compatibles con resinas acrílicas y pigmentos industriales en las muestras obtenidas durante la autopsia. Ahora bien, con la intensidad del traumatismo, no puedo asegurar cuánto tiempo estuvo consciente.

—Entonces tuvo que defenderse.

Ella niega despacio.

—No hay lesiones defensivas ni restos bajo las uñas, salvo pintura. Es posible que los primeros golpes lo dejaran demasiado

debilitado.

—¿Dónde le inyectaron la pintura?

La forense señala un par de imágenes donde aparecen puntos de punción en el brazo de la víctima.

—¿Alguien con conocimientos médicos?

—Podría ser, pero no necesariamente —matiza ella—. No fue una punción limpia; hubo varios intentos. —Hace una breve pausa antes de continuar.— Y aunque la administración fue rápida, puedo asegurarte que la muerte fue extremadamente dolorosa. Este tipo de embolias provocan una sensación de asfixia brutal. La muerte no es inmediata. Quien lo hizo quiso que sufriera. Y no me refiero solo al final: el cuerpo presenta múltiples heridas con instrumentos afilados.

—¿Qué hay de la cartulina que encontramos?

La doctora se encoge de hombros.

—Papel corriente. Del que se usa para manualidades escolares. Los números se escribieron con un rotulador permanente negro, también de una marca demasiado común como para rastrearlo.

—¿Algo más?

—Sí —confiesa, ahora más seria—. El cadáver tiene ampollas sin reacción inflamatoria. Eso indica que fue introducido en agua a muy alta temperatura después de morir. Probablemente hirviendo.

Alvar cierra los ojos un instante. No es un crimen improvisado. Hay un ritual. Un mensaje. Aún no puede interpretarlo.

—Sara, necesito otro favor. Me gustaría que revisaras otro informe. Está firmado por Pedro Salazar.

—Lo conozco. Fue profesor mío. No creo que se le escapara nada.

—Aun así, échale un vistazo.

Ella duda unos instantes, pero termina asintiendo.

—Hazme llegar una copia y te llamaré.

6

Alvar consulta su reloj y apura el café en un bar de la estación de Chamartín. Es hora de subir al AVE que lo llevará de vuelta a Alicante. Apenas lleva unas horas fuera de la ciudad, pero solo piensa en regresar a casa. Desde hace tres meses viaja a Madrid cada quince días para impartir una asignatura del curso de Perfilación Criminal. La de hoy no ha sido su mejor clase: ha estado disperso, pendiente del móvil y del caso que tiene entre manos. Aun así, nada consigue empañar las ganas de regresar con Aura.

Desde que comparte su vida con ella, volver a casa se ha convertido en una necesidad casi física. Queda poco del hombre que huía del compromiso y encontraba siempre una excusa para no dormir en su propio piso. En la comisaría, por supuesto, ya se han dado cuenta. Su compañero, el subinspector Pablo Arques, suele bromear con que por fin alguien ha conseguido «echarle el lazo». No se lo toma a mal; se limita a sonreír y encogerse de hombros porque sabe que a su amigo no le falta razón. Antes, era raro que terminara una noche sin cerrar algún bar. Ahora, en cambio, está deseando terminar la jornada para volver a casa.

Se acomoda en el vagón silencioso. Necesita tranquilidad para repasar lo poco que sabe del caso. Aunque no lleva ni un día fuera de la ciudad, es consciente de que las primeras horas de una investigación son cruciales y de que, como inspector al cargo, este viaje era lo último que necesitaba.

Cuando llega a Alicante, ya ha anochecido. A pesar del frío, la noche es serena y una suave brisa mece las palmeras de la avenida de la Estación. Recorre los pocos metros hasta su casa pensando en cuánto le gustan ese barrio y el ático donde vive. Reconoce que, con sus casi trescientos metros cuadrados, fruto de la unión de dos viviendas, siempre le ha parecido excesivo para una sola persona. Sin embargo, desde que ella se mudó hace unos meses, cada rincón

del piso se ha ido llenando con sus cosas hasta borrar casi por completo esa sensación de vacío e impersonalidad.

Entra en el portal y se sorprende deseando que Aura aún esté despierta. Está de suerte. Al abrir la puerta, la encuentra en la cocina, peleándose con el horno.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el viaje?

Alvar se acerca, la rodea por la cintura y la besa. Entre risas y mimos, ella se aparta con suavidad y se acomoda en uno de los taburetes de la isla. Él descorcha una botella de vino, sirve dos copas y le ofrece una antes de sentarse junto a ella.

—Bien —responde tras dar el primer sorbo—. ¿Y tú?¿Qué tal el día?

Aura duda un instante. Suficiente para que su novio intuya que algo no ha ido bien.

—¿Todo bien?

—Sí —murmura, apartando la mirada—. Solo estoy cansada.

—Y aun así me has esperado despierta… —susurra él, hundiendo el rostro en su cuello.

—Me acosté un rato después de comer y ahora no tengo sueño.

Una sonrisa traviesa asoma en el rostro del inspector.

—Eso me interesa muchísimo, señorita…

Aura le devuelve el gesto. A él sigue asombrándole lo sencillo que resulta todo a su lado. Su fortaleza. Recuerda aquella investigación en la que ella estuvo a punto de morir. Ni siquiera quiso tomarse un tiempo para recuperarse; se reincorporó al trabajo en contra de todas las recomendaciones.

La observa en silencio mientras ella mantiene la mirada fija en su copa, ausente. Lleva el cabello recogido sin cuidado, con varios mechones cayéndole sobre el rostro. Alvar conoce de memoria cada pliegue, cada peca, la curvatura de sus labios. Podría dibujarla de memoria.

—¿Qué? —pregunta al notar su mirada—. ¿Tanto me ha echado de menos, inspector?

Él no responde. Simplemente la atrae hacia sí y le susurra al oído que lo acompañe a la ducha.

Dejando atrás el cansancio, se encierran en el baño. Durante un rato, el piso queda sumido en un silencio roto únicamente por el eco de sus risas y sus jadeos.

A Aura le costó adaptarse a vivir en una casa tan grande. Estaba acostumbrada a un piso diminuto y, de la noche a la mañana, se vio en un espacio que le resultaba desproporcionado. Al principio se quejaba del tamaño y de todo el trabajo que implicaba mantener una casa así, aunque Alvar insistía en que no tenía que preocuparse por nada. En realidad, lo que más le incomodaba era la sensación de vivir de prestado.

Cuando salen del baño ya es casi medianoche. Aura toma algo ligero y se retira al dormitorio con un libro. Alvar se queda trabajando en el salón. Poco después, cuando se acuesta a su lado, ella ya está profundamente dormida.

A las cuatro de la madrugada, el inspector se despierta con la cama vacía. Tiene la boca seca y un intenso dolor de cabeza, así que sale del dormitorio en busca de agua y un analgésico. Al cruzar el salón, ve a Aura en la terraza. Está de espaldas, encogida bajo una manta.

Abre la puerta con cuidado y se sienta a su lado. Al verlo, ella le dedica una sonrisa cansada. Tiene los ojos vidriosos.

—¿Qué haces aquí fuera?

—No podía dormir y no quería despertarte.

—Te vas a congelar. Vamos dentro.

Ella permanece inmóvil.

—¿No vas a contarme qué te pasa? —insiste él, pasándole el brazo por los hombros—. Si estás mal, prefiero que me despiertes.

Aura asiente, se levanta y se acerca a la barandilla. Observa la avenida, prácticamente desierta a esas horas. Al mirar hacia abajo, vuelve a ver al chico precipitándose al vacío.

—Mi última guardia fue horrible —confiesa al fin—. Atendimos a un chico que había intentado suicidarse lanzándose desde un sexto piso. Murió en quirófano antes de que pudiéramos trasladarlo a la

UCI. Después tuvimos que hablar con sus padres… Me derrumbé. Tenía trece años. Y no dejo de pensar en él.

Alvar se levanta y la abraza por detrás.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—No quería preocuparte. Se me pasará. Solo ha sido un mal día.

Él la gira con suavidad hasta que sus miradas se encuentran.

—Aura, dar una noticia así nunca es fácil. Sé de lo que hablo. He tenido que hacerlo muchas veces y jamás te acostumbras. Estoy seguro de que hiciste todo lo que pudiste. A veces tenemos que aceptar que las cosas no suceden como nosotros esperamos. —Hace una pausa antes de continuar.— Pero no puedes seguir con este ritmo. Deberías tomarte unos días. Tienes un trabajo muy exigente y apenas descansas.

—Imposible —replica ella—. Tendrían que cubrir mis guardias.

—Lo sé, pero, si sigues así, vas a acabar machacada.

Aura aparta la mirada. Sabe que él tiene razón, pero con varios compañeros de baja resulta impensable pedir unos días libres. Como sabe que no lo va a convencer, opta por cambiar de tema.

—¿Cómo llevas lo de Alcoy? Lo he visto en las noticias. ¿De verdad es el asesino de Pilar Ampuero?

—Eso parece.

—No me da ninguna pena.

—Aura…

—No estoy diciendo que esté bien lo que le hicieron —se apresura a aclarar—. Ya sabes que no estoy a favor de que nadie se tome la justicia por su mano, pero coincidirás conmigo en que es normal que tuviera muchos enemigos…

—Y habríamos pensado en un ajuste de cuentas si no fuera porque hay demasiadas similitudes con otro caso.

—¿Un asesino en serie? —pregunta, sobrecogida.

—Podría ser. Ojalá me equivoque.

—Entonces supongo que te veré poco por aquí… —Deja escapar un suspiro.—

Él la abraza de nuevo y le asegura que lo único que le importa es que ella esté bien. Aura sabe que no es del todo cierto, pero no se lo discute.

—Vamos, inspector. —Le dedica una sonrisa que él conoce demasiado bien.— No se preocupe tanto por mí. Volvamos a la cama. Aunque le advierto que no creo que pueda dormir.

—No se preocupe, señorita —le susurra al oído—. Para eso tengo yo la solución.

Y ambos regresan al dormitorio, sabiendo que el amanecer volverá a encontrarlos despiertos.

Kyleakin, isla de Skye, Escocia

Invierno de 1990

Ishbel siente un intenso calambre en el vientre. Se lleva las manos al abdomen, confusa. Hace un par de semanas empezó a encontrarse mal. Se sentía débil y mareada, hasta el punto de que a veces tenía que abandonar el aula con cualquier excusa. Poco después aparecieron las náuseas. No tiene hambre casi nunca y, cuando consigue comer algo, acaba vomitándolo.

No es ingenua. Hace dos meses que no le viene la regla y conoce demasiado bien lo que eso significa. La primera vez que sangró, su madre le explicó que tendría que hacerlo cada mes. Sin excepción.

Lo sabe.

Y aun así se niega a aceptarlo.

No se lo ha dicho a nadie, por supuesto; mucho menos a sus amigas. Teme lo que podrían pensar de ella. Solo tiene catorce años y la mayoría de ellas ni siquiera se han acostado con un chico todavía. Lo que sí puede imaginar es lo que le hará su padre cuando se entere. Él nunca admitirá que ese niño que crece en su vientre es fruto de meses —años— de violaciones. Todo lo contrario: la tachará de «impura» y la castigará aún más severamente. Tomará el libro de nuevo —ese que la obliga a leer una y otra vez y que ella tanto aborrece— y, tras recitarle unos versos, la forzará de nuevo, golpeándola si se atreve a oponer resistencia.

No quiere acudir a ningún médico para que le confirme lo que ya sabe de sobra. Darían parte a sus padres; aún es menor de edad. En lugar de eso, ha optado por ir a una farmacia —una a la que su familia no suele ir— y comprar un test de embarazo.

Ahora, encerrada en el baño y aprovechando que no hay nadie en casa, abre con cuidado la caja y extrae el envase de plástico que contiene

el dispositivo. Tras leer las instrucciones, se inclina sobre el inodoro con el test en la mano derecha y empieza a orinar. Cuando termina, lo coloca sobre el lavabo y espera. La primera raya, la que indica que la prueba funciona correctamente, aparece enseguida. Ni rastro de la otra. Por un instante, respira aliviada. Tal vez esté confundida. Quizá solo se trate de un retraso y el motivo de su rechazo a la comida no sea más que una consecuencia de la ansiedad.

Se equivoca.

Unos segundos después, aparece la fatídica segunda línea: la que la condena. La prueba de que, para su padre, ella ya no es «pura» y debe ser castigada. De repente, siente un deseo irrefrenable de llamar a su madre, de llorar en su hombro, de pedirle auxilio. Pero solo sería un error, un gravísimo error. Ella se lo acabaría contando a su padre. Desgraciadamente, hace tiempo que Ishbel sabe que no puede contar con ella. La única persona en la que puede confiar es su hermano. Y precisamente por eso no puede acudir a él. Sí, ella se sentiría mejor, pero lo sumiría en una gran preocupación, más de la que tiene habitualmente. Desde hace unos meses, los castigos y el interés por la «purificación» del alma de su hermano se han vuelto más intensos. A veces piensa que él no lo resistirá.

Recoge todas las pruebas que podrían incriminarla y sale del cuarto de baño. Ya en su habitación, intenta pensar en algo que pueda ayudarla a terminar con eso que está creciendo en su interior, antes de que sea imposible ocultarlo.

Sabe que es la única forma de proteger a su hermano.

Sabe que es su única salida.

7

Alvar toma el desvío hacia Alcoy y pisa a fondo el acelerador. El viaje a Madrid le ha hecho perderse las primeras horas de la investigación y necesita llegar a comisaría cuanto antes. Aunque confía plenamente en su equipo, sabe que esas primeras horas son cruciales y no puede evitar sentir que debería haber estado allí desde el principio. Por orden del comisario Urriaga, el operativo se ha instalado en Alcoy para trabajar codo con codo con la unidad local.

A medida que asciende por el puerto del Maigmó —la formación montañosa que actúa como barrera natural entre la costa y el interior de la provincia de Alicante— el paisaje se transforma. Atrás van quedando los últimos vestigios urbanos para dar paso a un entorno dominado por pinos y carrascas. Cuando llega arriba, con la Hoya de Castalla a la vista y sin más desvíos hasta su destino, levanta el pie del acelerador y enciende la radio. No le sorprende que todos los programas matinales tengan como eje central el asesinato de Alberto Fernández Gandía: sin duda, la noticia del momento.

«…Alberto Fernández Gandía fue hallado sin vida hace dos noches en su piso de la localidad alicantina de Alcoy. Como todos ustedes recordarán, el fallecido fue el principal sospechoso del triple crimen que conmocionó al país hace tres años. Investigado por el asesinato de Pilar Ampuero y de los dos hijos de ambos, Fernández Gandía fue absuelto en su día por falta de pruebas; sin embargo, su nombre nunca dejó de estar vinculado al caso. Aunque la familia de las víctimas ha solicitado en varias ocasiones la reapertura del proceso, los tribunales han desestimado la petición hasta la fecha…».

«…Su muerte se produce apenas unos días después del hallazgo del empresario Miguel Bornay, lo que ha llevado a los investigadores

a estudiar una posible conexión entre ambos casos…».

«…Por el momento, las autoridades tratan de esclarecer las circunstancias de las muertes sin descartar ninguna hipótesis…».

Como era de esperar, la muerte de Gandía reabre las heridas de uno de los crímenes más macabros de las últimas décadas en España. Sin duda, el tipo debía de tener muchos enemigos. Lo más lógico sería pensar en un ajuste de cuentas, pero las similitudes con el asesinato de Bornay obligan a replantearse esa hipótesis. Dos víctimas en apenas una semana no pueden ser fruto de la casualidad.

Alvar sale del túnel y, a medida que se aproxima al casco urbano, la ciudad comienza a desplegarse ante él. A ambos lados de la carretera se suceden fábricas y naves industriales, un paisaje que delata el marcado carácter industrial de Alcoy. El día es gris, cargado de nubes que amenazan lluvia. Por un instante, ese cielo de plomo le trae el recuerdo de San Sebastián, su ciudad natal, en los primeros días del invierno.

Han pasado varios años desde que se marchó de allí. La primera vez que dejó su tierra fue para estudiar Derecho en Madrid, tal como hizo su padre —abogado de prestigio— tres décadas antes. Cuando, poco después, tomó la decisión de abandonar la carrera y regresar a casa, nada era igual. No podía serlo. Él ya no era la misma persona que sus padres habían dejado en la estación de tren una tarde de septiembre. La residencia universitaria le permitió saborear una libertad a la que ya no estaba dispuesto a renunciar. De San Sebastián dio el salto a Londres y, de allí, a Nueva York, donde descubrió que quería hacerse policía. A Alvar nunca le han pesado los viajes ni las experiencias, sino los años dedicados a una profesión que, con frecuencia, le resulta ingrata. El problema nunca ha sido el trabajo, sino la falta de recursos y las trabas de un sistema que parece más diseñado para satisfacer a los políticos que para impartir justicia. Gandía es, a su parecer, el ejemplo perfecto: un hombre acusado de asesinar a su mujer y a sus hijos que eludió la prisión por un tecnicismo. La justicia, piensa, ya había fracasado mucho antes de aquel asesinato.

Aminora al divisar la comisaría principal de Alcoy, sede de la Policía Nacional en la ciudad. Se trata de un edificio sobrio y moderno, de líneas rectas, donde predominan los colores claros, los paneles metálicos y las grandes ventanas protegidas. En la fachada principal ondean dos banderas: la de España y la senyera valenciana. La otra noche, bajo la intensa lluvia, apenas pudo fijarse en el edificio. Ahora, sin embargo, le parece tan impersonal como cualquier otra comisaría en la que haya trabajado.

Aparca en batería junto a los coches patrulla. El termómetro marca dos grados bajo cero. Se abrocha el anorak antes de bajar del coche. Nada más salir al exterior, el aire helado le golpea la cara. Al cruzar el umbral, oye a dos agentes comentar que hay «cielo de nieve» y que la primera nevada no tardará en llegar.

Saluda al entrar y se dirige directamente a la sala de reuniones. Alrededor de la mesa, Arques, Máiquez y Fernández, el equipo alicantino, revisan documentos con Holloway y Gisbert.

—Buenos días. Perdón por el retraso —se disculpa mientras se quita la chaqueta y toma asiento. No se le escapa la mirada que intercambian Gisbert y Holloway.

—Pensábamos que llegaría más tarde —comenta el veterano con sorna.

Alvar opta por ignorar el tono despectivo del alcoyano.

—Tengo el informe de la autopsia de Gandía —anuncia, dejando un sobre marrón sobre la mesa—. Ahora os cuento. ¿Qué tenemos por ahora?

—Poca cosa —responde el subinspector Arques.

Además de un excelente compañero y un policía competente, Pablo Arques es uno de sus mejores amigos. Fue uno de los primeros en echarle una mano cuando llegó a Alicante. Lo ayudó con los trámites para incorporarse al Departamento de Investigación Criminal y lo introdujo en una ciudad que todavía le resultaba extraña. Su carácter sereno y afable —aunque también juerguero— hizo que congeniaran desde el principio. Quizá el éxito de que trabajen tan bien juntos resida en cómo se complementan: si Alvar destaca por su impulsividad y bravuconería, Arques lo hace por su templanza. Pese a contar solo con veintiocho años, parece mucho

más maduro que su superior. Alvar tiene mucho que agradecerle; sin él, probablemente ya lo habrían suspendido de empleo y sueldo en más de una ocasión.

El subinspector termina de revisar sus notas antes de continuar:

—En cuanto a Gandía, hemos interrogado al vecindario y revisado las cámaras de tráfico más próximas. Nada.

—¿Y el registro de llamadas? ¿O de las cuentas bancarias?

—Todavía no nos los han enviado.

—Joder, siempre igual —masculla Alvar—. Localizad a los familiares de Pilar Ampuero. De momento, son quienes más motivos podrían tener para querer verlo muerto. —Se vuelve hacia Gisbert—. ¿Qué hay de Bornay?

—Ninguna pista fiable —responde el veterano con sequedad.

—¿Aún no tenéis nada? —pregunta, sorprendido.

—Pues no. Aquí no tenemos los recursos de la capital —ironiza mientras se recuesta en la silla—. Pero ahora que han venido ustedes a enseñarnos cómo se hacen las cosas, seguro que todo mejora.

El comentario del alcoyano da paso a un silencio incómodo. Nadie se atreve a intervenir. Alvar está a punto de perder los nervios y levantarlo de la silla de una hostia, pero consigue contenerse. Al comprobar que el dardo no ha logrado el efecto que esperaba, Gisbert prosigue:

—Ya tenemos el listado de las llamadas de Bornay y, aunque todavía hay que analizarlo en profundidad, a simple vista no hay nada que llame la atención.

—¿Y las cuentas bancarias? —insiste Alvar.

—Todo en orden —interviene Holloway, el inspector más joven—. Ni movimientos sospechosos ni deudas. El hombre estaba muy bien posicionado. La familia heredará un buen pellizco.

—¿Qué dicen la viuda y los hijos?

—Con ella es muy difícil hablar. Aún está muy conmocionada. Los hijos aseguran que su padre no tenía enemigos y que era un hombre muy querido por todo el mundo. Eso encaja con las declaraciones de los trabajadores de la fábrica que dirigía.

—Siendo una familia tan acomodada, supongo que tendrán servicio doméstico. Quiero saber qué tienen que decir. Y Manuel —añade, dirigiéndose al agente Fernández, un policía altamente cualificado, aunque enfermizamente impuntual—, acércate a la fábrica y vuelve a hablar con los trabajadores.

—Ya hablamos con ellos, inspector, y no encontramos nada sospechoso en sus declaraciones —replica Gisbert, incapaz de disimular su irritación.

—Lo sé —zanja Alvar—. Pero, teniendo en cuenta que seguimos sin una sola pista, creo que merece la pena darles un repaso.

El veterano se muerde la lengua y Alvar se vuelve hacia la agente Cristina Máiquez, de la unidad de Perfiles Criminales.

—Cristina, ¿qué hay de los símbolos hallados en las dos escenas?

Ella niega con la cabeza.

—Nada, jefe. Lo único que puedo decirte es lo que ya sabes. Es un patrón repetido y no puede ser casualidad.

—Sigue insistiendo. Contacta con todo aquel que se te ocurra. Y necesito que empieces a trabajar en el perfil.

—¿Perfil? —interrumpe Gisbert—. ¿Ya estamos hablando de un asesino en serie? Las víctimas no tienen nada en común y, por lo que sabemos, ni siquiera se conocían.

—Que sepamos. En mi experiencia…

—Ya sabemos que usted también es criminólogo —se burla—. Pero ¿en serio?

—Mire, inspector —le advierte con firmeza, decidido a ponerlo de una vez en su sitio—. Hay indicios claros de que ambos casos están relacionados. —Se inclina ligeramente hacia delante y apoya las manos sobre la mesa—. Sabe tan bien como yo que en los dos hay un marcado componente teatral y le recuerdo que aún no hemos encontrado un móvil. Y dos escenas así en apenas unos días no son una coincidencia. Ahora mismo, lo más prudente es asumir que puede haber más víctimas. —Hace una breve pausa sin apartar la vista de Gisbert—. He venido a hacer mi trabajo, y tanto mi equipo como yo vamos a dejarnos la piel. No me importa lo que usted piense o deje de pensar; esto investigación se va a llevar

como yo considere, con o sin su colaboración. Así que, inspector, la elección es suya. Pero no olvide una cosa —añade levantando el dedo índice—: aunque estemos en su comisaría, yo soy quien está al mando y toma las decisiones. Así que no me dé motivos para solicitar un expediente disciplinario.

El silencio se hace aún más incómodo. Nadie se mueve. Todos están pendientes de los dos hombres, que se sostienen la mirada, retándose.

El alcoyano es el primero en apartar la vista.

—Bien, inspector —claudica—. Trabajemos como usted dice.

Alvar se levanta y se acerca a la pizarra donde ya figuran los nombres de las dos víctimas junto a los de los principales testigos. Añade varias anotaciones sobre las líneas de investigación y las tareas pendientes. Tras intercambiar unas cuantas impresiones más, da por concluida la reunión. Gisbert sale de la sala sin decir una palabra, dejando al grupo a solas.

—Es un buen tipo —intercede Holloway—, pero no está teniendo un buen año. Está en pleno divorcio. Hablaré con él. Os ayudaremos en todo lo que podamos.

El joven se pone la chaqueta y abandona la sala. Solo cuando la puerta se cierra y Alvar se queda con su equipo, el ambiente se relaja.

—Madre mía, cómo te has puesto, jefe —bromea Arques.

—Menudo capullo. Si no va a ayudar, que cierre la puta boca. Como siga así, os juro que lo mando a dirigir el tráfico en la puerta de un colegio.

Máiquez pone los ojos en blanco. Empieza a estar cansada de tanta lucha de egos.

—Calma, jefe —interviene, levantando las manos—. Te echo una mano con el perfil del asesino.

—Lo siento. Ese tío me pone de los nervios. En fin… Vosotros —se dirige a Fernández y Arques—, avisadme cuando tengáis el registro de llamadas y los movimientos bancarios de Gandía. También me gustaría que revisarais los testimonios de los vecinos, por si hemos pasado algo por alto. Por cierto —añade mirando

también a la experta en perfiles—, ¿alguien sabe dónde está Salgado?

Los policías intercambian una mirada fugaz. Es Manuel Fernández quien responde:

—Urriaga ha dicho que lo necesita en Alicante. Que no podíamos venir todos.

Alvar suelta un bufido. El comentario termina de fastidiarle la mañana y acentúa el dolor de cabeza que ya creía controlado con la cafeína.

—Hablaré con él —dice con gesto cansado—. De acuerdo —añade, recapitulando—. Tenemos dos víctimas y, aparentemente, ninguna conexión entre ellas. Nos va a costar saber por dónde empezar. Por eso no podemos dar nada por sentado. Tenemos que saberlo todo: qué comían, con quién hablaban, dónde iban… Tiene que haber algo en común y vamos a averiguarlo.

Sus compañeros asienten y empiezan a recoger sus cosas, un poco desanimados por no tener aún ninguna pista sólida. Cuando cruzan las puertas de la comisaría son casi las tres de la tarde. Alvar se percata de que no ha probado bocado desde la noche anterior, así que le propone a Arques quedarse a tomar una cerveza y picar algo.

—¿Qué? ¿Cómo lo ves? —le pregunta al subinspector una vez en el coche.

—No sabría decirte. Acabamos de empezar, pero tengo la impresión de que no será fácil. Estamos bastante atascados. Y lo de trabajar aquí…

—¿Y con Gisbert… qué tal?

—No es mal policía —admite Arques—. Eso sí, es un auténtico gilipollas. No veas la que nos montó ayer. Te hubieses puesto de los nervios.

—Pues eso, un tocapelotas.

—Claro, que tú no…

Alvar sonríe.

—Deja que se calme, jefe. Estoy seguro de que acabará colaborando. Mientras, vamos a centrarnos en la investigación.

—Sí… La investigación… —murmura Alvar, con la mirada perdida en la carretera.

Portree, Isla de Skye, Escocia

Invierno de 1990

Ishbel se acomoda en la camilla, junta las piernas e intenta relajarse. El hombre le ha ordenado permanecer en esa posición al menos media hora antes de levantarse. En realidad, no sabe si es un médico de verdad; solo es un contacto de un contacto que le prometió ayudarla a acabar con su problema sin hacer preguntas. Hace unos días la contactó y le dio instrucciones sobre cómo encontrarlo, cuánto le costaría todo y a quién debía entregar el dinero. No le dio ningún nombre. Solo una dirección. A ella, doscientas libras le parecieron un precio razonable si con ello lograba solucionar aquello sin que su padre se enterase. Además, siempre ha sido una chica muy aplicada y tiene ahorrado todo lo que ha ganado con las clases particulares que imparte a varios niños algunas tardes a la semana. Pudo entregar el dinero sin problema.

El trayecto desde Kyleakin hasta la capital de la isla, Portree, solo le ha costado seis libras y una hora de viaje. En invierno, ese autobús cuenta únicamente con cuatro trayectos al día, así que tomó el primero y espera poder llegar a tiempo para coger el último. Si no lo consigue, estará perdida; todo habrá sido en vano y tanto ella como su hermano sufrirán las consecuencias.

Ha vuelto a mentir. No es nada nuevo; lleva haciéndolo desde hace varias semanas. Su madre —gracias a lo discreta que Ishbel ha sido siempre— no parece haberse percatado del retraso en el periodo de su hija. Últimamente está más perdida que nunca y prácticamente no se ocupa ni de ella ni de su hermano.

Como siempre, es Tom quien más le preocupa. Aunque con diez años es demasiado pequeño para comprender la envergadura del horror, ya es lo bastante mayor como para sufrir por los abusos. Ishbel es consciente de

que su hermano ha comenzado a sangrar en el baño. Ha tenido que limpiar restos de sangre en la tapa del inodoro y en el suelo. Intentó hablar con él, hacerlo verbalizar lo que está sucediendo, para que pudiera expulsarlo de alguna forma. Pero él siempre permanece en silencio, como si lo que no se dice no hubiera ocurrido jamás.

Tom lleva varios días sin dormir. Por las noches, cuando sus padres están durmiendo, se mete en la cama de su hermana, buscando protección. Ella finge estar dormida cuando lo escucha sollozar en silencio. Ya no sabe cómo consolarlo.

Ni el intenso frío ha evitado que Ishbel se levantara muy temprano esta mañana. Ha dejado a sus padres y a su hermano desayunando, completamente ajenos a sus planes. Con la determinación que solo puede dar la desesperación, ha metido en la mochila las cuatro cosas que ha considerado necesarias y ha salido de casa apresuradamente con la excusa de llegar antes al instituto para repasar un examen. Tampoco regresará a la hora de comer ni cuando acaben las clases. Ha conseguido tener la tarde libre alegando que después iría a ayudar con los deberes a un par de alumnos que viven en granjas en el entorno entre Kyleakin y Broadford, a unos treinta minutos a pie del instituto donde estudia. Ha tenido mucha suerte: esta vez su padre no ha preguntado.

Ahora, tumbada en la fría y oxidada camilla, se replantea si ha hecho bien, si no se habrá precipitado y habrá puesto en riesgo su vida al confiar en ese desconocido. Mueve las piernas, ya entumecidas, y un dolor súbito la atraviesa. Antes de marcharse, el «doctor» le ha dicho que no se preocupe, que esas molestias no son más que el fruto de las contracciones provocadas por la cánula que introdujo en el cuello del útero para ayudarla a abortar. Insistió en que ese dolor —que además podría ser más fuerte al estar embarazada de más semanas de las que le dijo en un principio— significaría la expulsión del embrión. «Dieciséis semanas es demasiado», le advirtió negando con la cabeza, y ella le pidió —le suplicó — que siguiera adelante. No tenía alternativa.

Pero el dolor se ha vuelto más intenso. Le arde y escuece a partes iguales. Al principio era tolerable. Ahora es insoportable. Ya debe haber pasado más de una hora desde que él se marchó, dejándola sola en esa habitación que ella sabe que no forma parte de ninguna clínica. Lo sospecha por la suciedad y por los muebles, más propios de una vivienda

que de un centro médico. Ishbel empieza a sentirse muy débil. Demasiado. Aun así, trata de incorporarse en la camilla. Al hacerlo, todo empieza a dar vueltas a su alrededor. Se lleva instintivamente las manos al vientre, en un intento por aliviar el dolor punzante, y nota que está mojada. Comprende entonces que está completamente empapada de sangre y empieza a sentir verdadero terror. Tiene que salir de allí y pedir ayuda de manera urgente. Puede que, quizá, aún tenga una oportunidad.

Consigue incorporarse con mucha dificultad para ver cuánto ha sangrado. El corazón le da un vuelco cuando ve que la sábana está roja por completo. La sangre gotea por la camilla y ha formado un gran charco en el suelo.

Ishbel trata de gritar para pedir ayuda, pero no tiene fuerzas. Ya no consigue ver con nitidez; todo se vuelve borroso. Un agradable sopor comienza a adueñarse de ella y siente unas ganas tremendas de sucumbir al sueño profundo. Quiere mantenerse consciente, pero ni el intenso dolor consigue mantenerla despierta. Poco a poco deja de luchar. Cierra los ojos y se entrega a una placentera oscuridad, una negrura que ha logrado ahuyentar el dolor y transportarla a otro mundo.

Un mundo en el que los padres y las madres cuidan de sus hijos y llenan su infancia de amor.

Un mundo en el que ningún padre abusa de sus hijos.

El mundo en el que ella y su hermano deberían haber vivido.

8

—¿Tú estás segura? —pregunta Susana sin apartar la vista del precioso solitario que luce Aura—. Javier me parece un buen tío y te veo feliz, de verdad. Pero solo lleváis unos meses y, después de todo lo que has pasado, me da miedo que te estés precipitando.

Aura la conoce demasiado bien como para tomarse en serio su pesimismo. Aunque su amiga siempre ha sido la más divertida y optimista del grupo, desde lo ocurrido meses atrás se ha vuelto especialmente protectora. Con Alvar, incluso más. No la culpa. Visto desde fuera, la idea de casarse tan rápido puede parecer una locura.

Por eso, ahora mismo, sentada frente a sus dos mejores amigas en el salón del ático que comparte con Alvar, siente que la están sometiendo a un tercer grado.

—Nunca había sentido esto por alguien. —Se defiende.

—Ya, lo sé. Solo quiero que estés segura del paso que vas a dar. No entiendo a qué viene tanta prisa si total ya estáis viviendo juntos.

—Pues claro que está segura, joder, si es el tío perfecto —interviene Claudia—. ¿No será que tienes envidia?

—Vete a la mierda, Claudia —salta Susana, irritada—. Lo que no quiero es verla llorar después. Tú como te piras a Londres…

—Vale, chicas —corta Aura, cansada de que hablen como si no estuviera delante—. He sido yo quien lo ha decidido y os aseguro que lo he pensado bien. Estuve muchos años con Carlos y ya sabéis cómo acabamos. Si esto sale mal, ya me apañaré. Lo único que estáis haciendo es acojonarme.

Claudia intercambia una mirada con Susana y esta se apresura a suavizar el tono:

—Ya sabes que me alegro mucho.

—¿Podéis entender que estar con él es lo que más me apetece ahora mismo? No sé dónde me llevará esto, pero no quiero arrepentirme de no haber hecho algo por miedo. Nunca sabes cuánto tiempo te queda…

—¡Hala…!

Quizá por eso había tardado tanto en contarlo. En el fondo esperaba esta reacción de su amiga.

—Tienes razón —admite Susana, ya más comprensiva—. Siento haber estado tan negativa… Me alegro mucho por ti. —Deja el vaso sobre la mesa—. Y ahora, dejémonos de dramas y salgamos a celebrarlo.

Son poco más de las siete cuando las tres amigas ponen los pies en el pequeño pub irlandés que tanto solían frecuentar durante sus años universitarios.

—¡Joder, cómo echaba de menos este sitio! —exclama Claudia, acomodándose en una de las mesas del fondo.

Desde que se fue a vivir al Reino Unido con su novio, Claudia solo viaja a España en contadas ocasiones. Aura la echa de menos, pero sabe que no va a volver. Le va francamente bien en la agencia de publicidad en la que trabaja.

Susana se acerca a la barra. Cuando regresa con las bebidas, Aura está hablando de su última guardia, con la mirada perdida en algún punto del local.

—Seguro que hiciste todo lo que pudiste por ese chico —Claudia intenta reconfortarla—.

Susana prefiere cambiar de tema para animar el ambiente.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer con tu piso?

—No es mi piso. Nunca lo ha sido del todo.

La pregunta de su amiga le sienta como una patada. La casa donde vivía nunca ha sido suya del todo. Primero fue de su abuela, después de su madre, y ahora la comparte con su hermana Isabel. A veces siente que, pese a haber cumplido ya los treinta, aún no ha construido nada propio.

—Ya sabes a qué me refiero.

Aura juguetea distraída con la etiqueta de su cerveza.

—Sí, te refieres a si he decidido dejarlo todo por irme con Javier. A dejar de ser quien era. ¿Es eso lo que preguntas? Llevas toda la tarde así.

—No me jodas… —zanja Susana.

Claudia le lanza a Aura una mirada de advertencia.

—Bueno… aún no lo sé —rectifica Aura—. Tendría que hablar con Isabel. Últimamente la noto rarísima. Creo que se siente sola. Marcos pasa cada vez más tiempo fuera por trabajo.

—¿No están bien? —se interesa Claudia.

Aura tarda unos segundos en responder.

—No lo sé. No me cuenta nada.

—Quizá esté agobiada por algo.

—Pues ya me dirás por qué —replica Susana—. Porque ayuda con los niños y la casa no le falta.

—Hoy tienes para todas… —resopla Aura.

Susana sonríe.

—Está bien. Ya vale de penas. Voy a por otra ronda, que estamos de celebración. Y el miércoles que viene cenamos en mi casa. Estoy encantada de que volvamos a ser tres. —Se pone en pie y levanta el vaso vacío con una sonrisa.

Pasan el resto de la tarde de ronda en ronda hasta que las tres terminan en el piso de Susana tiradas en el sofá escuchando música y recordando entre risas anécdotas de la universidad.

Y así, poco a poco, la noche acaba convirtiéndose, por fin, en una mucho más parecida a las que solían compartir en el pasado. Durante esas horas, Aura logra quitarse de la cabeza el hospital, las guardias y la imagen del chico que murió en sus manos.

Pero, incluso entonces, sabe que algunos fantasmas nunca se marchan del todo.

9

La Zona Alta de Alcoy sigue siendo una de las áreas más acomodadas de la ciudad. Tradicionalmente vinculada a la burguesía industrial, sus edificios conservan fachadas de sillería y hierro, así como antiguos miradores de madera y cristal. Aunque la zona más nueva se ha llenado de bloques residenciales modernos, edificios como la Casa del Pavo, el Círculo Industrial o la Casa Laporta son el reflejo del lujo de la élite de la época.

Alvar gira a la derecha siguiendo las indicaciones del GPS, que le anuncia la proximidad de la calle San Blas. Aparca en una zona de carga y descarga y recorre a pie la calle adoquinada en busca de la dirección que lleva anotada en el móvil: la del domicilio de Miguel Bornay, el empresario hallado muerto dentro de uno de los tanques de tinte de su fábrica textil. Aunque solo son las cinco y media, ya está anocheciendo y el aire se vuelve cada vez más frío y cortante, así que se sube la cremallera del plumífero y mete las manos en los bolsillos. Al llegar a su destino, le sorprende ver un único timbre en la puerta. Levanta la vista y comprende entonces que todo el edificio —una majestuosa finca señorial de principios del siglo XX— pertenece a la familia Bornay.

Tras identificarse, una mujer uniformada de unos cincuenta años y marcado acento latino le abre la puerta con una sonrisa y lo invita a pasar a un espacioso recibidor. Lo primero que llama su atención al entrar es un cuidado patio acristalado que actúa como eje central de la vivienda y permite ver las cuatro plantas que la componen. La empleada lo guía hasta el salón y le ofrece un café, que él acepta. El dolor de cabeza no termina de remitir y, siguiendo el consejo de Aura, prefiere combatirlo con cafeína mientras espera a que los analgésicos que acaba de tomar en el coche surtan efecto.

La mujer le pide que espere a la señora y se ausenta unos instantes para regresar con una bandeja en la que reposan dos

tazas, una pequeña cafetera, azúcar y algunos dulces. El inspector echa un vistazo a su alrededor. El salón, de techos altos y grandes ventanales por los que se cuelan los últimos rayos de luz de la tarde, es muy amplio y está decorado con gusto. A él le recuerda al de la casa de sus padres en San Sebastián: muebles de madera robusta, densas cortinas, alfombras mullidas y cuadros en las paredes que otorgan al inmueble cierto aire noble. En uno de los rincones destaca una especie de santuario dedicado a las fiestas de Moros y Cristianos. Al menos eso deduce él por lo que ha oído comentar alguna vez a Aura. Desde donde está sentado no se distingue con claridad, pero cree identificar varias fotografías de Miguel Bornay junto a su familia y algunos amigos.

Cinco minutos después aparece una mujer de unos sesenta años con el semblante serio. Es alta, delgada y viste con una elegancia atemporal: pantalón beige, blusa blanca y un collar de perlas. Su cabello rubio y corto, perfectamente teñido y peinado de forma sofisticada, delata una visita reciente a la peluquería. Todo en ella transmite un nivel de vida inalcanzable para la mayoría de los mortales.

Alvar se levanta y le tiende la mano.

—Buenas tardes, señora Bornay. Soy el inspector Javier Alvar, de la Policía Nacional.

—Buenas tardes, inspector —saluda ella mientras le indica que vuelva a tomar asiento y ocupa el sillón frente a él—. Llámeme Consuelo, por favor. Tengo entendido que viene usted de Alicante, ¿no es cierto? Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Antes de nada, quisiera expresarle mi más sentido pésame por la muerte de su marido.

—Gracias. —Esboza una sonrisa cargada de tristeza.

—Sé que ya ha hablado en varias ocasiones con la policía, pero supongo que está al tanto de que ha aparecido otro hombre asesinado. Ese es precisamente el motivo por el que me han asignado la investigación.

—Lo he escuchado en las noticias. Increíble, ¿verdad? Aquí nunca pasa nada y, de repente, dos asesinatos. Es terrible. Supongo,

inspector, que si lo han enviado aquí es porque hay indicios de que se trata del mismo asesino.

—De momento no descartamos ninguna hipótesis —responde Alvar con cautela.

Consuelo asiente mientras llena su taza con una calma que al inspector le resulta extraña. Los años de experiencia le han enseñado que no todo el mundo afronta la pérdida del mismo modo, pero, aun así, no esperaba encontrarla tan entera.

—Discúlpeme si parezco ausente —aclara al percibir la extrañeza del joven—, pero el doctor me ha recetado medicación para los nervios. Al menos con estas pastillas puedo dormir algo…

Aunque en sus primeros años como policía le costaba no dedicar unos minutos a consolar a los familiares, decide ir directo al grano.

—¿Sabía de alguien que tuviese algún problema con su marido? ¿Alguien que quisiera hacerle daño?

—Usted no lo conocía —niega ella con tristeza—. Era un hombre muy querido. Miguel ha sido un buen padre, marido y amigo. Es imposible que tuviese enemigos.

Consuelo desvía la mirada hacia una de las fotografías enmarcadas sobre el aparador y rompe a llorar. Es una imagen del matrimonio en la que el empresario, vestido de forma elegante y luciendo una espesa barba, abraza a su esposa, que lo mira embelesada.

—¿Y sus amistades? ¿Alguna discusión reciente, quizá? —pregunta Alvar, reconduciendo la conversación.

—No —responde tajante, secándose las lágrimas.

—¿Cómo le iba en la empresa? ¿Tuvo problemas con algún empleado?

—No que yo sepa. Siempre pagaba puntualmente. Es cierto que durante el covid tuvo que hacer un ERTE y hubo algunos despidos, pero hasta donde yo sé todos los trabajadores fueron indemnizados como correspondía. De todos modos, nunca he estado muy al tanto de los negocios de mi marido. Si quiere saber más, le sugiero que hable con Pere. Es un amigo de la familia que siempre ha trabajado en la empresa y que se está encargando de todo desde que Miguel falleció.

El policía anota el nombre mientras ella, ya más serena, apura el café de su taza.

—¿Observó algún comportamiento extraño en su marido en los días previos a su muerte? —pregunta, retomando el hilo.

—¿A qué se refiere?

Alvar se esfuerza en responder con la mayor delicadeza posible. En sus años como inspector, no sería la primera vez que destapa información que el fallecido habría preferido mantener oculta.

—Me refiero a cambios en su rutina, salidas a horas inapropiadas, alteraciones en su estado de ánimo… Cualquier cosa que se saliera de lo habitual.

Consuelo duda.

—Nada extraño —dice al fin—. Al menos nada que yo quisiera ver. O de lo que me diera cuenta. Es cierto que hace unos meses lo noté raro durante unos días. Estaba algo esquivo, pero lo atribuí al cansancio. Pensé que tendría que ver con el cierre del trimestre en la empresa. Como le he dicho, solo fueron unos días. De hecho, durante las fiestas se comportó con absoluta normalidad.

—¿Y sus hijos? ¿Notaron ellos algo?

—Eso tendría que preguntárselo a ellos, inspector. Los dos viven fuera, pero puedo facilitarle sus números de teléfono. —Hace una pausa, evitando mirar al inspector a los ojos—. Aunque imagino que ya los tendrán.

Alvar asiente. Le llama la atención que apenas haya mencionado a sus hijos durante toda la conversación.

—Una cosa más —añade antes de dar por concluida la conversación—. ¿Le importaría enseñarme el dormitorio de Miguel?

Consuelo tuerce el gesto, visiblemente incómoda.

—No entiendo por qué, la verdad —responde con brusquedad—. La Policía ya buscó allí y no encontró nada. No se imagina cómo lo dejaron todo.

—Lo sé y le pido disculpas. —Procura mostrarse lo más empático posible—. Pero, como le digo, acabo de hacerme cargo de la investigación y me gustaría echar un vistazo para poder sacar mis propias conclusiones.

Tras meditarlo unos instantes, la viuda acaba accediendo y lo acompaña hasta el dormitorio principal, en la primera planta. Después de rogarle que sea lo más cuidadoso posible, lo deja solo y desaparece escaleras abajo.

Es una estancia enorme, decorada con el mismo derroche que el salón, con muebles robustos y textiles de alta gama. Alvar revisa los cajones de la mesita de noche, los de la cómoda, el armario y el cuarto de baño, pero no encuentra nada que le llame la atención. Su mirada se detiene en el estante donde Bornay guardaba los utensilios de afeitado y entonces recuerda la fotografía que acaba de hacer llorar a Consuelo. La barba. Algo no encaja. Guiado por un presentimiento, comienza a examinar los botes uno por uno hasta que ve algo extraño en el de la espuma de afeitar. La tapa parece cerrada, pero no encaja del todo. La fuerza y no se sorprende cuando halla, doblada en su interior, una cartulina roja del tamaño de un carné.

Otra vez números.

12, 103 y 105, grabados en negro. La confirmación de que el asesinato de Fernández Gandía y el de Bornay están relacionados.

Sale de la habitación y regresa al salón, donde la viuda lo espera sentada en el sofá.

—¿Tiene idea de qué significa esto? —le pregunta mostrando el hallazgo.

Ella lo observa con atención durante unos instantes.

—No, la verdad —responde encogiéndose de hombros—. ¿De dónde la ha sacado?

—Estaba oculta en un bote de espuma de afeitar.

La viuda lo mira con extrañeza.

—Me sorprende mucho. Miguel no se afeitaba desde hace años; cuando tenía que arreglarse la barba, lo hacía fuera de casa. Siempre. Ese bote no es suyo.

—¿Recuerda si su marido había iniciado nuevas amistades? ¿Alguien que le mencionara, aunque hubiese sido de pasada? ¿Aunque en su momento usted no le diera importancia?

Consuelo vuelve a negar con la cabeza. Él, consciente de que no va a sacarle mucho más, se pone en pie para despedirse.

—Muchas gracias por recibirme, señora Bornay.

—De nada, inspector. Espero que esta visita le haya servido de ayuda para que puedan atrapar al malnacido que le ha hecho esto a mi familia —añade con una mirada cargada de rabia contenida—. Carmen —se dirige a su empleada—, acompaña al inspector hasta la salida, por favor.

La mujer lo guía hasta la puerta con la misma sonrisa profesional de antes. Justo antes de cruzar el umbral, ella se le acerca con timidez y, tras asegurarse de que nadie los escucha, le susurra:

—Inspector… el señor Bornay no era quien la gente creía.

—¿A qué se refiere?

—Busque entre los trabajadores de la fábrica. Créame, allí hay gente que tiene motivos de sobra para odiarlo.

10

La agente Cristina Máiquez tamborilea con el bolígrafo sobre su bloc mientras escucha a Alvar resumir su visita al domicilio de Miguel Bornay. Le está costando concentrarse. Su hijo pequeño ha pasado la noche con fiebre y ella apenas ha pegado ojo. A juzgar por el aspecto de su superior, él tampoco parece haber descansado. Aun así, mantiene el mismo tono firme y profesional de siempre. Es una de las cosas que más admira de él: su capacidad de liderazgo. Siempre ha pensado que podría llegar a ser comisario, si no fuera, claro está, por la facilidad con la que pierde los papeles cuando algo lo saca de quicio.

—Aunque no he sacado nada en claro de la conversación con la viuda —prosigue Alvar—, su asistenta sí hizo un comentario bastante interesante. Puede que Bornay no fuera tan buena persona como todos creían.

—Según el testimonio de varios trabajadores —interviene Manuel Fernández mientras hojea sus notas—, el empresario desoía constantemente las necesidades de la plantilla. He apuntado un par de nombres. Deberíamos volver a hablar con ellos. Hay cosas que no termino de ver claras.

—Eso mismo me dio a entender la empleada doméstica —añade Alvar—. Y otra cosa… —Saca la cartulina hallada en el cuarto de baño del empresario y la deja sobre la mesa—. Esto estaba escondido entre sus objetos de aseo. Voy a enviarlo al laboratorio, pero quería que le echarais un vistazo antes. ¿A alguien le dice algo?

Los policías se pasan la bolsa de plástico de unos a otros con cara de desconcierto. Nadie dice una palabra. Incluso Gisbert evita levantar la vista de la mesa. «Esto acaba de complicarse», parece pensar todo el mundo.

Gisbert y Holloway intercambian una mirada cargada de inquietud.

El inspector decide tirar de otro hilo.

—Gisbert, ¿habéis revisado ya el listado de llamadas de Bornay?

—Sí. Y, como adelanté, no hay nada raro. Proveedores, familiares… Aunque…

Alvar alza la vista.

—¿Aunque qué?

El veterano duda un instante.

—Hay un número que se repite. Concretamente, cuatro llamadas la madrugada anterior al asesinato. Todas cortas, de menos de treinta segundos.

—¿Lo habéis identificado?

—Todavía no.

—¿Y eso no te parece sospechoso? —reprocha Alvar sin ocultar su impaciencia.

Gisbert ni se inmuta.

—Podría ser una centralita. O un número oculto.

—¿De madrugada? —apunta Cristina, alzando la vista por primera vez.

El veterano resopla.

—Yo qué sé. Ya os he dicho que no hemos podido identificarlo.

Alvar se frota la nuca mientras trata de disimular lo harto que empieza a estar de la actitud del alcoyano. Cristina, que conoce bien a su jefe, baja la vista y vuelve a centrarse en sus notas.

—Pues céntrate en eso, joder. Quiero saber quién hizo esas llamadas antes de mañana. Es lo único que tenemos ahora mismo. ¿Está claro?

Gisbert le sostiene la mirada unos segundos, pero no responde. La tensión entre ambos vuelve a hacerse palpable.

—En el registro de Gandía —interviene Arques antes de que los ánimos se calienten más de lo que ya están—, tampoco hemos encontrado gran cosa. La mayoría de llamadas que realizó fueron al hermano, por trabajo y a restaurantes de comida rápida. Ningún número extraño. Y en cuanto al ordenador… no nos consta que tuviera.

—¿Cómo que no tenía ordenador? ¿Y otros dispositivos?

—No apareció ninguno en el domicilio.

—¿Y el ordenador personal de Bornay? —insiste, dirigiéndose de nuevo a Gisbert.

—Seguimos esperando el informe pericial definitivo —responde el alcoyano—. Lo único que me han adelantado es que no parece haber nada raro. No hay archivos borrados ni correos sospechosos. Su historial de navegación está limpio y la geolocalización del dispositivo coincide.

Alvar se reclina despacio en la silla. Nadie tiene una huella digital así de aséptica. Es sospechoso.

—¿Qué hay de las cuentas bancarias de Gandía?

—Nada —Arques busca en sus compañeros una respuesta diferente—. Nóminas, facturas y compras habituales. Supermercados, gasolineras, algún restaurante… Si ocultaba algo, desde luego sabía cómo hacerlo.

Otro callejón sin salida. Otro más.

—¿Qué ha hecho estos últimos tres años?

Arques consulta sus notas.

—Como sabéis, era abogado. Después del juicio se marchó del país; por lo visto no soportó la presión mediática. Vendió lo que tenía y se fue a Argentina. Primero estuvo en Buenos Aires trabajando en mantenimiento de edificios y después se instaló en Rosario, donde volvió a ejercer en un bufete.

—Y a buscarse otra familia, ¿no? —Máiquez no puede evitar saltar.

—Cristina…

Arques pasa una página y continúa.

—He hablado con dos excompañeros y ambos coinciden en que Gandía era un tío normal, buen colega. De hecho, están convencidos de su inocencia. Parece que allí sí pudo rehacer más o menos su vida. Eso sí, ni la familia política ni la suya propia querían saber nada de él. El único contacto que mantenía era el de su hermano. Cuando supo que estaba enfermo, decidió volver. Imagino que no sería el único motivo, pero nadie ha sabido decirme mucho más.

—¿Su hermano está enfermo? —pregunta Alvar.

Martín Holloway, el más joven de los policías alcoyanos, interviene desde el fondo de la sala:

—Tuvo un linfoma el año pasado. Gandía regresó a España para actuar como donante y acabó quedándose aquí.

—¿Por qué en Alcoy?

—Eso no me queda claro, jefe —admite Arques—. Lo único que sé es que compró la vivienda donde residía hace poco más de un año. Lo he revisado y no hay nada turbio.

—¿Qué dicen los vecinos?

—Poca cosa —responde Holloway—. La mayoría son personas mayores que no querían ningún trato con él. Pero todos coinciden en una cosa: ni se enteraban de que vivía allí.

—Un ciudadano ejemplar —ironiza Alvar—. ¿Aquí también ejercía como abogado?

—No —Arques niega de nuevo—. Y eso sí es raro. Dejó un buen empleo en Argentina para trabajar aquí como fontanero.

—Ojo con los fontaneros, que cobran más que nosotros —suelta Gisbert.

Esta vez el comentario del veterano arranca varias carcajadas y un revuelo de comentarios entre sus compañeros. Un soplo de aire en medio de tanta tensión.

Alvar se deja caer en el respaldo de su silla, entrelazando las manos tras la cabeza. Piensa en lo último que ha dicho Arques. Tiene razón. No encaja.

—Cristina, ¿cómo vas con el mensaje dibujado en los dos escenarios?

Ella tarda unos segundos en responder.

—He consultado a varios expertos y ninguno reconoce esos círculos. No coinciden con ninguna simbología criminal conocida. Pero… los números podrían ser coordenadas o el código de alguna secta.

—¿Podrían? —Alvar la mira fijamente—. Necesito algo más que una suposición.

A Cristina le molesta el tono. Lleva tres años trabajando con él y nunca le había hablado así. Cierra el bloc con calma y deja el bolígrafo sobre la mesa.

—Pues por ahora es lo que hay.

El respiro que había traído el comentario de Gisbert se disipa de golpe. Alvar exhala un suspiro y dirige la mirada a la pizarra del fondo. Las fotografías de Gandía y Bornay. Los secretos que quizá ambos escondían. Y ese nexo que sigue sin aparecer.

—Bien —dice tras unos minutos en los que la calma vuelve a instalarse en la sala—. Mientras averiguamos quién habló con Bornay la noche antes de su asesinato —clava la mirada en Gisbert—, vamos a centrarnos en las víctimas. Aunque aún no sepamos qué, tenían que conocerse o compartir algo.

—O no —murmura Gisbert.

Alvar vuelve a mirarlo, desafiante.

—¿Hay algo que quieras compartir con los demás?

El alcoyano aguanta la mirada unos segundos antes de apartarla.

—Quizá estamos forzando las piezas para que encajen.

—Aun así —lo corta—, reconstruid sus últimos días. Quiero saberlo todo.

Gisbert se resigna. Alvar observa a su equipo. El cansancio es evidente. Consulta el reloj. «Demasiado tarde. Necesitamos un descanso», se dice.

—Vamos a dejarlo por hoy. Mañana a primera hora seguimos.

El ruido de las sillas relaja el ambiente. Los agentes recogen sus cosas mientras intercambian comentarios sobre niños dormidos, duchas, series de televisión y carreteras heladas. Alvar permanece sentado. Escucha a Gisbert y Holloway mientras se ponen los abrigos. Hay una agradable camaradería entre ellos.

Tal vez se haya precipitado al juzgar al veterano.

—Inspector —dice Holloway antes de salir—, si necesita quedarse en Alcoy, puede usar mi piso.

—Te lo agradezco, pero prefiero volver a Alicante —responde Alvar—. He quedado con el comisario a primera hora.

—Pues dele recuerdos de parte de la gente de la montaña —bromea Gisbert con media sonrisa.

Antes de salir, se detiene.

—¿Sabe, Alvar? Antes, cuando no estaba terminado el tramo nuevo de la autovía y había que ir por la Carrasqueta, era

infinitamente peor. Ahí sí que te jugabas el pellejo. Y en invierno ni te cuento; la nieve nos dejaba incomunicados cada dos por tres. Ahora despejan la carretera enseguida y se puede circular con seguridad. Eso sí, inspector —añade antes de abandonar la sala—, cuidado con las placas de hielo a la salida de Alcoy.

Él asiente.

Los dos hombres cierran la puerta. Ya a solas, Alvar vuelve a fijarse en la pizarra. Se levanta y se aproxima a ella mientras se afloja la corbata.

Gandía.

Bornay.

Los símbolos.

Demasiadas incógnitas.

Regresa a la mesa y se deja caer en la silla, vencido. Pasa un rato más ordenando informes y revisando documentos. Cuando vuelve a consultar el reloj, pasan diez minutos de la medianoche.

No tienen nada.

Solo un mísero número de teléfono sin identificar.

Y un asesino que no tardará en volver a matar.

11

—¿Qué tal por Alcoy? ¿Alguna novedad?

El comisario David Urriaga toma café en su despacho mientras observa a Javier Alvar, apoyado en el marco de la puerta. Lo ha citado a primera hora para conocer los avances de la investigación y, de paso, sus impresiones sobre la unidad operativa de Alcoy.

El inspector resume los escasos progresos: un número de teléfono sin titular. Eso es todo lo que tienen.

Apenas ha dormido. Se pasó media noche revisando informes y fotografías del caso. Necesita urgentemente otro café. Será el tercero.

Y todavía no son las ocho de la mañana.

—Bueno, no te llores tanto —lo anima el comisario tras escucharlo—. Al menos tenéis eso.

—Ya, pero todo eso podría habértelo contado por teléfono —replica—. Y, conociéndote, no creo que me hayas hecho venir para darme ánimos. Así que suéltalo ya. ¿Por qué querías verme? Estamos hasta arriba.

Urriaga le indica que tome asiento.

—Sé que estáis a tope, pero también sé que te has llevado a los mejores. Aquí me he quedado prácticamente solo. —Levanta las manos al ver la reacción del inspector—. Necesito que te ocupes de otro asunto. Ya lo sé —añade anticipándose a la protesta—, vas a decirme que no es competencia tuya, pero tengo a la prensa encima y quiero que lo lleves tú personalmente.

—Tú dirás —responde él sin entusiasmo.

—Quiero que investigues el suicidio de un adolescente. La madre ha denunciado al centro donde estudiaba. Dice que, aunque allí sabían que su hijo sufría acoso, no hicieron nada para impedirlo. Tenía trece años.

Alvar enarca las cejas. Demasiada casualidad, pero podría tratarse del chico que murió durante la última guardia de Aura.

—¿Quieres que un inspector de Homicidios investigue un caso de acoso escolar? No me jodas, David.

El comisario se recuesta en su silla, pensativo.

—Yo también lo veo así —admite al fin—. Pero es el tercer caso en la provincia en poco más de un año. Y el segundo en ese mismo instituto.

—¿Por qué no se lo encargas a otro? A Salgado, por ejemplo. No creas que no me ha jodido que no lo hayas dejado venirse a Alcoy.

Guillermo Salgado —Willy para los amigos— es un buen policía, aunque su mal carácter le ha causado más de un problema con sus compañeros. Especialmente con Alvar, con quien una vez incluso llegó a las manos. En aquella ocasión, Salgado llevaba un tiempo cuestionando la forma en que estaba llevando una investigación. Lo provocó durante días hasta que, una noche en la que todos habían decidido salir a tomar algo para despejarse un rato, Alvar perdió los papeles y ambos acabaron a golpes a solo unas calles de la comisaría.

Aun así, el inspector habría preferido poder tenerlo en su equipo.

La testarudez gallega del comisario le impide dar su brazo a torcer.

—Como acabo de decirte, quiero que te encargues tú.

—Pídeselo a Salgado —insiste, cruzándose de brazos.

Urriaga se remueve en su asiento, irritado.

—¡Ya estás tocando los cojones como siempre! Salgado está con lo de la chica de la discoteca y quiero que siga con eso. ¿O tengo que recordarte quién manda aquí? ¿Quieres que te abra un puto expediente?

Su subordinado tuerce el gesto, pero no cede. Hace tiempo que dejó de ser el agente que iba de puerta en puerta tomando declaraciones. Ahora dirige Homicidios, y el encargo le parece más un castigo que una necesidad operativa. Con dos asesinatos sin resolver, lo último que necesita es pasarse la mañana haciendo preguntas en un instituto. Aprecia a su jefe, pero a veces sus formas le resultan insoportables. A sus cuarenta y cinco años, el comisario es un hombre enérgico, de carácter férreo y con una disciplina que

se empeña en imponer sin excepción a todos los miembros de la comisaría.

Aunque, si algo bueno tiene, es que sabe exactamente cuándo debe aflojar para no quemar a sus subordinados.

Urriaga suspira y cambia de tono.

—Mira, voy a serte franco. Ese chico es hijo de unos conocidos. Esto te lo pido, en parte, como un favor personal. Solo quiero poder decirles a los padres que me lo he tomado en serio. Además, hablamos de menores. Ahora mismo tenemos a la prensa metiendo las narices. Lo único que te pido es que vayas, hagas algunas preguntas y cierres el asunto cuanto antes. Vamos, inspector —añade en tono mordaz—, no me digas que no puedes hacer dos cosas a la vez. Si no encuentras nada, que es lo que yo creo, esta tarde vuelves a Alcoy. Y si me echas una mano con esto… teniendo en cuenta que te casas dentro de poco…

Una de las cosas que más admira el inspector de su jefe es su capacidad para pasar de la persuasión a la coacción en cuestión de segundos. Habían hablado de juntar sus vacaciones con el permiso de boda. A él no le hace ninguna gracia que Urriaga lo amenace con eso, pero, por primera vez en años, necesita esos días libres. Le prometió a Aura que, durante la luna de miel dejaría de lado el trabajo e intentaría desconectar.

—Está bien —cede al fin—. Me pasaré por allí. Pero esta tarde vuelvo a Alcoy.

El comisario sonríe, satisfecho. Abre un cajón, saca un sobre y lo deja encima de la mesa.

—Aquí está todo. Lo del chico del que te he hablado y los otros dos. Llámame en cuanto tengas algo.

Minutos después, ya en su despacho, Alvar abre el sobre. En su interior hay tres expedientes.

El primero pertenece a Ferrán Sala Rodríguez: trece años, rostro alargado, nariz chata y expresión tímida. Cursaba segundo de la ESO en el instituto Gran Vía de Alicante.

Causa de la muerte: precipitado desde un sexto piso.

Es el chico que murió en la guardia de Aura.

El segundo expediente corresponde a Vicente Sellés Martínez: quince años, pelo revuelto y rostro plagado de acné. Alumno de cuarto de la ESO en el mismo centro. Se suicidó tres meses antes.

A Alvar se le eriza la piel al leer la causa de la muerte: ingesta masiva de antidepresivos y benzodiacepinas.

Quince años… y había sabido exactamente qué debía tomar.

Por último, Alba Sánchez Romero, una chica rubia de ojos claros y expresión dulce que cursaba primero de bachillerato en el instituto Sant Roc de Alcoy. Tenía dieciséis años. Murió un año antes.

Causa de la muerte: cortes en ambos antebrazos.

Tres suicidios en poco más de un año.

Dos de ellos en el mismo centro.

Demasiadas coincidencias.

Alvar observa las fotografías extendidas sobre la mesa. Desde el papel, los tres adolescentes parecen devolverle la mirada, congelados en el tiempo.

—¿Qué tenéis vosotros que ver con todo esto? —murmura.

Durante un instante piensa de nuevo en Bornay. En Gandía. En la sensación persistente de que algo se le está escapando.

Su instinto le dice que quizá su jefe no iba tan desencaminado. Que, aunque todavía no entiende bien por qué, esos expedientes ha llegado a sus manos por algo.

Saca el móvil del bolsillo y marca el número del subinspector Pablo Arques.

12

El viento sopla con fuerza y arrastra hojas secas contra la verja del instituto Gran Vía de Alicante. En plenas vacaciones de Navidad, el centro presenta un aspecto desierto, con las persianas a medio bajar y desprovisto del bullicio habitual de los adolescentes.

Alvar aparca justo enfrente, en una de las plazas dispuestas en batería —seguramente donde estaciona el personal docente—, y accede al interior tras pulsar el timbre e identificarse. El conserje, un hombre que debe de estar rozando la jubilación y con un evidente sobrepeso, lo guía por el recinto con la expresión cansada y sin demasiado interés. Después de subir unas escaleras y cruzar un par de pasillos con el sonido de sus pasos resonando en el silencio del edificio, finalmente llegan al despacho del director, con quien el inspector ya había concertado una cita.

Cuando abre la puerta, encuentra a un hombre menudo, de unos cincuenta años, con el pelo canoso y gafas con la montura al aire. Está sentado frente al ordenador y rodeado de pilas de documentos. Al ver al inspector, se levanta enseguida para estrecharle la mano.

—Buenos días. ¿Federico Ortuño? Soy Javier Alvar, de la Policía Nacional. Hemos hablado por teléfono.

—Le estaba esperando —admite, nervioso, mientras le señala la silla frente a su mesa—. Siéntese, por favor.

Ambos toman asiento. Alvar recorre el despacho con la mirada sin poder evitar compararlo con el de sus años escolares. Ni rastro de símbolos religiosos o fotografías oficiales; solo varios cuadros abstractos de colores alegres y un estor de corte moderno que deja pasar la luz. Una fragancia a vainilla y café recién hecho impregna el ambiente, en contraste con el olor a papel viejo y plastilina que él recuerda del centro donde estudió.

—Usted dirá en qué puedo ayudarle —dice el director, apoyando los codos sobre la mesa.

—Como le comenté antes, he venido para esclarecer las circunstancias del suicidio de Ferrán Sala. Supongo que está al tanto de la demanda interpuesta por su madre.

—Desde luego. Es una verdadera tragedia. Le ayudaré en todo lo que pueda, pero le adelanto que el instituto actuó como corresponde.

—Según la madre, el centro conocía los abusos desde hacía meses.

El docente desvía la mirada hacia la ventana.

—Así es, pero seguimos a rajatabla el procedimiento establecido por la Consellería. La madre habló con la tutora, se discutió en el claustro y activamos el protocolo de acoso escolar.

—¿En qué consiste exactamente?

—Lo primero es nombrar a un mediador, normalmente el orientador del centro. Esta persona se entrevista con la víctima y con los presuntos acosadores e intenta reconducir la situación.

—¿Y funcionó?

El director se frota la barbilla antes de responder.

—Eso creíamos.

—¿Qué ocurrió en este caso?

—El chico aseguró que lo había solucionado y no volvimos a registrar incidencias. Los padres tampoco volvieron a contactar con nosotros. De todos modos, Laura, la orientadora, se lo explicará mejor; fue ella quien se encargó del caso. Como imaginará, ahora mismo está muy afectada, pero ha venido hoy para atenderlo. Si quiere, le acompaño.

El inspector asiente y lo sigue hasta el despacho de la orientadora, una planta más arriba. La puerta está entreabierta. Dentro, una mujer revisa unos papeles inclinada sobre la mesa. Es joven —no más de treinta y cinco años— y viste vaqueros y un jersey ancho azul marino. Unas enormes gafas de pasta le otorgan un aire moderno e intelectual. Está tan concentrada que ni siquiera los oye entrar.

—Laura, este es el inspector Alvar.

Ella alza la vista, esboza una sonrisa nerviosa y se levanta para estrecharle la mano.

—Buenos días. Soy Laura Calatayud. Federico me ha comentado que seguramente querría hablar conmigo…

—Si tiene un momento…

El director los anima a que lo llamen si necesitan algo más de él y los deja solos. Alvar toma asiento frente a ella. A espaldas de la chica, dos estanterías repletas de manuales de psicología, libros de texto y montones de papeles parecen a punto de ceder por el peso.

La joven tiene el semblante triste, con ojeras marcadas que delatan la falta de descanso de los últimos días. Durante unos instantes, el silencio entre los dos solo se ve interrumpido por el sonido amortiguado del tráfico.

—Viene por Ferrán —logra articular ella al fin. Se quita las gafas y se frota los ojos—. Disculpe, no estoy durmiendo demasiado bien. Como orientadora, estuve implicada en el caso y terminé cogiéndole cariño.

—¿Ya no lo estaba?

—Pues no —suspira—. Activamos el protocolo y seguimos las pautas. Sobre el papel hicimos todo lo que debíamos hacer. Pero en las últimas entrevistas me aseguró que ya no tenía problemas, que se encontraba bien. No sé… Lo vi tranquilo. Yo… no debería haberle creído.

La mujer se detiene. Ninguno de los dos dice nada durante unos segundos.

Alvar espera. No quiere presionarla.

—Hace un año, el jefe de estudios me notificó que se había activado el protocolo antiacoso. Desde el primer encuentro, me di cuenta de que Ferrán era un chico muy sensible. Quizá demasiado pendiente de lo que decían los demás. Hasta ese momento sus notas habían sido excelentes y nunca se había metido en problemas.

—¿Y los agresores?

—Fueron tres chicos de su misma clase. Ya en la primera entrevista se mostraron bastante asustados. Me dio la impresión de que en casa habían tenido que apretarles bien las tuercas, porque parecían muy arrepentidos. Eso me tranquilizó; pensé que la situación podía reconducirse.

—¿Qué pasó entonces?

Laura se encoge de hombros.

—Todo pareció resolverse. Las notas de Ferrán mejoraron notablemente y se le veía integrado, animado incluso. De todos modos, yo siempre recomiendo la psicoterapia. A esa edad, hablar con alguien ajeno a todo esto puede ayudarles mucho. Se lo sugerí a la madre y me consta que siguió mi consejo. Pensé que todo iba bien —Baja la mirada y empieza a juguetear nerviosamente con las manos. —Aún no consigo entenderlo…

—¿Hay informes de esos encuentros?

—Claro. Están en su expediente. Hace un mes que lo archivamos. Ferrán insistió en que así fuera. Quería cerrar el tema. Nada me hizo sospechar que algo así pudiera suceder.

—He visto que hace tres meses hubo otro suicidio en este instituto.

La orientadora alza la vista.

—Sí, Vicente Sellés. Pero ahí no hubo acoso. Según supimos después, tenía problemas en casa.

—He comprobado que no consta ninguna denuncia —confirma el inspector—, pero entenderá que es normal que el foco esté puesto en este centro.

—¿Cree que hay relación? —se extraña ella.

—Por el momento no hay nada que me haga pensar eso —zanja Alvar, a pesar de que no termina de creérselo del todo—. ¿Qué puede decirme de ese chico?

Laura se cruza de brazos.

—Poca cosa. Mantenía un perfil bajo; sacaba buenas notas y nunca nos dio problemas.

—Bien —concluye él, guardando su libreta—. Necesitaré el expediente de ambos. También quiero hablar con los profesores y alumnos implicados.

La orientadora se levanta y regresa con un par de carpetas, que pone sobre la mesa.

—Aquí encontrará los nombres y datos personales de todos los implicados, además de los informes de las entrevistas. Si necesita algo más, no dude en llamarme.

—Perfecto. Le agradezco mucho su tiempo.

Alvar se pone en pie y le estrecha la mano. Ella lo acompaña hasta la puerta y lo ve perderse escaleras abajo.

Cuando se queda sola, cierra y se deja caer en su silla, agotada. Recorre la habitación con la mirada hasta que sus ojos terminan posándose en una fotografía colgada junto a la puerta. Un grupo de alumnos sonríe a cámara durante una actividad escolar. Ferrán aparece al fondo, sonriendo tímidamente al objetivo.

La mujer contiene el llanto durante unos segundos. Aparta la mirada y se seca los ojos con la manga del jersey.

13

Javier Alvar llama al timbre del domicilio de Ferrán Sala. La vivienda —situada en una moderna y cuidada urbanización de ladrillo visto— se encuentra a escasos minutos del instituto donde estudiaba el chico.

La puerta se abre casi de inmediato. Frente a él aparece un hombre alto y corpulento, de unos cuarenta y cinco años, vestido con un chándal gris. Las profundas ojeras y una barba más que descuidada evidencian las noches sin dormir. Tras las presentaciones, el hombre le estrecha la mano y lo invita a entrar.

El policía lo sigue por un pasillo hasta el salón, donde una mujer descansa recostada en uno de los sofás, cubierta casi por completo por una gruesa manta. A pesar de que aún es de día, la estancia está en penumbra. El hombre se acerca a la ventana y levanta una de las persianas con un ruido seco. El estruendo hace que ella se remueva, como si despertara de un letargo que Alvar atribuye al efecto de algún tranquilizante.

—Clara —le susurra al oído con dulzura—. Vamos, cariño, ya está aquí el inspector.

Cuando logra abrir los ojos, la mujer fija la mirada en Alvar, aunque parece no verlo realmente. Lleva ropa deportiva y el pelo recogido en una coleta. Aparta la manta —demasiado gruesa para la temperatura de la estancia— e intenta incorporarse con dificultad.

—Va a tener que disculparla —se excusa el marido—. Clara está destrozada. El médico le ha recetado unas pastillas para los nervios porque no conseguía dormir nada.

—Lo comprendo. Como le adelanté por teléfono, solo quiero hacerles unas preguntas.

Ella reacciona al instante.

—Es igual, Carlos —interviene, indicándole que se siente junto a ella—. Gracias por venir, inspector. Por favor, póngase cómodo. Supongo que ha sido el comisario Urriaga quien le ha pedido que venga. Es muy amigo de mi hermana.

Alvar se sienta en el sofá que queda libre y sopesa cómo debe empezar la conversación.

—He leído la denuncia que interpuso contra el instituto —comienza, dirigiéndose a Clara—. En ella asegura que el centro conocía el acoso que sufría su hijo. Esta mañana he hablado con el director y la orientadora. Ambos sostienen que activaron el protocolo establecido por la Consellería y que hicieron cuanto estaba en su mano…

—Si hubiesen hecho bien su trabajo, mi hijo estaría vivo —lo interrumpe el padre, incapaz de contenerse.

—Cálmate, Carlos —le pide ella en un susurro, tomándolo de la mano. Luego se vuelve de nuevo hacia el inspector—. Cuando Ferrán me contó lo que esos chicos le estaban haciendo, fui al instituto y hablé con su tutora. Me aseguró que se ocuparían. Después empezamos a verlo mejor, más animado. Nos decía que todo iba bien… y dejamos de insistir.

Clara se cubre el rostro con las manos y se echa a llorar. Es un llanto sereno y contenido, resignado.

—Ferrán parecía más integrado —añade su marido—. Incluso sus notas mejoraron. Aun así, Clara insistió en que siguiera yendo a terapia fuera del centro.

Aprieta con fuerza la mano de su mujer mientras trata de contener el llanto.

—¿Sabe? —pregunta al cabo de un momento—, nunca escuché a mi hijo de verdad. No le di importancia a cómo se sentía. Solo quería que espabilara. Cargaré con esa culpa el resto de mi vida.

El inspector espera unos segundos antes de continuar. Ha escuchado ese lamento demasiadas veces hoy.

—Mencionaban la terapia…

—Sí —asiente Clara—. La orientadora nos recomendó a una psicóloga privada especializada en adolescentes.

—Tendré que hablar con ella.

—Claro. Le daré sus datos.

—¿Cómo fueron los últimos días? ¿Notaron algo extraño? ¿Nuevas amistades? ¿Cambios en el comportamiento?

Clara intercambia una mirada fugaz con su marido.

—No. Esa tarde lo recogí del entrenamiento y estaba bien. Cenamos y se fue a estudiar. Siempre fue muy responsable. Y después… —Su mirada se dirige hacia la terraza —, bueno, imagino que ya sabe el resto.

—¿Tienen más hijos?

—Sí —responde el padre con el rostro iluminado de repente—. Adrián. Está en la universidad. Quiere ser profesor. Ahora no está en casa, pero no tardará en llegar.

—Me gustaría hablar con él. Y también ver la habitación de Ferrán, si no les importa.

El hombre lo acompaña hasta el dormitorio arrastrando los pasos, pero se detiene en la puerta.

—Lo siento, aún no he podido entrar…

Alvar asiente y entra solo.

Es un cuarto pequeño, parecido al de cualquier chico de trece años. Frente a la puerta, la cama queda oculta por una colcha azul salpicada de estrellas blancas; al inspector se le antoja demasiado infantil para un chico de trece años. A los pies de la cama, una estantería mezcla libros con peluches y algunos juguetes. Bajo la ventana hay un escritorio, despejado excepto por una lamparita, varios libros de texto y un estuche de *Star Wars*. El gris claro de las paredes combina a la perfección con el blanco de los muebles. Parece un dormitorio sacado de una revista de decoración infantil, si no fuera por unos cuantos pósters de futbolistas pegados con celo.

Revisa el armario. Aparte de la ropa, hay una mochila y un par de cajas de zapatos llenas de cromos de fútbol y piezas de *Lego*, vestigios de la infancia que Ferrán ya comenzaba a dejar atrás. En la mochila no encuentra nada que le llame la atención. Pero, al cerrarla, nota algo en el bolsillo interior. Oculta, tras un forro descosido, descubre una pequeña cartulina plastificada del tamaño de un carné. Se trata de una estampa religiosa cuya imagen, a pesar de su férrea educación católica, no es capaz de reconocer.

Es al darle la vuelta cuando su corazón da un vuelco. El reverso muestra nueve círculos entrelazados y dispuestos en forma de pirámide invertida. En tres de ellos: tres, siete y nueve. El mismo

símbolo encontrado en los escenarios de los dos crímenes que investiga.

Entonces siente un escalofrío y la certeza, por primera vez, de que será un caso difícil en el que acabará implicándose más de lo que debería.

Con la urgencia de encontrar algo que lo ayude a establecer un nexo, retoma el registro del dormitorio. Más que buscar pruebas, intenta entender quién era Ferrán. Palpa todos los rincones del escritorio, vacía los cajones de la mesita de noche, incluso revisa el interior del estuche de *Star Wars*, pero no encuentra nada más que le llame la atención.

Decepcionado, regresa al salón, donde el matrimonio ya lo espera de pie.

—¿Ha encontrado algo? —pregunta el padre.

—Solo esto —dice, mostrando la estampa—. ¿Se la dieron ustedes?

Los padres la observan, extrañados.

—No —responde Clara, que busca en su marido una respuesta diferente.

—Nunca la había visto —confirma él—. Parece algo religioso, pero aquí no somos creyentes.

—¿Y el símbolo?

La madre vuelve a examinar la imagen, esta vez con más atención.

—No. Lo siento.

El tintineo de unas llaves anuncia la llegada del hijo mayor. Un chico alto, moreno y con un gran parecido a Ferrán asoma por la puerta del salón.

—Este es nuestro hijo mayor, Adrián —lo presenta su padre—. Pasa, hijo. Este hombre es inspector de policía. Ha venido a hacernos unas preguntas sobre tu hermano y le gustaría hablar contigo.

El chico mira al inspector de arriba a abajo, entre sorprendido y asustado, y asiente.

—Me gustaría que hablásemos a solas —propone Alvar con cautela.

Adrián mira a sus padres, que le dan su aprobación con un gesto, y conduce al inspector hasta su habitación. Aquí la decoración es la propia de un adulto: solo libros y algunas fotografías en las que aparece varias veces la misma chica.

—Es mi novia —se anticipa el joven, al ver que el policía se ha fijado en las instantáneas—. Llevamos saliendo seis meses.

Adrián le señala la silla del escritorio y él se acomoda en la cama.

—¿Qué quiere saber?

A Alvar le sorprende la franqueza del chaval. Ni rastro de la timidez que había mostrado antes, delante de sus padres; ahora, en sus ojos hay más rabia que dolor.

—Tus padres me han dicho que estudias en la universidad —comienza, tratando de ganarse su confianza.

El joven lo mira desconcertado. Está claro que no esperaba esa pregunta.

—Sí, estudio Humanidades —responde, con el rostro ya más relajado—. He empezado este año.

Alvar asiente.

—Cuéntame cómo le iba a tu hermano en el instituto.

—¿Con esos hijos de puta? Pues fatal. Pero, últimamente ya no me contaba nada y pensé que lo habían dejado en paz. Me equivoqué —Clava la mirada en el inspector. —Me parece estupendo que lo investigue. No quiero que esos cabrones vuelvan a joderle la vida a otro chaval.

—¿A quiénes te refieres?

—Sobre todo a dos: Manuel y Óscar. Cuando Ferrán me lo contó, le dije que tenía que pararles los pies. Pero mi hermano era así, todo para adentro. No esperaba esto…

La voz de Adrián se quiebra. Alvar interviene antes de que se derrumbe.

—¿Notaste algo raro últimamente?

El chico se frota la nuca, tratando de hacer memoria.

—No… Ahora mismo no recuerdo nada. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Sabes qué es esto?

Alvar le muestra la tarjeta. El joven la mira sin comprender.

—No. Parece algo religioso, pero en casa no somos creyentes.

—Eso han dicho tus padres. ¿Y el símbolo? ¿Algún videojuego, quizá?

Adrián niega con la cabeza.

—No me suena de nada.

Alvar recupera la tarjeta y se levanta.

—No te preocupes, ya lo averiguaré. Si recuerdas cualquier cosa, llámame —le extiende un papel con su número de teléfono.

Adrián acompaña al inspector hasta la puerta, donde aguardan sus padres. Allí se despide con un apretón de manos y les promete que volverá a contactar con ellos si averigua algo.

Unos minutos después, ya en el coche, recibe una llamada. Reconoce la voz al instante. Es Adrián.

—Inspector, acabo de recordar algo que podría ayudarle. Es sobre ese símbolo. Lo preguntaron el año pasado, en la EvAU.

Alvar apaga el motor.

—Te escucho.

—Igual es una tontería, pero creo que esas cifras podrían estar relacionadas con la numerología de Dante.

—¿Dante?

—Sí. La estructura numérica que emplea en *La divina comedia.*

Broadford, Isla de Skye, Escocia
Invierno de 1990

La ambulancia avanza a toda velocidad por la carretera que conduce al hospital de Broadford, el más próximo a Portree con atención de emergencias graves. Es una vía estrecha y repleta de curvas, y la noche es fría y ventosa. Aunque los vehículos de mantenimiento pasan de vez en cuando para salar la calzada, aún queda algún tramo cubierto por hielo negro que hace muy peligrosa la circulación. El tiempo de Ishbel se agota.

Cuando llegan al centro sanitario, el equipo médico ya los espera en la puerta de urgencias. La joven es trasladada al quirófano; ha perdido mucha sangre y está inconsciente. Han tenido que intubarla durante el trayecto. El anestesiólogo activa el protocolo de hemorragia masiva: necesita ser transfundida cuanto antes. El ginecólogo trata de frenar la hemorragia como puede; es una paciente muy joven y hay que intentar preservar el útero. Sin embargo, ante la imposibilidad de detener el sangrado, decide practicar una histerectomía. Es la única forma de salvarle la vida. Tiene catorce años.

Ishbel debe la vida a una de las vecinas de la pensión a la que el supuesto médico la llevó. Los gritos que, con mucho esfuerzo, logró articular alertaron a la mujer cuando regresaba a casa. Escuchó a la chica desde el descansillo del primer piso. Subió a su vivienda y llamó a la policía. Fueron los agentes quienes avisaron a los servicios de emergencia cuando hallaron a la joven inconsciente.

Abre los ojos lentamente. La primera imagen la devuelve a la realidad: su padre, de pie frente a la cama, la mira con gesto severo. No hay duda en su mirada. Solo castigo. A su lado, su madre, incapaz de acercarse. Tras varios días sedada, le cuesta adaptarse a la luz, pero comprende de inmediato lo ocurrido. Avisaron a sus progenitores; es menor y la ley escocesa es clara. No podía hacerlo de forma legal. No tuvo más remedio que confiar en ese hombre.

El último recuerdo nítido que conserva es la habitación insalubre del piso al que acudió para abortar huyendo de su padre. La mujer que le facilitó el contacto le aseguró que aquel médico había ayudado a muchas

chicas. La creyó. Era su única opción. Ishbel fija la mirada en su padre. Él continúa observándola con dureza. Es lo que más teme. Más que no volver a caminar. Más incluso que morir. Al verlo allí, sujetando el brazo de su mujer para impedirle que se acerque a su hija, comprende que no volverá a tener paz. Él la castigará. La «purificará».

—Papá…

—No quiero que digas nada —sentencia él, alzando la mano—. Ya hablaremos en casa.

—Papá… tú sabes que…

—He dicho que te calles. Tú ya no eres digna de llamarme así.

—¿Dónde está Tom?

El silencio del padre le duele más que cualquier castigo. Su hermano se ha quedado solo. Ya no podrá protegerlo. Hace mucho tiempo que debería haber reunido el valor para denunciarlo. Pero ¿quién la habría creído? Él es un hombre respetado. Intachable.

—Déjame que te lo explique, por favor...

Pero él ya está en otro lugar.

A ella le gustaría quedarse en esa habitación para siempre. Lejos de casa. Lejos de él. Sabe que cuando vuelva será reprendida otra vez. No sabe cómo. Solo espera que esta vez no sea su hermano quien pague.

Están solos. Nadie los creerá jamás. Nadie los ayudará.

Cierra los ojos, deseando estar muerta.

14

El primer caso tras perder a un paciente en quirófano siempre es duro. Es fácil caer en el miedo de que la situación vuelva a repetirse, así que cuanto antes lo afronte, mejor. Aura Martín lo sabe bien. Administra la medicación mientras se prepara para intubar a la primera paciente de la mañana. Lo ha hecho miles de veces. Aun así, hoy no puede evitar sentir un nudo en el estómago.

—Cincuenta miligramos de rocuronio —indica a su compañera.

Espera algo más de un minuto para que el relajante muscular haga su efecto e introduce el laringoscopio a través de las cuerdas vocales de la paciente, una mujer de treinta y dos años programada para una mastectomía. El cáncer de mama cada vez afecta a mujeres más jóvenes. O esa es la impresión que ella tiene últimamente.

Tras ajustar los parámetros del respirador y comprobar que todo funciona correctamente, se sienta en uno de los taburetes y enciende el ordenador. Redactar el informe anestésico es una de las primeras cosas que aprendió durante su residencia —si no la primera— y un acto que ahora ejecuta casi por inercia: anota las constantes, la medicación administrada y las incidencias.

—¿Quieres que prepare algo de analgesia para la chica? —pregunta Elena, pasándole la mano por el hombro con afecto.

Aura levanta la vista del ordenador y le dedica una sonrisa breve.

—Gracias. Prepara un paracetamol y un Enantyum. Y también morfina, por favor. No quiero que se despierte con dolor.

Elena sale y regresa unos instantes después con la medicación. La introduce en un suero y se sienta junto a ella, que observa las curvas del monitor con la mirada perdida.

—¿Cómo estás? —pregunta en voz baja.

—Bien —responde, encogiéndose de hombros—. Solo un poco cansada.

—Me han contado lo del chico del otro día. Vaya palo. Por lo visto entró ya bastante jodido.

Aura asiente sin apartar la vista de la pantalla.

—Pues imagínate. Estuvimos toda la noche en quirófano, pero no hubo manera. Me he quedado hecha una mierda. Y mi compañero también.

—Me lo imagino. Yo entré al día siguiente por la tarde y me lo contaron. Estuve a punto de llamarte, pero pensé que no tendrías ganas de hablar.

La doctora se levanta para cambiar la bolsa de la analgesia por otra de suero, con la mirada fija en el campo quirúrgico.

—Supongo que a ti también te habrá pasado, pero no puedo quitármelo de la cabeza. No dejo de cuestionarme si hicimos todo lo posible, si tenía que haber hecho algo diferente… Estoy jodida, la verdad.

—Escucha —Elena le aprieta el brazo con firmeza—: sé que hiciste todo lo posible por ese chico. Tienes que dejar de exigirte tanto. Llevo mucho tiempo aquí y trabajas muy bien. Cuando los pacientes llegan así… En fin, hay cosas que no se pueden evitar.

Aura agradece el apoyo de su compañera con una media sonrisa.

—Ya. Pero cuesta no llevarte a casa algo así.

—¿Y con el inspector qué tal? —su amiga cambia de tema—. ¿Se porta bien?

La expresión de Aura cambia por completo. Siempre ha oído decir que los primeros meses de convivencia son los más duros, pero, hasta la fecha, ella está encantada.

—La verdad es que sí —sonríe con sinceridad—. De momento estamos muy bien.

—¿Y cómo llevas los preparativos de la boda? ¿Tienes ya el vestido?

—Todavía no, pero…

El pitido agudo de la alarma la hace incorporarse de golpe. La tensión arterial de la paciente ha caído y ella administra diez miligramos de efedrina intravenosa. Solo cuando, un par de minutos

después, las constantes de la chica se normalizan, Aura vuelve a sentarse.

Media hora después, los cirujanos avisan de que la intervención está llegando a su fin. En cuanto la herida queda curada y cubierta con apósitos, Aura inicia las maniobras para despertar a la mujer. Todos sus profesores, y también los libros, le han recordado siempre que el despertar de un paciente de la anestesia a menudo se compara con el aterrizaje de un avión. Los dos momentos más críticos: la inducción y el despertar. El despegue y el aterrizaje.

Cuando, poco después, la paciente abandona el quirófano consciente y sin dolor, rumbo a la sala de despertar, Aura exhala el aire que, sin saberlo, había contenido durante toda la intervención.

Esta vez sí.

Esta vez ha llegado a tiempo.

«Otro éxito de la anestesia», piensa con cierta ironía.

15

Javier Alvar saborea su café sentado en la sala de reuniones de la comisaría de Alcoy mientras espera al resto del equipo. Como de costumbre, no ha conseguido pegar ojo en toda la noche. Cuando llegó a casa, ya entrada la madrugada, Aura dormía. Pese al cansancio, se puso a recabar información sobre la numerología de Dante y su relación con *La divina comedia*, tal como había sugerido el hermano de Ferrán Sala. Pasó horas leyendo sobre la simbología de la obra, reprochándose no haber caído antes en la relación. Cuando por fin se acostó, los pensamientos no le dieron tregua, así que, a las cuatro y media, harto de dar vueltas, se levantó y salió a correr. Los cuarenta y cinco minutos de carrera intensa le sentaron bien y, poco después, ya duchado y algo más despejado, enfilaba la autovía hacia Alcoy. A medida que ganaba altura, el termómetro descendía hasta marcar tres grados bajo cero cuando estacionó frente a la comisaría, a las siete en punto.

Vuelve a consultar el reloj: las nueve menos diez. Sabe que hoy llegarán tarde; todos vienen de Alicante y anoche terminaron a las tantas. Además, la niebla, especialmente espesa a la salida de la autovía, obligaba a levantar el pie del acelerador. No quiere apretarles demasiado, así que no va a exigir una puntualidad británica.

Los inspectores locales son los primeros en aparecer. Entran bromeando sobre el partido de la noche anterior.

—¿Tienes ya al titular del número que llamó a Bornay? —pregunta Alvar dirigiéndose a Gisbert en cuanto este se sienta. Ante el silencio del alcoyano, se vuelve hacia Holloway—. ¿Alguna novedad?

—Pues sí —el joven sonríe mientras se acerca a la máquina de café—. Ayer tuvimos una conversación interesante con Victoria Trueba, una de las trabajadoras de Miguel Bornay.

—Exempleada —puntualiza Gisbert—. Un trabajador de la fábrica nos dio su número y fuimos a visitarla. Me sorprendió lo que nos contó, porque siempre tuve a Bornay por un buen empresario. Era

un hombre muy querido y respetado aquí, en Alcoy, y estaba muy implicado en la Fiesta. De hecho, su *filà* tiene la capitanía mora este año y él había sido elegido capitán. Quizá usted no lo entienda porque no es de aquí —añade al notar el desconcierto de su superior —, pero, para un alcoyano, ostentar ese cargo es todo un honor. En fin —da un sorbo al café—, como le decía, hace un par de años hubo un incendio en la fábrica y esta mujer fue una de las afectadas.

—¿Hubo más afectados?

—Cinco. El fuego se originó en la zona de acabado y teñido, donde almacenaban productos químicos inflamables. Según ella, el empresario sabía que incumplía las normas de seguridad, pero prefería mirar hacia otro lado.

—A Victoria —retoma Holloway—, el incendio le dejó la mano derecha destrozada. Y atención: Bornay no solo no la indemnizó, sino que también se negó a reconocer el accidente como laboral. Ella nunca pudo demostrar nada. Acabó despedida y con una mano delante y otra detrás. Vamos, una auténtica putada.

—¿Y los otros cuatro? —pregunta Alvar.

—Sufrieron lesiones menores.

—¿Y cómo no ha salido esto antes? —insiste—. Ningún trabajador lo mencionó en las entrevistas.

—Porque los silenciaron —sentencia Gisbert—. Sus contratos pasaron a ser indefinidos de inmediato y recibieron una buena prima. El empresario los compró.

—Al menos ya sabemos qué tienen en común las dos víctimas —dice Holloway con sarcasmo—. Miguel Bornay era un cabrón, igual que Gandía.

El comentario no pasa desapercibido para Alvar. También él ha llegado a esa conclusión: dos víctimas que no eran trigo limpio. Gandía, un asesino que eludió la cárcel por un fallo administrativo; Bornay, un empresario que abusaba de su poder. Pero ¿y el chico? ¿Qué papel juega Ferrán en todo esto?

Poco después llega el equipo de Alicante. Arques, Máiquez y Fernández toman asiento mientras se disculpan por el retraso. El inspector les concede unos segundos antes de comenzar.

—Buenos días —dice cuando se hace el silencio—. Antes de empezar, quiero enseñaros algo. Urriaga me ha pedido que investigue la muerte de un chico de trece años que se suicidó la semana pasada en Alicante.

—¿Y qué pintas tú ahí? —Máiquez lo mira sorprendida.

—Acoso escolar. La madre ha demandado al instituto y, al parecer, tiene cierta amistad con el comisario…

—Veo que en Alicante se os da bien eso del tráfico de influencias —suelta Gisbert con sorna.

No puede más que darle la razón; la actuación de Urriaga no le parece precisamente ejemplar, así que calla.

—Ese no es el tema. Ayer fui a hablar con los padres y, al registrar su habitación, encontré esto. —Deja sobre la mesa la estampa que encontró en el dormitorio del adolescente.

—Joder —murmura el veterano alcoyano—. Su puta madre. ¿No es el mismo símbolo que deja el tipo que estamos buscando? ¿Qué cojones significa?

—No lo sé. Sus padres no tienen ni idea. Tampoco son religiosos. Echadle un vistazo. A ver qué opináis.

La cartulina pasa de mano en mano en silencio.

—Su hermano cree que los círculos y los números podrían estar relacionados con la numerología de *La divina comedia,* la obra de Dante. Lo recordó enseguida porque se lo preguntaron hace poco en la EvAU. He estado leyendo sobre el tema y creo que deberíamos darle una vuelta.

Alrededor de la mesa se suceden las miradas de desconcierto.

—¿*La divina comedia*? —Arques frunce el ceño.

—Es un poema en el que se relata el viaje desde el Infierno hasta el Paraíso. El tres, el siete y el nueve, los números que el asesino escribe en los círculos, se repiten a lo largo de la obra. Cristina —se dirige a la experta en perfiles—, busca a un especialista en el tema y pásame su contacto.

—Enseguida, jefe.

El inspector duda un instante antes de continuar. Recuerda la forma en que habló a Cristina el día anterior. Se pasó. Tendrá que arreglarlo.

—¿Qué relación puede haber entre las víctimas y ese libro? —se interesa Gisbert.

—No lo sé, pero esto lo cambia todo. Y para mal. Si antes sospechaba que nos enfrentábamos a una mente depravada, ahora estoy convencido de que perseguimos a alguien que mata siguiendo un patrón que sólo él comprende. Ese cabrón está haciendo su propia interpretación de un poema del siglo XIV. La estampa que encontré entre las cosas de Ferrán indica que su muerte y los asesinatos de Bornay y Gandía están relacionados.

—Pero el chico se quitó la vida, no fue asesinado —señala Fernández.

—¿Un suicidio inducido, tal vez? —plantea Holloway.

—Es posible. Los padres me dijeron que el chaval estaba yendo a una psicóloga. Ayer la llamé y concerté una cita para esta tarde.

Alvar se levanta y se acerca a la pizarra. En el centro, las fotografías de Gandía y Miguel Bornay. Añade una tercera: Ferrán Sala. «*Tres, siete y nueve.* Ahí está la clave»*.* Tres víctimas. Tres números. Nueve círculos, distribuidos en tres grupos. *La divina comedia* como eje. Permanece unos segundos inmóvil, observándolo todo, intentando reconstruir el patrón mental del asesino. «¿Qué cojones es lo que no estoy viendo?*».*

Regresa a la mesa y se deja caer en la silla.

—¿Qué hay del hermano de Gandía? —pregunta, sin demasiadas expectativas.

—Volví a tomarle declaración —responde Arques—. No dijo nada diferente a lo que testificó la noche en que encontró a la víctima. Está convencido, eso sí, de que el asesino es un sicario contratado por la familia de Pilar Ampuero.

—¿Y qué opináis de esa teoría?

—Hemos hablado con todos sus parientes —responde Fernández negando con la cabeza—. Solo queda su hermana, que estaba fuera del país por trabajo y llegó anoche.

—¿Y el resto?

—Todos tienen coartadas sólidas.

El inspector frunce el ceño. Otra puerta que se cierra.

—Seguimos estancados —suspira—. Si no encontramos algo pronto, solo nos quedará esperar a que mate de nuevo. No hay huellas, ni testigos, ni imágenes de las cámaras. Lo único que sabemos es que es meticuloso y retorcido. Y que no se detendrá. Así que preparaos para más crímenes.

En ese momento, el móvil de Alvar comienza a vibrar en su bolsillo. Tras unos segundos de conversación, cuelga y alza la vista hacia el resto.

—Ya tenemos el titular del número que llamó a Bornay la noche antes de morir —anuncia—. Y no os va a sorprender.

Kyleakin, Isla de Skye, Escocia

Invierno de 1990

Su padre vive obsesionado con esa obra desde hace mucho tiempo. El descenso a los infiernos para poder alcanzar la salvación ha terminado arrastrándolo a una locura sin fin. Lleva el libro a todas partes, lo lee a todas horas. Los ha obligado a memorizarlo; recitan esos versos sin descanso. Ishbel ya conocía el poema, había leído algún fragmento en el instituto. Sin embargo, su padre hace una interpretación propia. Más retorcida. Casi depravada. Si en algún momento admiró aquel texto, ahora lo aborrece. Le gustaría prenderle fuego, verlo reducido a cenizas. De hecho, le gustaría quemar muchas más cosas.

Para su padre, la salvación es posible, sí, pero únicamente si se paga por los pecados cometidos. Cada uno de ellos ocupa un lugar y exige su propio castigo.

Ishbel se inclina sobre el plato que lleva en la mesa desde hace un buen rato. Nada más acercarse, una arcada le sacude el estómago. Su hermano, sentado a su lado, ya ha comenzado a temblar.

—¿Qué es esto, papá? —se atreve a preguntar ella.

—Sin sacrificio no hay salvación —responde él, impasible.

Ishbel se aparta del plato.

—Lo siento, pero no puedo —implora—. Haré lo que quieras, pero no nos obligues a comer esto. Por favor.

Desde que salió del hospital, desde el «incidente», como a su padre le gusta llamarlo, todo se ha convertido en una sucesión de castigos destinados a purificarla. Esa misma noche, nada más llegar, la obligó a bañarse en agua hirviendo. Aún tiene ampollas infectadas en la piel.

No gritó. Ni una sola vez.

En el fondo, esperaba algo peor. Vio a su madre preparar el agua y ayudar a su marido a disponerlo todo, pero, lo que la joven aún no entiende es por qué su hermano fue sumergido también en el líquido ardiente. No se explica por qué él ha de pagar también por los pecados que no ha cometido.

Mira a su hermano de reojo. Lo observa coger la cuchara e introducirla despacio en el planto, dentro del contenido pestilente. Sabe perfectamente qué hay dentro. La primera vez, creyó que iba a morir del asco.

—Tom, no lo hagas, por favor —le pide en un susurro.

Pero Tom no parece escucharla. Como un autómata, se lleva la cuchara a la boca, pero, tras intentar deglutir su contenido, vomita sobre el plato. La respuesta es inmediata: su padre se acerca por detrás y le golpea en la cabeza con tal violencia que lo hace tambalearse en la silla.

—Ishbel, come —ordena el padre.

Ella no puede. Pero sabe que no tiene otra salida. Hasta que no lo pruebe, él no los dejará marchar. Así que trata de pensar en otra cosa. Coge un trozo con la cuchara y se la lleva a la boca. La introduce de golpe, conteniendo la respiración. Consigue tragar. Su padre asiente con aprobación.

—¿Ves, Ishbel? No es tan difícil aceptar que somos siervos, que nos debemos a alguien. Tienes que aprender la importancia del sacrificio. «Que ello a vuestra salvación os baste… ».

Hace unos días, su padre le confesó que estaba orgulloso de que ella ya no pudiera quedar embarazada. La histerectomía de urgencia la ha convertido, según él, en una mujer más pura. Desde entonces, los abusos se han intensificado, visitando su cama prácticamente cada noche.

A veces, Ishbel se descubre fantaseando con la idea de morir, de abandonarse a aquella sensación tan dulce que tuvo en aquel piso de mala muerte cuando estuvo a punto de perder la vida. Se plantea si de verdad sería tan terrible: cesarían los abusos y, al fin, estaría en paz.

Ha pensado muchas veces en cómo acabar con todo, pero el miedo a dejar solo a Tom siempre termina frenándola. Sin embargo, desde hace unos días, la muerte le parece la única opción posible. La única solución. No puede contárselo a su hermano; teme que él le suplique que no lo haga… y que ella acabe cediendo.

Ha descubierto el cajón donde su padre guarda las pastillas que le da a su madre cuando se pone nerviosa. Sabe que, tras tomarlas, su madre se pasa la mayor parte del día durmiendo. La deducción es simple: si ingiere una cantidad suficiente, logrará su objetivo de no despertar nunca.

Observa a su hermano, paralizado por el impacto, con la mirada perdida. Su padre se acerca lentamente hasta colocarse frente a él. Con una mano llena la cuchara; con la otra, agarra a Tom del cabello y le echa la cabeza hacia atrás. El niño rompe a llorar mientras el hombre le encaja el contenido en la boca y le tapa la nariz para obligarlo a tragar. Los sonidos guturales que el pequeño emite hacen que su hermana pierda la razón, todavía más cuando ve cómo los pantalones de Tom empiezan a empaparse. Últimamente se orina encima cada vez que su padre se «ocupa» de él.

Es consciente de que está atrapada. Nunca podrá escapar de ese lugar. No podría llevar a su hermano con ella, no se siente tan fuerte, pero tampoco quiere dejarlo solo.

Paradójicamente, la idea del suicidio cobra cada vez más fuerza. Sabe que no hay manera de perjudicar más a su padre que quitándose la vida: cometería uno de los peores pecados según su preciado libro. Algo que él jamás podría purificar.

Perdida en ese pensamiento, Ishbel continúa comiendo, pese a que, por primera vez en años, comienza a experimentar una sensación muy parecida a la felicidad.

Una idea.

Al fin, una salida.

Termina su plato y comienza a trazar un plan.

SEGUNDA PARTE

16

La avenida de Villajoyosa, conocida por los alicantinos como la carretera de la Cantera, es una de las vías que conectan el centro de Alicante con la playa de San Juan y el Cabo de las Huertas. Al pie de la sierra Grossa, bordeando la costa, la calzada discurre entre el azul del Mediterráneo y el blanco hueso de la piedra caliza. Aura conduce en esa dirección alternando en la radio la música con las noticias sobre los escasos avances en la investigación que dirige Alvar. Ha quedado con su hermana, que se mudó allí hace ya varios años.

A medida que avanza hacia el norte, el paisaje cambia y da paso a grandes bloques de apartamentos con terrazas orientadas al mar y algunos hoteles, una imagen habitual en la Costa Blanca. Desgraciadamente, también es una ruta marcada por su peligrosidad. Cada vez que la recorre, no puede evitar fijarse en los ramos de flores atados a las farolas de la mediana, en memoria de las víctimas.

Aura abandona la carretera principal y toma el desvío. La calle discurre entre una hilera de casas unifamiliares de alto poder adquisitivo, construidas años atrás, cuando la zona empezó a ponerse de moda. Tras un par de giros y un kilómetro más entre ciclistas y corredores, detiene el coche frente a la parcela. La puerta está abierta. Entra, aparca en una de las cuatro plazas de la parte trasera y baja. Cruza el amplio y cuidado jardín, con el mar al fondo, resultado de interminables obras y continuas discusiones entre Isabel y el paisajista que contrató. Al llegar al porche, pulsa el timbre. La puerta se abre casi de inmediato.

—¡Qué rápido has llegado! —exclama Isabel—. Te esperaba más tarde.

Su hermana está impecable. Aura siempre ha admirado esa facilidad suya para estar perfecta incluso sin salir de casa. De pie en el umbral, con ese conjunto de pantalón beige y camisa blanca —que, conociéndola, seguro que le ha costado una fortuna—, Aura no puede evitar compararse. Con vaqueros desgastados, zapatillas, un

sencillo jersey de lana y una parka de hace tres temporadas, siente que juega en otra liga: la de quienes han de esperar a las rebajas para poder comprarse alguna prenda de marca.

—Sí, he acabado antes —responde mientras la besa brevemente —. ¿Los chicos están en el cole?

Entra en el amplio vestíbulo, deja el bolso sobre una silla y la sigue hasta la cocina. Cuando Isabel termina de guardar la compra, abre una botella de vino tinto, llena dos copas y saca una bolsa con las patatas fritas favoritas de su hermana.

—Tus sobrinos llegarán un poco más tarde porque tienen entrenamiento. Le he pedido a Alicia que los recoja. Así tenemos más tiempo para nosotras.

—Es verdad, nunca recuerdo sus horarios. Debo de ser una tía horrible. ¿Y Marcos?

—Ha tenido que quedarse unos días más en París.

—Pero si me dijiste que volvía ayer...

Isabel tuerce el gesto. Hace tiempo que Aura reconoce esta expresión cada vez que menciona a Marcos. Su cuñado pasa demasiado tiempo fuera de casa, o al menos esa es la impresión que tiene. Le sorprende porque rara vez ha oído quejarse a su hermana de sus ausencias. La empresa que dirige Marcos siempre les ha permitido vivir con holgura y, aunque dicen que el dinero no puede comprarlo todo, Aura sospecha que, en el caso de Isabel, sí ha conseguido acallar más de una queja. Por supuesto, se alegra por ella, pero nunca ha terminado de entender que renunciara a su carrera de periodismo para convertirse en ama de casa. Cuando se quedó embarazada del mayor de sus hijos, trabajaba en un periódico local y parecía satisfecha, pero, en cuanto fue madre, se convenció de que su lugar ya no estaba en la redacción. Para cuando nació el segundo, tenía ese papel tan interiorizado que ni siquiera volvió a plantearse trabajar fuera.

Tampoco es que Isabel llevara una vida especialmente sacrificada. Siempre ha contado con ayuda externa, tanto para las tareas del hogar como para el cuidado de los niños. Además, la ausencia de horarios le permitía acompañar a su marido en algunos de sus viajes. Eso era lo que más disfrutaba. Sin embargo, hace

tiempo que él ha dejado de pedirle que lo acompañe y sus ausencias cada vez son más frecuentes y prolongadas.

—Ya —admite Isabel, tras un sorbo de vino—. Al parecer ha tenido un contratiempo con unos clientes y hasta que no lo solucione no puede volver. No sé… Últimamente está muy raro.

—¿Por qué lo dices?

—Es una impresión. Aunque, la verdad es que ya casi no hablamos. De los niños o de los problemas domésticos sí, claro, pero… Bueno, ya me entiendes.

Isabel duda un instante antes de continuar. Se levanta con la copa en la mano y conduce a su hermana hasta el salón, como si cambiar de estancia le facilitara decir lo que de verdad necesita confesar. Allí se deja caer en uno de los sofás de piel. Frente a ellas, un ventanal inmenso se abre al mar, el rincón favorito de Aura de toda la casa.

—¿Lo has hablado con él? —insiste, retomando la conversación.

—Se lo he insinuado, claro, pero asegura que son invenciones mías, que deje de montarme películas. —Hace una pausa. Mantiene la mirada fija en el horizonte, al otro lado del cristal—. ¿Sabes? —se atreve a confesar al fin—. Creo que me está ocultando algo. Que hay otra.

Aura la observa en silencio, calibrando su respuesta. Conoce a Marcos desde hace años y siempre ha tratado a su hermana con cariño y respeto. No le parece el tipo de hombre que pondría en riesgo a su familia por una infidelidad. Pero también sabe que las apariencias engañan y que, en realidad, solo quienes forman parte de una pareja conocen de verdad lo que ocurre entre ellos.

—Pero ¿por qué piensas eso?

—Son pequeños detalles, cosas a las que antes no habría dado importancia. Por ejemplo, un día lo pillé susurrando en el baño. Cuando salió y le pregunté, me puso una excusa que me sonó a mentira. Unos días después volvió a pasar y ya no le dije nada. No quería parecer una loca.

Se interrumpe y vuelve a llenar su copa.

—Poco después —continúa—, empezó a llegar tarde a casa. Cada vez más tarde. Un día llamé a su despacho porque llevaba

varias horas llamándolo al móvil y no me lo cogía. Necesitaba saber si podía recoger a los niños porque a mí me había surgido un imprevisto…

—El caso es que su secretaria me dijo que había salido precipitadamente a mediodía y ya no lo había vuelto a ver. En ese momento no me preocupé. Pensé que se habría dejado el móvil olvidado, ya sabes que es muy despistado. Pero cuando llegó a casa por la noche, me dijo que había estado toda la tarde en el despacho con unos clientes y que se le había ido el santo al cielo.

Isabel se calla. Juguetea con un mechón de pelo mientras espera, inquieta, la respuesta de su hermana. Aura prefiere tomarse un momento antes de dar su opinión.

—Pues… no sé qué decirte —dice con cautela—. Seguro que hay una explicación…

—¿Y lo del ordenador? —la corta—. Le ha puesto clave al portátil. Es normal, lo sé, pero en esta casa jamás hemos tenido contraseñas. Siempre los hemos usado indistintamente. El otro día fui a encender el suyo y estaba bloqueado. Le pregunté y me dijo que era una cuestión de seguridad, que cuando está en el despacho tiene cosas que no quiere que vean y que no se fía… Otra excusa.

Aura deja que su hermana se desahogue. Lleva con Marcos desde que era una adolescente y sus hijos aún son pequeños. Aun así, ella nunca la ha tenido por una mujer dispuesta a soportar una infidelidad solo por mantener a la familia unida.

—Bueno —dice al fin—. Si ese fuera el caso… quiero decir, si te estuviera engañando, ¿qué harías?

Isabel guarda silencio. Pasea el dedo índice por el borde de su copa mientras observa las lágrimas que el vino dibuja en el cristal.

—Pues no lo sé —suspira—. Si me hubieses preguntado hace unos años, te habría dicho que lo mandaría a tomar por culo, que no necesito a nadie. Pero ahora, con los niños y todo lo que hemos construido… ya no es tan fácil. —Baja la mirada—. Conociéndote, supongo que no es la respuesta que esperabas…

—De eso nada —la interrumpe con suavidad. Deja la copa sobre la mesa y se acerca para abrazarla—. Yo siempre voy a apoyar lo que decidas, pero tienes que ser valiente. Enfréntalo.

Isabel apura el vino y esboza una sonrisa.

—En fin, creo que por hoy ya está bien de penas. Disfrutemos del rato que nos queda antes de que lleguen tus sobrinos.

Al oírla hablar así, Aura vuelve a reconocer en su hermana a la chica alegre y positiva de siempre y agradece, una vez más, la suerte de tenerla a su lado.

17

Alvar se pone las gafas para protegerse de los primeros rayos de sol de una mañana que, aunque fría, ha amanecido con un cielo completamente despejado. Sentado en la diminuta terraza de la cafetería que, según él, sirve el mejor café de Alicante, escucha las averiguaciones del agente Salgado, o Willy, como prefiere que lo llamen.

—El número es de una tarjeta prepago. La última persona que la recargó es Teresa Coves Asensi. He encontrado su dirección y un número de teléfono. Me debes un par de birras.

Cuando le pidió ayuda, Salgado habló con un colega especialista en análisis de datos, que no tardó en rastrear el origen del número gracias a uno de sus contactos turbios: un hacker del departamento de seguridad de una gran teleoperadora que, de vez en cuando, colabora con la policía a cambio de algún que otro favor administrativo.

—A ver, era raro que un tío con tanta pasta no tuviera una amiguita escondida, ¿no? —añade el agente tras dar una larga calada al cigarrillo.

—No sabemos seguro que sea su amante…

—No me jodas. —Suelta una carcajada—. Pues ya me dirás tú qué pinta una tarjeta prepago a nombre de una mujer con la que habla varias veces en plena noche.

Por el bien de la investigación, espera que la única pista seria que tienen no termine reducida a un simple lío de faldas del empresario. Pero, en el fondo, coincide con él: es lo más probable.

—Por cierto, ¿qué tal por Alcoy? —se interesa Salgado, apurando su café—. No me digas que ese número de teléfono no es lo único que tenéis.

Le explica que sí, que desgraciadamente todavía cuentan con muy pocos indicios y que empieza a temer que la investigación haya llegado a un punto muerto.

—No te tenía por un flojo, Alvar. ¿No eras tú el de «trabaja hasta reventar»? Ya aparecerá algo. Es cuestión de tiempo que ese cabrón

la joda.

—¿Qué tal por la comisaría?

Salgado da la última calada al cigarro y lo aplasta contra el cenicero.

—Como siempre. Urriaga tocando los cojones todo lo que puede. Al menos vosotros os habéis librado de aguantarlo allí. Porque no veas cómo está con lo del caso que llevas… Y con lo del chico ese, ni te cuento. Se ve que tenía mucha relación con la familia. En fin —se pone en pie—, me vuelvo a la comisaría, que tengo lío.

Se despiden con un apretón de manos.

—Y esto lo pagas tú, cabrón. Que nunca pagas nada —bromea Salgado antes de dejarlo solo.

Antes de reunirse con sus compañeros en Alcoy, Alvar pasa por el Instituto de Medicina Legal. Quiere saber si Sara puede adelantarle algo del informe de la autopsia del empresario Miguel Bornay que le pidió revisar hace unos días.

—¿Estás segura? —insiste Alvar, unos minutos más tarde, con un segundo café en la mano y sin apartar la vista del informe que la forense ha dejado sobre la mesa.

—Completamente. Tenía restos de pintura en la sangre. Es cierto que este tipo de hallazgos son difíciles de detectar si no se buscan expresamente, pero no entiendo cómo se le pudo pasar a mi compañero. Lo tenía por un buen forense.

—Entonces, ¿la causa de la muerte también fue un tromboembolismo pulmonar provocado por la pintura?

—No. Eso es lo extraño. Ahí coincido con él. La causa fue asfixia mecánica por estrangulamiento. La inyección de pintura se realizó *post mortem*.

—Pero aquí pone que el examen toxicológico no detectó ninguna sustancia.

—Eso no es infrecuente —explica Sara—. En toxicología solo aparece lo que se busca. Aplicamos una batería de pruebas para sustancias comunes, pero, si no está en la lista, no la detectamos. Además, en el caso de la pintura, la mayoría de tóxicos que la componen son solventes volátiles que pueden evaporarse o degradarse rápidamente tras la muerte. Aun así, mi compañero debería haberlo sospechado.

La forense hace una pausa para revisar sus notas.

—Lo que sí me llama la atención es otra cosa: el resto de lesiones presentaban signos de vitalidad. Es decir, se infligieron cuando la víctima aún estaba viva.

Alvar alza la vista del documento.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, inspector, que lo torturaron, lo asfixiaron y, una vez muerto, le inyectaron esa sustancia. ¿Por qué?

Poco después, Alvar deja el coche cerca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Alicante. En cuanto Cristina le facilitó el contacto de un profesor especialista en literatura italiana medieval, lo llamó para concertar una cita. Afortunadamente, aceptó recibirlo esa misma tarde.

Camina por el campus, con la barbilla hundida en el cuello de la chaqueta, y no puede evitar sentir una pizca de nostalgia por sus años universitarios. Con treinta y cinco años, le parece que ha pasado una eternidad desde entonces. Aunque hace frío, el sol ha animado a muchos estudiantes a permanecer fuera de la biblioteca. Se fija en varios de ellos, tumbados sobre el césped, sin prisa por levantarse, y se pregunta qué queda de aquel chaval imprudente y despreocupado que un día fue.

Siguiendo las indicaciones, el inspector recorre varios pasillos hasta dar con el despacho que busca. Son las cinco de la tarde y, a pesar de las vacaciones, todavía resuenan las conversaciones de algunos estudiantes en el edificio. Está a punto de llamar cuando la puerta se abre y salen dos jóvenes con la expresión inconfundible de quienes saben que va a tener que dar explicaciones en casa. Alvar golpea suavemente con los nudillos y entra.

Un hombre pelirrojo de unos cuarenta y cinco años, de aspecto intelectual, teclea en su portátil tras el escritorio. Al verlo, levanta la vista.

—Buenas tardes. Soy Javier Alvar. Hemos hablado por teléfono.

El hombre se levanta y le estrecha la mano con decisión. Alvar tiene que admitir que su estilo es impecable. Corte de pelo y barba estudiados, gafas de pasta oscuras, zapatos de calidad y un chaleco de punto que le da cierto aire británico.

—Buenas tardes, inspector. Jesús Cantó. Encantado. Adelante, siéntese —ofrece con un gesto cordial—. Le estaba esperando. ¿Le apetece un café?

Niega con un gesto y toma asiento.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarle? —El profesor se acomoda tras la mesa.

—Tengo entendido que basó su tesis en la literatura italiana medieval.

—Así es. Aunque, si le soy sincero, no me gustaría recurrir al tópico de que siempre fue mi gran pasión. La elegí igual que podría haber elegido cualquier otra especialidad. Eso sí, después de tantos años dedicado a estudio, creo que puedo decir que la conozco bien. ¿Qué le interesa saber?

A Alvar le llama la atención la forma de hablar del académico. Tiene una dicción impecable, un tono de voz que bien podría servir para la radio. Su acento no es de la zona, pero no puede ubicarlo.

—Quiero que me hable de *La divina comedia*.

El profesor asiente. Guarda silencio unos instantes antes de responder.

—*La divina comedia* es una de las obras cumbre de la literatura universal. Se trata de un poema épico que narra un viaje. El propio Dante, guiado por el poeta Virgilio, recorre el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso en busca de la redención, hasta contemplar la gloria de Dios.

—Entonces, ¿es una obra religiosa?

—Sí y no. Marca la transición entre el pensamiento medieval, claramente teocéntrico, y el renacentista, de carácter antropocentrista. Pero también es un texto científico, filosófico e histórico.

Alvar saca su teléfono y le muestra las fotografías de la tarjeta hallada en casa de Ferrán: una del anverso, con la imagen religiosa, y otra del reverso, donde aparecen nueve círculos entrelazados con los números tres, siete y nueve.

—¿Le dicen algo?

El profesor se ajusta las gafas y las examina con calma.

—San Nicolás de Bari, patrón de los niños y también de Alicante. Se considera una de las figuras que inspiraron la leyenda de Santa Claus. En cuanto al dibujo… no sabría decirle con certeza. Pero, si me está preguntando por la obra de Dante, supongo que sospecha alguna relación, ¿no es cierto?

—Los números, por favor.

Jesús Cantó asiente.

—En efecto, esas tres cifras son fundamentales. Para el poeta, el número adquiere un valor simbólico. Verá, inspector, las

matemáticas no son solo una herramienta estructural, son una arquitectura teológica. El número por excelencia es el tres, que para Dante representa la Santísima Trinidad. Tres son también las etapas del viaje: Infierno, Purgatorio y Paraíso. *La divina comedia* consta de cien cantos, treinta y tres para cada parte más uno introductorio. De nuevo, el tres. Incluso la métrica empleada, la *terza rima*, está regida por ese número.

Alvar escucha con atención la explicación del profesor mientras toma algunas notas. Desde luego, Máiquez ha dado con la persona indicada para ayudarlo. Tendrá que agradecérselo.

—¿Y el siete y el nueve?

—En el universo de Dante, el siete representa los pecados capitales. Y el nueve… —Cantó hace una pausa. Durante un momento, el silencio se instala entre ambos—, el nueve, inspector, son los círculos del Infierno.

—¿Nueve círculos? —El inspector deja de anotar.

—Exacto. Dante estructura el Infierno en nueve niveles de castigo decreciente. Imagine un inmenso cono invertido, un embudo que se hunde hacia el centro de la Tierra. Sin embargo —continúa el experto, con la mirada fija en su interlocutor—, el nueve no es solo un signo de condena. También es el número de Beatriz, su amada. La conoció a los nueve años y volvió a verla nueve años después. Para el poeta, ella encarna la gracia divina y es quien lo guía hasta la contemplación de Dios.

Unos golpes en la puerta interrumpen la conversación. Un joven se asoma pidiendo disculpas.

—Lo siento, inspector —dice Cantó, poniéndose en pie—. Tengo una tutoría en cinco minutos. Le acompaño a la salida.

Caminan en silencio por el campus hasta que el docente se detiene frente a un aulario.

—Espero haberle sido de ayuda. Lamento que no hayamos tenido más tiempo, pero tiene mi teléfono.

Alvar lo observa, fascinado de nuevo por la elegancia y pulcritud del hombre. Le cuesta imaginarlo lidiando cada día en un aula con jóvenes pendientes de sus pantallas. «Sin duda, parece haber nacido en otra época*»,* piensa. También le llama la atención la forma en que

escucha, como si nada pudiera distraerlo mientras alguien le habla. No está acostumbrado a encontrarse con personas así.

Antes de coger el coche, se detiene en un bar frecuentado por estudiantes para tomar un café y revisar el correo. No le ha dado tiempo a abrir el primer mensaje cuando el teléfono vibra en su bolsillo. Es Urriaga.

—¿Dónde coño estás? —brama su jefe nada más descolgar—. Te he llamado varias veces.

—Iba a llamarte ahora —responde Alvar, distraído—. Estoy en la Universidad. ¿Qué pasa?

Urriaga resopla.

—Pasa que acaba de aparecer otro cadáver. Y, por lo que me están contando, todo apunta a que está relacionado con lo vuestro. Te envío la ubicación. Mueve el culo. Los de Alcoy ya están en camino.

Kyleakin, Isla de Skye, Escocia

Invierno de 1990

Ishbel bebe un poco más de agua y se recuesta en la cama. Hace ya un rato que se tomó las pastillas, pero todavía sigue despejada. Apenas nota un leve sopor. Mira el reloj de la mesita de noche: las dos de la madrugada. Empieza a desesperarse. Ya debería haberse quedado dormida, como le ocurre a su madre cada vez que las toma.

Se levanta y busca a tientas en el fondo del cajón de la cómoda hasta que sus dedos tropiezan con el frasco. Es un pequeño bote de pintura para manualidades, de los que se usan para decorar figuras de escayola. Siempre le ha gustado guardarlos cuando se vacían. Esta vez, sin embargo, lo ha llenado con las pastillas que robó del cajón que su padre mantiene bajo llave. Un día lo vio esconderlas allí después de obligar a su madre a tomárselas.

Conseguir la llave no le resultó tan difícil como había imaginado. Solo tuvo que ser paciente. Hace dos días, cuando él entró en la ducha, ella se coló en el dormitorio, la sacó de su bolsillo, abrió el cajón y cogió los comprimidos. Luego lo dejó todo exactamente como estaba, cerró el cajón y devolvió la llave a su sitio. Solo espera que no los tenga contados.

Abre el frasco y se traga dos pastillas más con otro sorbo de agua. Entonces la asalta una duda: quizá no haya cogido las suficientes, quizá se haya quedado corta. Pero no podía llevárselas todas. Su padre lo habría notado.

Vuelve a tumbarse, con la esperanza de que, esta vez sí, el sueño la venza. Poco a poco, sin darse cuenta, todo empieza a apagarse hasta que cae en un sueño profundo.

Unos golpes la devuelven bruscamente a la consciencia.

—Ishbel, despierta. Por favor, despierta —suplica Tom.

Pero ella no puede, ni quiere despertar. Por una vez, solo quiere que la dejen en paz. Desesperado, su hermano la sacude una y otra vez. Ella abre los ojos un instante.

—Déjame…

—¿Qué te pasa? —solloza el niño.

Y entonces sucede lo que más teme: su padre se despierta y entra en la habitación, fuera de sí.

—¿Qué está pasando? ¿A qué vienen esos gritos?

—No se despierta… —lloriquea Tom.

El hombre la zarandea con violencia, pero ella continúa sin reaccionar. Como si comprendiera de inmediato lo que ha sucedido, la arranca de la cama y la arrastra del pelo hasta la cocina. Tendida en el suelo, Ishbel comienza a moverse. Él llena un vaso de agua y se lo arroja a la cara. Después la incorpora, la obliga a inclinarse hacia delante y le introduce los dedos en la garganta para hacerla vomitar.

—¿Qué has hecho, malnacida? ¿Qué has hecho? —repite una y otra vez.

El alboroto despierta también a la madre, que corre hasta la cocina y se abalanza hacia su hija. El padre la empuja contra la pared.

—Apártate —espeta—. Esta hija de puta ha intentado suicidarse.

Su madre ahoga un grito.

Poco después, los esfuerzos del padre dan resultado. Ishbel abre los ojos. Aterrada y ya plenamente consciente, trata de librarse. Forcejea para escapar de los golpes que él está a punto de propinarle. En un descuido consigue ponerse en pie y, tambaleándose, abre los cajones uno tras otro hasta encontrar lo que busca, ante la mirada desconcertada de su madre.

Ishbel retrocede hasta el centro de la cocina. Sostiene un cuchillo afilado con el que apunta a su padre. Esta vez está segura de que será capaz de usarlo. Ya no volverá a doblegarse ante la locura de ese hombre.

—Deja ese cuchillo. No hagas más tonterías —ordena él.

—Es la última vez que me tocas, enfermo cabrón —sentencia ella, con voz serena.

Pero entonces comete el error de mirar a su madre en busca de auxilio. Sin embargo, ella continúa inmóvil en una esquina, sollozando, anulada por el miedo. Comprende entonces que su madre nunca se atreverá a salir de allí. Jamás se defenderá. Jamás la protegerá ni testificará contra su

marido. Nadie creerá que Ishbel actuó en defensa propia para protegerse a sí misma y a su hermano. Nadie imaginaría que un hombre tan intachable y culto, tan respetado en su comunidad, fuera capaz de cometer semejantes atrocidades.

El padre, como si le leyera el pensamiento, consciente de su dominio, agarra otro cuchillo y la enfrenta.

—Vamos, pequeña zorra ingrata, ¿qué crees que estás haciendo? ¿De verdad piensas que serás capaz de hacerme daño?

Entonces Ishbel se rinde. Comprende que ya ha perdido, tanto si lo mata como si vuelve a obedecer. Por un instante la seduce la idea de detenerse, de bajar el arma y obedecer. Doblegarse ante la seguridad del camino conocido. Sin embargo, las imágenes regresan: las violaciones, el hijo que ya nunca podrá tener y los abusos continuados desfilan por su mente como fotogramas de una película de terror.

Y decide sucumbir ante la única salida posible.

Baja el arma.

Durante un segundo, el padre respira aliviado.

Se equivoca.

La joven coloca la hoja en su propio cuello y, con fuerza y determinación, traza una línea de lado a lado.

Mientras todo comienza a nublarse, una sonrisa serena aflora en su rostro.

Su padre grita de pura rabia mientras el suelo de la cocina se tiñe de rojo.

En el umbral de la puerta, inmóvil, Tom observa cómo la sangre se extiende por las baldosas. Un penetrante olor metálico comienza a adueñarse de la estancia.

Todavía no es consciente, pero ese instante acabará definiendo el resto de su existencia.

18

Con la Nochevieja a la vuelta de la esquina, el tráfico en el centro de Alicante se vuelve denso y exasperante. A ambos lados de la calzada, los peatones caminan apresurados, cargados con bolsas repletas de comida y regalos de Reyes.

Alvar se detiene ante un semáforo y se pregunta si no habría sido mejor dejar el coche en el garaje y continuar a pie. La dirección que Urriaga le ha dado no queda lejos, pero está cansado y cada minuto cuenta, así que decide seguir conduciendo. Cruza la plaza de los Luceros y baja por la avenida Alfonso X el Sabio, engalanada con la decoración navideña, hasta girar hacia la Rambla. No tarda en distinguir los destellos azules de los coches patrulla, que parpadean contra el cordón policial y se reflejan en los escaparates y en el asfalto, ya húmedo por una lluvia que, contra todo pronóstico, ha empezado a caer.

Aparca de cualquier manera y baja del vehículo. Holloway lo espera en el portal, apurando un cigarrillo.

—Sí que le has pisado al Audi —bromea el joven, señalando el coche con un gesto de la cabeza. Tira la colilla, la aplasta con el pie y se acerca.

—Me ha pillado en la universidad. ¿Hace mucho que has llegado?

—Media hora. Gisbert acaba de marcharse. Ha llegado la Científica y la forense está en camino.

—¿Parece para nosotros?

—Echa un vistazo y me dices.

Entran en el edificio y suben al cuarto piso. Dentro del domicilio, todo transmite una sensación fría e impersonal. Apenas hay muebles y los pocos objetos de decoración —varios cuadros costumbristas y jarrones con motivos florales— parecen colocados de forma estudiada, como si únicamente estuvieran allí para llenar el vacío. A

simple vista, no parece una vivienda habitada. Alvar sigue a su compañero por un pasillo estrecho hasta una puerta al fondo. Es un despacho sobrio y minimalista, con un diván de terapia y un amplio escritorio de madera robusta y oscura.

Tumbada boca abajo sobre el diván hay una mujer. Por la complexión, Alvar calcula que es joven. Está desnuda de cintura para abajo, con la ropa interior bajada hasta los tobillos. En la parte superior solo conserva el sujetador. Tiene la cabeza ladeada hacia la pared, medio sepultada bajo un amasijo de abundante pelo claro y rizado.

El cuerpo está rodeado de heces y vómito.

Sobre ella, trazados en la pared con un rojo intenso, reaparecen los nueve círculos entrelazados y los números tres, siete y nueve.

—¿La habéis identificado ya? —pregunta Alvar, sin apartar la vista del cadáver.

—Silvia Esteve Martínez —revela Holloway desde el umbral—. Cuarenta y dos años. Tenía el bolso con la documentación en la entrada.

Alvar se gira de golpe.

—Joder… Es la psicóloga que trataba a Ferrán Sala. Iba a entrevistarme con ella.

Holloway frunce el ceño.

—Pero… ¿qué relación puede tener ella con todo esto? —pregunta al cabo de unos segundos.

—No lo sé. ¿Quién la ha encontrado?

—Su marido. Había estado un par de días fuera. Como no conseguía localizarla, vino a buscarla. Esta es su consulta privada. Trabajaba sola. La cerradura no estaba forzada, así que debió de dejar entrar al asesino. Lo conocía. Habrá que revisar su agenda.

El sonido de unos tacones anuncia la llegada de la forense.

—Buenas tardes, inspectores.

—Hola, Sara. Me alegro de que estés de guardia.

Ella entra en el despacho, se coloca los guantes y se inclina sobre el cadáver.

—La posición del cuerpo y el hecho de que esté parcialmente desnuda apuntan a una clara intencionalidad sexual —dice mientras

le aparta el pelo del rostro—. Tendré que confirmarlo, pero es muy probable que haya sufrido una agresión sexual. No aprecio lesiones defensivas ni signos evidentes de forcejeo. Es posible que la sedaran antes.

Sara dedica unos minutos más a examinar a la víctima. Después se incorpora, anota algunas observaciones y da indicaciones a un par de agentes antes de volverse de nuevo hacia los inspectores.

—Por el estado de la vía aérea, la causa probable de la muerte es la broncoaspiración del propio vómito. Y lleva muerta poco tiempo. Menos de doce horas.

—Gracias, Sara. Intentaré pasarme mañana a primera hora. A ver si puedes adelantarme algo más.

Una llamada obliga a Holloway a apartarse unos metros. Habla unos segundos en voz baja y regresa con la urgencia escrita en la cara.

—Era uno de los agentes que está registrando el domicilio de Silvia Esteve —informa—. Dice que vayamos ahora mismo. Han encontrado algo.

—Dios mío… pero ¿qué es esto? —Cristina Máiquez se tapa la boca, horrorizada.

Alvar lleva más de una hora revisando el contenido del pendrive hallado en la vivienda de la psicóloga. El resto del equipo observa en silencio la sucesión de escenas almacenadas en los más de un centenar de archivos.

En las primeras grabaciones se ve a la terapeuta hablando a cámara sobre las «novedosas técnicas» que emplea en sus sesiones. Su actitud es profesional, como si estuviera grabando contenido para un canal de divulgación científica. Sin embargo, a medida que avanzan los archivos, el rigor de la terapeuta desaparece y deja paso a una perversión cada vez más evidente. Surgen entonces escenas de extrema crudeza en las que Esteve ejerce violencia física y psicológica sobre sus pacientes más jóvenes.

Uno tras otro, los videos revelan abusos sexuales, humillaciones y coacciones. En varios de ellos, Alvar reconoce a Ferrán Sala. En otros aparece Vicente Sellés, el segundo de los tres expedientes que Urriaga le entregó. Las imágenes muestran a los jóvenes suplicando entre lágrimas mientras la terapeuta mantiene una frialdad escalofriante. Tras los abusos, se sienta frente a la cámara y relata los supuestos «avances» de su tratamiento experimental.

El inspector aparta la vista de la pantalla por primera vez y observa a su equipo. En todos reconoce la misma mezcla de asco y desconcierto. Cristina Máiquez parece a punto de abandonar la sala. Incluso Gisbert, con todos sus años de experiencia, apenas logra disimular la repugnancia que le provoca el visionado de los archivos.

—Menuda hija de puta… —masculla Fernández—. ¿Dónde lo habéis encontrado?

—Pegado con cinta bajo una de las mesitas de noche. Junto con esto —responde Holloway, poniendo la familiar cartulina tamaño carné sobre la mesa.

Nadie necesita acercarse para reconocer su contenido. Sin embargo, esta vez hay algo distinto: junto al tres, el siete y el nueve aparecen otros números escritos con la misma tinta. Doce, ciento tres y ciento cinco.

—¿Lo sabe el marido? —pregunta Máiquez.

—Ha llegado hace un rato. Iba a hablar con él cuando habéis entrado —aclara Arques.

—No —zanja Alvar—. Antes quiero interrogarlo. Necesito saber si conocía todo esto o si estaba implicado. ¿Algo más?

—Se está tomando declaración a los vecinos y hemos pedido el registro de llamadas y los últimos movimientos bancarios —detalla Gisbert—. Pero, de momento, nada. Ni una huella. Ni en su casa ni en la consulta.

—Entonces habrá que esperar a la autopsia —concluye Alvar.

Poco a poco, las piezas empiezan a encajar. Tres víctimas. Tres personas unidas por un mismo patrón: ninguna era inocente. Y dos adolescentes empujados al suicidio por los abusos de Silvia Esteve.

Las motivaciones del asesino empiezan a cobrar sentido y, poco a poco, revelan la lógica de una mente profundamente enferma. Su perfil, aunque todavía incompleto, empieza a definirse en la mente de Alvar.

Bajo la luz blanca de la sala de reuniones de la comisaría, por primera vez desde que empezó el caso, nota cómo se le eriza lentamente el vello de los brazos al comprender que, quizá, y a pesar de sus años en Homicidios, nunca se ha enfrentado a un asesino como ese.

19

La urbanización Montesol es una zona residencial situada a unos diez minutos de Alcoy, compuesta por chalés independientes con amplias parcelas donde muchas familias pasan los fines de semana o las vacaciones de verano.

El chalé marcado con el número doce evidencia que quien vive allí disfruta de una posición económica desahogada. La vivienda parece recién construida y el exterior está cuidado con esmero.

Gisbert pulsa el timbre. No tarda en responder una voz femenina.

—¿Sí?

—Buenas noches, ¿Teresa Coves?

—Sí. ¿Quién es?

—Inspector Álvaro Gisbert, de la policía.

Unos instantes después, la puerta de la parcela se abre con un chasquido. El inspector recorre el camino hasta la entrada principal, donde lo espera una mujer morena de unos treinta años vestida con pijama y una bata para protegerse del frío. Nada más verla, al policía le llama la atención su extraordinaria belleza. A medida que se aproxima a ella, no puede evitar pensar que una mujer así podría desarmar a cualquiera.

—Buenas noches —saluda ella con voz temblorosa—.

El inspector le muestra su identificación.

—Me gustaría hacerle unas preguntas. ¿Puedo pasar?

Ella baja la mirada y, sin decir palabra, se hace a un lado para franquearle el paso.

El interior de la vivienda no desentona con la fachada. Todo parece nuevo, como si todavía nadie hubiese terminado de instalarse. Hasta el olor a pintura, plástico y madera barnizada deja claro que la casa lleva poco tiempo ocupada.

—Discúlpeme —dice Teresa mientras aparta una caja del suelo —, estoy en plena mudanza.

El inspector la sigue hasta el salón y se acomoda en un sofá mientras ella hace lo mismo frente a él. Es una estancia amplia, con

los techos altos y muebles de alta gama.

—Viene a preguntarme por Miguel Bornay —comienza la mujer, adelantándose a la pregunta—. Supongo que han rastreado el número de teléfono…

Gisbert se sorprende por su franqueza. Creía que le costaría mucho más hacerla hablar.

—En efecto. Ese número aparece varias veces en el registro de llamadas de la madrugada anterior a su asesinato.

—Siento decirle, inspector, que si viene buscando algo que pueda conducirlo hasta el asesino de Miguel, está perdiendo el tiempo. No puedo ayudarle.

—¿Qué relación tenía con él?

Teresa esboza una sonrisa cansada.

—¿Qué relación cree que podía tener un hombre como él con una mujer como yo?

—Dígamelo usted.

—Sexual, por supuesto. Tengo treinta y dos años, pero eso nunca le importó demasiado.

—¿Dónde se conocieron?

—Lo conozco de toda la vida, desde que era una cría. Mi padre y él siempre fueron amigos. Bueno, lo eran. Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía diecisiete años. Me quedé sola y Miguel se ocupó de todo. Viví con su familia hasta que me trasladé a Barcelona para estudiar. —Hace una pausa. Después continúa, evitando la mirada del inspector—. Yo siempre había notado cómo me miraba. Hay cosas que una chica sabe interpretar aunque nadie se las haya explicado.

—¿Era una relación consentida? —A Gisbert le cuesta disimular su incomodidad.

Teresa se encoge de hombros.

—Supongo. Era un hombre poderoso. Me llevaba a restaurantes caros, hoteles de lujo… Me deslumbró. Entienda que, para una chica de mi edad, que venía de no tener nada...

—Bueno…

—No me juzgue —lo corta ella con dureza—. Creo que no ha venido aquí para eso.

—Lo siento. Entonces, ¿llevaban años juntos?

—Doce. Intenté dejarlo muchas veces —confiesa, como si necesitara justificarse—, pero nunca me lo puso fácil. Digamos que ahora, por fin, soy libre para hacer mi vida. Al menos —añade, abarcando el salón con un gesto— tuvo la decencia de poner todo esto a mi nombre.

Gisbert prefiere cambiar de tema. Si Bornay antes ya le parecía un indeseable, ahora le parece un verdadero hijo de puta.

—¿Notó algo extraño en su comportamiento los días anteriores a su muerte?

—Estaba un poco más nervioso de lo habitual, pero tampoco le di demasiada importancia.

—¿Nervioso por qué?

—Ni idea —responde Teresa negando con la cabeza.

—En el registro, su número aparece cuatro veces esa noche. Son llamadas muy cortas. ¿De qué hablaron?

Ella pone los ojos en blanco.

—De nada. Era algo que Miguel solía hacer. Me llamaba de madrugada para comprobar que estaba en casa. Que estaba sola. Que no había voces de fondo. En fin, era una forma más de controlarme.

Gisbert la observa unos segundos más. Ahora entiende muchas cosas. Finalmente se pone en pie. Le entrega una tarjeta con su número y le pide que lo llame si recuerda algo más.

—Inspector —lo detiene la chica cuando él ya ha llegado al umbral—, solo le pido una cosa.

Él se vuelve.

—No haga esto público. No quiero que todo el mundo me recuerde como la querida de Miguel. No me gustaría arruinar mi vida antes siquiera de haber podido empezarla.

Gisbert asiente y camina hasta el coche pensando en la cantidad de maneras diferentes con las que uno puede destrozarse la vida.

20

Aura consulta el móvil mientras espera frente a la máquina de café. En cuanto el ronroneo metálico se detiene y el pitido anuncia que la bebida está lista, retira el vaso y regresa al despacho de Anestesia, una especie de zulo sin ventanas que comparte con sus compañeros para redactar informes o reunirse durante las guardias. Todavía no son ni las ocho de la tarde, pero ya tiene el presentimiento de que va a pasar toda la noche en vela: la Reanimación está casi llena y aún tiene un par de intervenciones urgentes pendientes.

—¿Cómo vas? —pregunta al entrar y ver a una de sus compañeras enfrascada en el ordenador.

La anestesista se gira, se quita las gafas y se frota los ojos, enrojecidos por las horas frente a la pantalla.

—Bien. Estaba terminando el ingreso del diez.

—¿El de la perforación intestinal?

—Sí. Y con ese ya solo nos queda una cama libre.

Aura lanza un suspiro. Siempre igual.

—Pues si no podemos dar altas, tendremos que derivar pacientes a otros hospitales —zanja—. No hay otra.

—Ya me dirás dónde —responde su compañera, volviéndose de nuevo hacia el ordenador—. Creo que estamos todos igual.

Aura se acerca al control para comprobar que todo está en orden. Acaba de sentarse cuando una de las enfermeras se le acerca con el rostro desencajado.

—Aura… —logra articular con la voz quebrada—. Tienes que bajar a Urgencias.

—¿Qué pasa? ¿Es para intubar? No han llamado al busca…

Su compañera niega.

—Han llamado a la salita. Es tu hermana.

Baja las escaleras de tres en tres, como si la vida le fuera en ello, y cruza un par de pasillos corriendo hasta que accede a la zona

de triaje. En cuanto se acerca con el pijama verde, un médico al que no reconoce se levanta del control.

—¿Aura? Soy Manuel Castro, uno de los adjuntos de guardia. No te asustes —se apresura a añadir para calmarla—. Acabamos de ingresar a tu hermana. Su marido nos ha dicho que estabas de guardia y nos ha pedido que te avisemos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con la voz rota.

El facultativo la conduce hasta un despacho apartado.

—Es un intento de autolisis. Por ingesta de fármacos. Le hemos hecho un lavado gástrico y vamos a subirla a la Unidad de Agudos de Psiquiatría. Puedes pasar a verla.

El médico le indica el box donde está su hermana y, tras ofrecerse a ayudarla en todo lo que necesite, regresa al control de enfermería. Aura abre la puerta con cuidado y entra sin hacer ruido. A pesar de la intensa luz, Isabel descansa encogida sobre sí misma, en posición fetal. Tiene una vía en el brazo y el rostro hinchado. Parece agotada. Da la impresión de haber envejecido diez años de golpe.

Marcos está sentado en un sillón junto a la cama, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza hundida entre las manos.

—Hola —susurra cuando la ve entrar—. ¿Te han dicho algo?

Ella se acerca y le da un par de besos rápidos.

—Que, de momento, está fuera de peligro, pero que, lógicamente, van a ingresarla de todos modos. Me han dicho que no tardarán en darnos la cama. —Se vuelve y le da la espalda—. Puedes irte si quieres. Me quedo yo con ella.

Su cuñado baja la vista.

—Ha sido culpa mía.

Aura no dice nada. No tiene ni fuerzas ni ganas de consolarlo. Sin embargo, tampoco quiere decir algo de lo que después pueda arrepentirse.

—Supongo que habló contigo… —insiste él.

Al ver que tampoco obtiene respuesta, se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Los niños están con mis padres —añade antes de salir—. Me quedaré con ellos esta noche.

Aura ni siquiera se despide. Acerca una silla a la cama y coge la mano de Isabel. Al notar el contacto, reacciona de inmediato. Intenta abrir los ojos, pero la medicación le impide mantenerse despierta.

Poco después, el médico asoma por la puerta del box.

—Ya tenemos la cama. Vamos a subirla.

Aura se levanta y sale un momento al pasillo con él.

—¿Qué ha tomado?

—Imipramina.

—Pero si eso ya casi no se prescribe… —se extraña ella.

El médico se encoge de hombros.

—Es cierto. Ahora se recetan otros con mejor perfil de seguridad. No sé quién se lo habrá pautado. —Hace una pausa antes de continuar, bajando la voz—. Tu hermana había ingerido una cantidad considerable. Sinceramente, me preocupa que vuelva a intentarlo. Sé que entiendes lo importante que es la vigilancia durante las primeras semanas después de...

Aura asiente, agradece la atención de su compañero y regresa al box para recoger las pertenencias de Isabel mientras esperan al celador.

El primer número que marca es el de su compañera de guardia para pedirle que la cubra esa noche.

El segundo, el de Alvar.

Pasa toda la noche junto a la cama de Isabel, incapaz de conciliar el sueño. Cuando amanece, tiene los ojos irritados y los músculos completamente agarrotados por las horas que ha pasado en el sillón. Se incorpora con cuidado para no despertar a su hermana y sale en busca de un café. Cuando regresa, Isabel ya está despierta y, recostada en la cama, la mira en silencio, con los ojos empañados.

—¿Cómo estás? —pregunta desde la puerta.

Isabel tarda unos segundos en responder.

—Lo siento.

—Shhh. Tranquila, ahora lo importante es que te recuperes. Ya hablaremos más adelante, cuando te sientas con fuerzas.

—¿Y los niños?

—Con Marcos. No te preocupes. Están bien.

Aura duda si preguntar o no algo a lo que lleva varias horas dándole vueltas. Finalmente, lo suelta a bocajarro.

—Solo quiero saber una cosa y espero que no me mientas. ¿De dónde sacaste las pastillas?

—Me las dio mi psicóloga —murmura tras una breve vacilación.

—Isabel, en España los psicólogos no pueden recetar.

—Ya, lo sé. —Baja la mirada—. Me dio un par de cajas sin receta.

Aura siente un latigazo de rabia por la irresponsabilidad de la terapeuta, pero se obliga a contenerse. No quiere que su hermana se cierre en banda ni que vuelva a confiar sus problemas a una desconocida antes que a ella.

Unos instantes después, el psiquiatra entra en la habitación. Habla unos minutos a solas con Isabel y luego sale al pasillo con Aura.

—Quiere irse a casa —le informa el médico.

—¿Y tú qué opinas?

—Tengo dudas. No soy partidario de enviar a estos pacientes tan pronto a casa, pero me consta que tiene mucho apoyo familiar. Si supiera que va a estar vigilada, que acudirá a las citas y hará terapia… podría plantearme el alta a lo largo de la mañana.

Aura regresa a la habitación y se lo comunica a Isabel, que promete cumplir a rajatabla las indicaciones del facultativo.

A mediodía, tras dejarla en casa, Aura aborda con determinación a su cuñado en el recibidor.

—No la dejes sola —le advierte—. Me voy. Llamaré más tarde, pero avísame si necesita algo. Y cuando digo algo, me refiero a cualquier cosa. Lo que sea.

21

El agua caliente empieza a llenar la bañera mientras Aura observa, distraída, cómo el vaho comienza a borrar su imagen del espejo. Son casi las nueve de la noche y Alvar acaba de llamarla para avisar de que llegará tarde. Mientras lo espera, decide darse un baño para intentar aliviar la tensión acumulada durante las últimas horas. Ha pasado gran parte de la tarde tirada en el sofá, incapaz de dar ni una cabezada. Su hermana ocupa todos sus pensamientos desde que la dejó en casa unas horas antes. Cuando habló con ella hace un rato, la notó bastante entera, pero sabe que eso no significa nada. No es momento de confiarse.

Antes de desvestirse, va a la cocina y se sirve una copa de vino. Al regresar al cuarto de baño, y por primera vez en dos días, se le escapa una sonrisa al recordar de nuevo las dimensiones de su piso y cómo tuvieron que encajar con calzador la bañera exenta de la que se encaprichó. En ese ático, por el contrario, hasta el más pequeño de los baños tiene espacio de sobra para una ducha con capacidad para al menos tres personas, además de un alicatado de auténtico lujo. Desde que se instaló con Alvar, los armarios han ido llenándose de cremas, maquillaje, planchas de pelo, secadores y otros utensilios que han acabado arrinconando los pocos productos de su novio al fondo de un cajón, hasta el punto de que últimamente él suele bromear con que cualquier día tendrá que mudarse al aseo de invitados.

Aura se mete en la bañera y se abandona a la agradable sensación de que el agua le cubra el cuerpo por completo. Después de la muerte de sus padres, el día de hoy ha sido uno de los peores de su vida. Bebe un largo trago y, casi al instante, nota el estómago revuelto.

«Será el cansancio*»,* se dice.

Deja la copa y se esfuerza por relajarse. No lleva ni cinco minutos con los ojos cerrados cuando suena su móvil. Es Claudia.

—¿Qué haces? —pregunta su amiga nada más descolgar.

—Nada, dándome un baño. ¿Y tú?

—Pues un poco de bajón —resopla—. Solo de pensar que en nada tengo que volver a hacerme la maleta…

—Bueno, tarde o temprano tenía que pasar. Además, ¿no tienes ganas de ver a Peter?

—Sí, claro, pero cada vez que vengo… En Londres estoy bien, ya lo sabes, pero allí la gente… la comida… Joder, que no es España.

—Mira —la anima Aura, pese a que no se siente con fuerzas para animar a nadie—, intenta disfrutar del tiempo que te queda antes de marcharte. El lunes nos vemos y aún podremos quedar un par de veces más.

La deja hablar y decide no contarle lo sucedido con Isabel. Le gustaría desahogarse, por supuesto, pero sabe que su hermana preferiría que no dijese nada.

Claudia parece conformarse con los ánimos porque no tarda en darle las gracias y despedirse. Cuando cuelga, vuelve a llamar a Isabel para asegurarse de que está bien.

Tras el baño, que no ha resultado tan reparador como esperaba, coge la novela que tiene pendiente y se acomoda en su sofá favorito, decidida a esperar a Alvar. La tenue iluminación y el cansancio acumulado hacen que pronto se deje vencer por el sueño.

A las diez y media, el sonido de la puerta al cerrarse la despierta de golpe. Abre los ojos y se incorpora lentamente.

—Al final no has llegado tan tarde —comenta al verlo entrar, después de consultar la hora en el móvil.

Él se acerca, la besa y se sienta junto a ella.

—He terminado antes. ¿Cómo está tu hermana?

—Bien, he hablado con ella hace un rato. Me ha confesado que la medicación que tomó se la había dado una psicóloga a la que llevaba un tiempo viendo. Yo no tenía ni idea de que estuviera haciendo terapia, pero tampoco me ha parecido el momento de presionarla más.

Alvar frunce el ceño. Esa misma tarde ha visto vídeos de una terapeuta arruinando la vida de sus pacientes y ahora otra parece repartir medicación de forma clandestina.

—¿Has cenado?

—No, te estaba esperando.

El inspector sonríe. Se levanta, se quita la chaqueta, afloja la corbata y se desabrocha los primeros botones de la camisa. Aura lo observa en silencio. Le gusta el contraste entre el inspector pulcro que sale temprano de casa y el hombre agotado con el que se encuentra al volver.

Alvar sale del salón y vuelve unos instantes después con la improvisada cena: un par de sándwiches y dos copas de vino. Cenan en el sofá, como ya se han acostumbrado a hacer, con las noticias de fondo. Él parece ausente.

—¿Qué te pasa? —pregunta Aura antes de darle un mordisco al sándwich.

No responde; mantiene la mirada fija en la televisión.

—¿Qué sabes de *La divina comedia*? —suelta por fin.

—¿El libro? —se sorprende—. Poco. Leí algunos fragmentos en el instituto. Mi hermana sí la leyó entera cuando estrenaron *Seven.*

Alvar le muestra en el móvil la misma fotografía que ha enseñado al profesor hace un rato.

—Estaba en la habitación de un chico que se suicidó la semana pasada.

—¿Qué es esto? —pregunta ella, intrigada.

El inspector se encoge de hombros.

—No te había dicho nada porque sé que todavía estás dolida por lo que pasó, pero es el chico que falleció durante tu guardia.

Aura abre los ojos como platos.

—Urriaga me pidió que lo investigara. Resulta que es hijo de unos conocidos, además del tercer caso de suicidio en circunstancias similares en poco más de un año. La madre ha denunciado al centro y, entre eso y la presión mediática, quiere que me encargue. No le gustaría dar la imagen de que la policía se cruza de brazos.

—¿Es que crees que esos suicidios pueden estar relacionados con el caso que lleváis?

—En el caso de Ferrán, seguro. Encontramos pruebas similares en los escenarios de los tres asesinatos que estamos investigando.

—Joder…

—Aquella noche no pudiste hablar con el chico, ¿verdad?

—Llegó intubado y sedado. ¿Sabes lo inestable que estaba?

—Lo sé, pero estoy intentando averiguar cómo pudo llegar esa tarjeta a sus manos, qué relación podía tener él con todo esto.

Aura vuelve a examinar las imágenes.

—Es San Nicolás de Bari —aclara el inspector.

—El patrón de Alicante, es cierto —susurra ella.

—Y de los niños. Eso es lo que no entiendo. Con respecto a los números, sospechamos que guardan relación con la numerología de Dante, la que emplea en *La divina comedia.*

Ella se levanta del sofá y va en busca de su portátil. Encuentra multitud de páginas web que abordan, con mayor o menor rigor, la obra. Localiza un artículo y lee en voz alta:

—«Es principalmente un poema religioso, sobre el pecado, la virtud y la teología…» «Se divide en tres partes (Infierno, Purgatorio y Paraíso)…».

—Nuestra principal hipótesis es que el asesino se considera una especie de juez y castiga a las personas que, bajo su criterio, no merecen seguir viviendo. Es todo lo que tenemos por el momento.

—Si ese fuera el caso, por lo que me has ido contando, tenéis dos víctimas que son unos auténticos cabrones, pero ¿qué hay de la psicóloga?

Alvar le habla de las cintas encontradas en el domicilio de Silvia Esteve. Aura escucha con la boca abierta.

—Menuda hija de puta —exclama cuando él termina de hablar.

—Puede que Ferrán —reflexiona el inspector— acabara suicidándose directamente por los abusos o porque la terapeuta lo estaba chantajeando. Lo que no me cuadra es que no lo mencionara en la nota de suicidio. Sus padres no me dieron a entender que sospecharan de ella. Ya veremos cuando esto salga a la luz…

—Si no estuviera muerta, probablemente la habrían matado ellos —sentencia—. Y nadie los culparía. No sé cómo reaccionaría yo si le pasara eso a un hijo mío.

Alvar prefiere callarse. Pero, conociéndose, no cree que fuera capaz de refrenar sus impulsos si le hicieran daño a su familia. Si tocaran a un hijo suyo…Afortunadamente, no es algo de lo que ahora tenga que preocuparse.

Se fija en que Aura casi no ha probado bocado. No quiere decir nada para no agobiarla, pero le preocupa lo delgada que se está quedando. Supone que se debe al trabajo —lleva un par de meses haciendo dos guardias a la semana por las bajas de sus compañeras — y al estrés de los preparativos de la boda. Y, con lo de su hermana, no parece que la cosa vaya a mejorar. Hace un par de semanas le sugirió la posibilidad de posponer la ceremonia. Ella se negó rotundamente y hoy, cuando ha vuelto a sacar el tema, ha obtenido la misma respuesta.

—¿No te la acabas? —pregunta señalando el sándwich casi intacto—. No has cenado nada. ¿Quieres que te prepare otra cosa?

—No tengo hambre —responde ella mientras le pasa el plato—. Cuando has llegado me hubiese comido cualquier cosa, pero ahora me ha entrado un poco de angustia. Habré pillado algún virus.

—Pues sea lo que sea, por favor no me lo pegues —bromea él—, porque lo último que necesita mi jefe ahora mismo es que me coja una baja. Por cierto, ¿nerviosa por lo de la semana que viene?

La visita de sus futuros suegros para conocerla…

Le prometió a Alvar que se encargaría de reservar un buen sitio para cenar... y se le había olvidado por completo.

Aura se levanta para recoger los platos, pero él la detiene con un gesto firme y la atrae de nuevo hacia el sofá.

—Déjalo. Ya recojo yo.

Le da un beso en la sien antes de levantarse.

Ella está agotada y no se lo discute. Vuelve a recostarse en el sofá y retoma el libro mientras escucha el tintineo de la vajilla en la cocina. Cuando termina de recoger, él se instala en el pequeño despacho del salón, un escritorio desordenado arrinconado junto a la pared, lo único que desentona con la cuidada estética de la casa. Ella siempre dice que le encanta porque el flexo le recuerda a su época universitaria. A Alvar le gusta verla ahí, dormida cerca mientras él trabaja, algo totalmente nuevo para alguien acostumbrado a despachar a sus acompañantes antes de que saliera el sol.

Se gira y la observa con el libro abierto sobre el pecho, profundamente dormida.

Dentro de unos meses será su mujer.

Por un instante se imagina ese mismo salón repleto de juguetes esparcidos por el suelo y voces infantiles.

Y, contra todo pronóstico y por primera vez desde que la conoció, la idea le asusta.

22

La melodía estridente del despertador lo arranca del sueño de un sobresalto. Alvar lo apaga al primer tono y salta de la cama con la sensación de haber dormido apenas unos minutos. A pesar del frío del cuarto de baño, huye del agua caliente al meterse en la ducha; se avecina un día largo y prefiere el impacto del agua helada sobre la piel para despejarse. Tras vestirse y apurar un café de pie en la cocina, sale de casa rumbo al Instituto de Medicina Legal, donde ha quedado con Sara Colmenar para revisar la autopsia de Silvia Esteve. De camino, recoge a su compañero.

—¿Alguna novedad? —saluda Arques en cuanto cierra la puerta del coche.

—Nada. Veamos qué dice la autopsia. ¿Qué te contó el marido?

—No creas que pude sacarle demasiado. Estaba muy nervioso, como es normal.

—Hombres, claro, es el principal sospechoso…

—No creas, ahora te cuento. El caso es que sí me contó alguna cosa interesante. Para empezar, el matrimonio se llevaba mal. Él es psiquiatra y trabaja en el Hospital General. Igual hasta lo conoce Aura.

—¿Llevaban mucho tiempo juntos?

—Diez años alternando rupturas y reconciliaciones. Se conocieron en la universidad y se casaron tras un par de años de noviazgo. Siempre han vivido aquí y no tienen hijos. Por lo visto, estaban a punto de separarse; de hecho, ya ni se llamaban cuando alguno de los dos estaba fuera por trabajo. Según la hora aproximada de la muerte, él estaba en Berlín, asistiendo a un congreso. Su coartada es sólida: además de los testigos que pueden confirmar su presencia, están los billetes de avión, el registro del hotel y las horas a las que dejó y recogió el coche en el aparcamiento del aeropuerto.

—¿Y no sabía nada de los «negocios» de su mujer? Un poco extraño, ¿no?

—Jura que no tenía ni idea. Es más, se refiere a su mujer como una excelente profesional y una persona completamente cabal. Lo único que recuerda es que en los últimos meses había ampliado las horas en la consulta privada y que se mostraba esquiva cuando él le preguntaba por su trabajo. Sinceramente, me parece inocente. No creo que tenga nada que ver con el asesinato de su mujer ni con lo que hacía en la consulta, pero le hemos retenido el pasaporte por si acaso.

Recorren el resto del trayecto en silencio, con la esperanza de que Gisbert haya tenido más suerte hablando con Teresa Coves, la titular del número que aparecía varias veces en el registro de llamadas de Bornay.

Aparcan dentro del recinto y entran en el edificio. Encuentran a la forense en la sala de autopsias, examinando el cadáver bajo la luz blanca de los fluorescentes. Aún no son ni las ocho, así que es probable que la doctora haya pasado la mayor parte de la noche allí. Alvar sigue quitándose el sombrero ante la dedicación y el compromiso de la doctora.

Sara levanta la mirada y les hace un gesto con la mano para que se acerquen.

—Buenos días, inspectores. Estaba terminando —se limita a decir mientras se quita los guantes y se baja la mascarilla—. Aún no he podido redactar el informe, pero acompañadme al despacho y os cuento.

Los dos policías la siguen y toman asiento frente a su mesa.

—Con respecto a la causa de la muerte —comienza sin preámbulos—, aunque todo indicaba una asfixia por aspiración de vómito, lo que la mató fue una parada cardiorrespiratoria secundaria a una intoxicación aguda por fármacos, concretamente por antidepresivos tricíclicos.

—¿Estás diciendo que se ha suicidado? —se extraña Arques.

—No. No ingirió las pastillas; fueron introducidas a la fuerza en la cavidad oral, el ano y la vagina, y absorbidas a través de las mucosas. Por esa vía, la entrada al torrente sanguíneo es mucho más rápida. Usaron imipramina, un antidepresivo que actúa como un

potente agente cardiotóxico. Es capaz de provocar arritmias ventriculares letales.

—¿La violaron? —interviene Alvar.

—No, aunque el examen de las cavidades muestra erosiones, excoriaciones y desgarros. Eso significa que los comprimidos fueron introducidos sin lubricación y bajo resistencia. —Sara hace una pausa—. Os digo lo mismo que en los otros dos casos: no fue una muerte agradable.

Más tarde, cuando llegan a la sala de reuniones de la comisaría de Alcoy, encuentran a Máiquez y Fernández inclinados sobre una montaña de expedientes.

—¿Alguna novedad? —se adelanta Máiquez.

—La autopsia de Silvia Esteve —responde Alvar mientras se quita el abrigo—. ¿Dónde están los demás?

—Abajo, con el papeleo. Estarán al caer.

Poco después, Gisbert y Holloway entran en la sala.

—¡Hombre, inspector! Hoy llega pronto —ironiza el veterano con su habitual tono mordaz—. Será porque es Nochevieja.

Alvar deja pasar el comentario. No le apetece empezar la jornada con otra discusión con el alcoyano, como ya viene siendo costumbre.

—¿Fuiste a ver a Teresa Coves?

Gisbert asiente.

—Menudo pájaro. La chica era su amante. Pero no de ahora: llevaban doce años juntos. Y, por lo que intuí, su relación con Bornay no era del todo consentida.

—Hijo de puta… —Máiquez estampa el bolígrafo sobre la mesa.

—En fin —añade el veterano—. La chica no tiene ni idea de quién pudo hacerle eso al empresario.

—¿Ella misma? —sugiere Holloway.

Gisbert niega con la cabeza.

—Estaba en un curso, fuera de la ciudad. Tiene testigos.

A Alvar le cuesta disimular la decepción.

—Ya tenemos un avance de la autopsia de Silvia Esteve —informa al resto, poniendo una copia sobre la mesa—. Al parecer, la causa de la muerte fue una intoxicación por antidepresivos.

—¿Se suicidó? —interrumpe Máiquez—. No me extrañaría, después de lo que les hizo a esos chicos…

—No. Los antidepresivos fueron introducidos a la fuerza por vía oral, anal y genital.

—No me jodas… —Gisbert se reclina despacio en su silla.

—En cuanto Sara me haga llegar el informe completo, os lo envío. De momento, vamos a recapitular. Hasta la fecha hay tres víctimas: el empresario Miguel Bornay Pastor, hallado el veinte de diciembre; Alberto Fernández Gandía, el veintisiete; y Silvia Esteve Martínez, ayer. Además, hay dos suicidios de chicos que aparecían en los vídeos de la psicóloga. En los tres escenarios encontramos el dibujo de los nueve círculos entrelazados con los números 3, 7 y 9, y tarjetas con cifras distintas: para Gandía, el 12 y el 48; para Bornay, el 3 y el 9; y para Esteve, el 12, el 103 y el 105.

—Menudo puto loco —masculla Holloway.

—O no —corrige Alvar—. Ayer estuve con el contacto que Máiquez me pasó, un experto en literatura italiana, y, según la conversación que mantuve con él, todo está relacionado con *La divina comedia*. El tres es el número central, porque la obra se estructura en tres partes: Infierno, Purgatorio y Paraíso; el siete, representa los pecados capitales; y el nueve, los círculos del Infierno. Dante describe el Infierno como un embudo hacia el centro de la Tierra, lo que explicaría la forma de pirámide invertida de los dibujos.

—¿Tenéis algo más? —añade tras el silencio de sus compañeros.

—Hemos comprobado la agenda de Esteve —Máiquez revisa sus notas—. No tenía pacientes programados en los días previos a su muerte. Los vecinos no vieron nada, excepto una mujer bastante mayor que cree haberse cruzado con un hombre en el ascensor al que define como "extraño". Ya estamos trabajando con el retrato robot, pero su testimonio es poco fiable. En cuanto a las cámaras de la zona, no hay ningún vehículo sospechoso.

—De acuerdo. —Cambia de tema.— Mientras veníamos hacia aquí, Arques ya me ha puesto al día sobre el marido de la víctima. Parece que tiene una coartada sólida, pero no lo perdamos de vista. ¿Tenemos ya el registro de llamadas?

—Aún no, pero yo me encargo —se ofrece Gisbert.

—Bien, vamos entonces con el perfil del sospechoso: deberíamos buscar a un hombre de entre cuarenta y cincuenta años, inteligente, seguramente con un trabajo intelectual, metódico y narcisista. Se percibe como una especie de justiciero, pero no está loco. Al menos, no del todo. Nos deja mensajes. Quiere que lo encontremos. Que entendamos su obra.

—¿Abusos en la infancia? —apunta Máiquez.

—Probablemente. Nuestro principal problema es que no sigue ningún patrón para elegir a sus víctimas. Al menos, ninguno que nos permita anticiparnos.

Todos escuchan en silencio. El desánimo, ya presente en reuniones anteriores, se extiende aún más en el ambiente.

—Si seguimos sin pistas, solo nos queda esperar a que cometa un error. Por ahora, interrogaremos de nuevo a los familiares de las víctimas. Quizá se nos escapó algo la primera vez.

Consulta el reloj y da por concluida la reunión. Holloway lo detiene al salir.

—Inspector, ¿me acompaña a dar una vuelta?

Conducen hasta una zona elevada, junto al acceso al Parque Natural de la Sierra de Mariola, desde donde puede contemplarse todo Alcoy. Es un área recreativa rodeada de chopos y pinos, punto de partida de varias rutas a pie y en bicicleta. Bajan del coche y se sientan en un banco de madera. Holloway enciende un cigarro y le ofrece otro a su compañero.

—Lo dejé hace tiempo —admite Alvar al aceptarlo—, aunque creo que hoy haré una excepción.

—Este lugar se llama el Preventori —Holloway da una larga calada con la mirada perdida en el paisaje—. Es muy querido por los alcoyanos. Suelo venir aquí cuando estoy bloqueado. Como ahora.

—Está claro que se nos escapa algo —admite Alvar—. Las víctimas tenían que conocerse. Tenemos que averiguar de qué. Esa

es la clave. —Exhala el humo despacio. Ya no recordaba lo mucho que disfrutaba del tabaco.

—El asesino tuvo que cruzarse con ellos en algún sitio —coincide Holloway—. La consulta de Esteve no estaba forzada; ella lo dejó entrar.

—Tenemos que ampliar el rastreo de su agenda, como mínimo, al último año. Además, ahora que se ha hecho eco la prensa, peor. No tardaremos en tener a los cuatro iluminados de siempre reclamando la autoría de los crímenes.

—Yo me encargo de filtrar eso.

Alvar da otra calada al cigarrillo. Tiene que reconocer que el aire fresco lo despeja, las vistas son increíbles y Holloway empieza a caerle bien.

—Te cuesta disimular el acento *cockney* —le dice refiriéndose a su deje inglés.

A Holloway le sorprende el comentario de su compañero.

—Buen olfato, inspector. ¿Cómo te has dado cuenta? Dicen que hablo un español casi perfecto —bromea.

—He vivido en Londres. Además, te he oído un «*bloody hell*» que te ha delatado. Dime, ¿qué trae a un londinense del East End a estas tierras?

—Digamos que tuve una adolescencia complicada. Cuando creces en un barrio como el mío, sin opciones ni futuro, es difícil no meterse en problemas. Un día toqué fondo. Ya había pasado alguna noche en el calabozo, pero todo habían sido faltas leves: alguna pelea, tonterías sin importancia. Una noche salí con mis amigos, como de costumbre. Habíamos bebido mucho e íbamos bastante puestos de coca. —Baja la mirada, avergonzado—. Empecé a discutir con uno de ellos. La cosa se torció y acabamos fuera del local, a hostias. Otro de mis amigos consiguió separarnos y me llevó al coche. Te preguntarás por qué quise conducir en ese estado. Aún no lo sé. Mi colega insistía en que fuera a pie. No le hice caso y se empeñó en acompañarme. Estábamos a punto de llegar a su casa cuando perdí el control del coche y me salí de la carretera. Yo resulté ileso. Él murió en el acto. Eso me dijeron después. O eso quiero creer yo.

Alvar escucha en silencio. El agente continúa, con la mirada fija en el suelo.

—Me retiraron el carné y tuve que hacer servicios comunitarios. No llegó a mayores porque mi padre era el jefe de policía —levanta la vista para ver la cara de sorpresa de Alvar—. Después, entré en una depresión profunda. Mis padres ya no sabían qué hacer y, desesperados porque no echara a perder mi vida, me enviaron aquí con unos tíos paternos. Y ahora… mírame —dibuja una sonrisa triste —. Policía.

Holloway apura el cigarrillo y lo aplasta contra el suelo.

—En fin —añade—. Esa es mi historia. ¿Y tú? Tampoco eres de por aquí.

—No —responde, exhalando el humo de la última calada, sin desviar la mirada—. Soy de San Sebastián. Y antes de hacerme policía, empecé Derecho.

—No me jodas. Nunca lo hubiera dicho. No tienes pinta de abogado.

El móvil de Alvar vibra en su bolsillo, interrumpiendo la conversación entre los dos policías. Es Arques.

—¿Qué pasa?

—Acaba de llamar una mujer a la central. Quiere hablar con el oficial al mando de la investigación del asesino de… Dante. Dice que tiene información que puede interesarte.

—Ya empezamos… —pone los ojos en blanco—. ¿Te ha dicho qué quiere?

—No. Ha dejado claro que solo hablará contigo.

—Joder. Vale, dame el número y la llamo ahora mismo. A ver qué coño quiere.

—No llama desde España, sino desde el Reino Unido. Al parecer, ha visto la noticia en la BBC. Me ha parecido lo bastante raro como para tenerlo en cuenta.

—¿Señora Whitman? —se presenta unos minutos después, en un perfecto inglés—. Soy el inspector Javier Alvar, responsable de la investigación.

—Buenas tardes, inspector —responde una voz femenina muy educada—. Gracias por atender mi llamada. Creo que puedo ayudarle a resolver este caso.

—De acuerdo —Alvar le lanza una mirada a Holloway como diciendo «ya te lo dije»—. La escucho.

—No —corta, tajante—. Esa será la única condición. Solo hablaré con usted en persona.

—Señora, le agradezco el interés que ha mostrado, pero comprenderá que me resulta imposible desplazarme ahora mismo…

Se hace el silencio al otro lado de la línea.

—¿Señora Whitman?

—Créame, inspector —sentencia la mujer—, cometerá un error si no viene a verme.

TERCERA PARTE

Newcastle, Inglaterra

Primavera de 1990

Tom se despierta sobresaltado. Se toca la frente, empapada de sudor, mientras su pulso se normaliza.

Está a salvo.

Su madre duerme a su lado, en la cama que llevan un par de meses compartiendo. Le cuesta acostumbrarse a su compañía, a su calor, pero no quiere dormir solo. No puede.

Todavía no.

No desde aquella noche.

Nunca creyó a su madre capaz de hacer lo que hizo: coger sus pocas pertenencias en mitad de la noche y llevárselo con ella. Cerrar la puerta sin mirar atrás. Apostar por su hijo. Arriesgarlo todo para sacarlo de esa casa. Fuera de ese horror. Sabe que ella aún siente miedo. Lo sabe porque duerme cada noche a su lado y la escucha llorar o hablar en sueños.

El viaje hasta su nuevo hogar no fue largo, pero sí duro. Recuerda cómo ella miraba continuamente a todos lados. En cada estación. En cada parada. En cada paso.

Salieron de madrugada, todavía en pijama, huyendo como ratas. Él no preguntó; se limitó a obedecer. No le resultó difícil. Estaba más que acostumbrado. Sucedió apenas un par de semanas después de lo que pasó, desde la noche en la que Ishbel no pudo más y se quitó la vida. Ese día su madre debió de tocar fondo, y el comprendió que de verdad se había quedado solo. Para siempre.

El ferry que los llevó desde Kyleakin hasta Kyle of Lochalsh apenas tardó diez minutos, pero aún recuerda el viento gélido quemándole la cara. Después tomaron un tren hasta Inverness. Allí el viaje se detuvo. La nieve había hecho mella en los raíles y los obligó a esperar un buen rato.

Su madre estaba muy nerviosa. Le agarraba la mano con fuerza, como si en cualquier momento fueran a descubrirlos. A Tom le sorprendía la preocupación de ella, que nunca había movido un dedo ni por él ni por su hermana. Solo cuando llegaron a su destino y tomaron el tren a Edimburgo pareció relajarse un poco. La estación estaba muy concurrida y nadie parecía conocer a nadie. Podían pasar desapercibidos.

En Edimburgo permanecieron tres días en una pensión hasta que tomaron el tren rápido que los llevó a Newcastle. Cuando llegaron a la estación, no tenían dónde hospedarse, y su madre pasó horas preguntando hasta que un hombre le dio una dirección. Tuvieron que caminar unos tres kilómetros, aunque el frío y la nieve hicieron que parecieran muchos más.

Byker. A su madre le gustó desde el principio. Es un barrio obrero caracterizado por la discreción. El Byker Wall es un largo bloque de viviendas sociales, un muro serpenteante que delimita el barrio y lo protege del viento del norte y del ruido del tráfico. Allí consiguieron un subarriendo.

Una de las cosas que más le gustaron fue lo seguro que era: los jardines y áreas de juego sin coches. Pero también el diseño laberíntico del complejo, que facilitaba la huida en caso de ser descubiertos.

Nada podía vincularlos a ese lugar: pagaban el alquiler semanalmente en efectivo y los contratos de luz y gas no eran necesarios, pues funcionaban con contadores de monedas. Era, a todas luces, un escondite perfecto.

En el Byker Primary School, donde Tom fue inscrito, tampoco hicieron demasiadas preguntas; solo pidieron una dirección.

Ahora ya no se llama Tom.

También ha cambiado su apellido.

Sin embargo, ahora, pese a que llevan un par de meses en Newcastle, él sabe que su madre sigue teniendo miedo. Apenas ha conseguido relacionarse con un par de lugareños.

La única excepción es su vecina Sara, a quien ha pedido que cuide de él en alguna ocasión en la que ha tenido que trabajar de noche.

Conseguir un empleo que pagara el alquiler no fue difícil. El mismo hombre que le subarrendó el apartamento le habló de una familia que necesitaba ayuda. El padre era cardiólogo; la madre, psiquiatra. Tenían

dos mellizos de la edad de Tom. Su madre trabajaba de nueve a seis, pero a veces tenía que cuidarlos por la noche y dejaba a Tom con su vecina.

Sara era una señora entrada en años, oronda y de cabellos de plata y cara afable, que había enviudado hacía muy poco tiempo y que no había tenido hijos.

Tom cree que ese es precisamente el motivo por el que se desvive por él y siempre lo trata con tanto cariño: que lo ve como al nieto que nunca pudo tener. A él le gusta quedarse con ella. Cuando están juntos, las horas pasan muy deprisa. Él hace los deberes y, después, cenan y ven un rato la televisión. Ella le cuenta historias de cuando era joven. Aventuras de cuya veracidad Tom no está del todo seguro, pero que le encanta escuchar.

Es la primera vez que siente que alguien lo quiere de verdad. Que tiene una familia.

Sin embargo, y a pesar del afecto que le tiene, él casi no habla. Apenas lo hace desde que murió su hermana. Ahora, dos meses después de que se quitara la vida delante de él, es cuando más la echa de menos.

Y entonces llegan los sentimientos encontrados. Los pensamientos que le atormentan. Por un lado, agradece a su madre su nueva vida, pero, por otro, no puede perdonarle que no salvara a Ishbel.

Esta noche predomina el sentimiento de agradecimiento. Despierto en la cama tras una de sus pesadillas, siente la necesidad de abrazarla.

Cuando lo hace, lo primero que nota es el frío. Está helada. Más que nunca.

La mueve, pero ella no se inmuta.

Baja de la cama, rodea el colchón y se coloca frente a ella. Entonces lo ve:

La boca entreabierta, con los labios azulados.

Los ojos abiertos, sin mirar nada.

La cara de cera.

La jeringuilla colgando del brazo.

23

—¡Estás preciosa!

—¿Tú crees? ¿No parezco un pastel de nata?

Aura gira sobre sí misma frente al espejo del probador. Aprovechando que Claudia aún se quedará unos días más en Alicante, ha reunido a sus amigas y a su hermana para que la ayuden a elegir el vestido de novia. Tenía la cita reservada desde hacía semanas y ha estado a punto de anularla varias veces. Las pocas ganas que le han quedado tras lo sucedido con Isabel casi la convencen de hacerlo, pero su hermana insistió en que no lo cancelara y en acompañarla, y ella ha acabado pensando que quizá le haría bien salir de casa.

Aunque no alberga ninguna duda respecto al paso que va a dar con Alvar, no puede evitar sentirse ridícula entre tanta gasa, organza y seda. Ella habría preferido una boda más sencilla e íntima —quizá en el campo o en la playa, con pocos invitados y menos florituras—, pero la familia de su prometido es muy tradicional, así que ha acabado cediendo. Ha preferido evitarle el enfrentamiento con sus padres, que ya están bastante disgustados con él por no haberles presentado todavía a la mujer con la que ha decidido compartir su vida.

Según le confesó Alvar durante uno de los paseos que ambos acostumbran a dar por la playa, su madre habría preferido un largo noviazgo. Uno de esos en los que da tiempo a conocer bien a la otra familia antes de hablar de boda. Por lo que conoce al inspector —y por las cosas que le ha contado sobre su pasado—, no le parece el tipo de hombre que necesite la aprobación paterna para tomar sus decisiones. Aun así, le gustaría llevarse bien con su familia política, de modo que no puede evitar sentirse algo nerviosa.

Vuelve a mirarse en el espejo y suspira. No termina de convencerle ese despliegue de tejidos pomposos que nada tienen que ver con su estilo.

—Yo creo que te queda genial. Estás muy guapa —dice Isabel—. Pero, si te soy sincera, me gustaba más el primero. Para mí, es el mejor de todos.

Susana y Claudia coinciden.

El vestido al que se refieren es un diseño de corte princesa firmado por Haníbal Laguna, con mangas largas y escote barco de encaje. La falda de seda remata en una larga cola. A ella también le parece espectacular, y más acorde con su forma de ser, pero lo había descartado por el precio.

—Lo sé, a mí también me gusta más, pero es carísimo —admite Aura.

—¿Y eso qué importa? —se extraña Isabel—. Es mi regalo. Y sabes que no voy a escatimar.

—Me sabe mal, pero tiene razón —interviene Susana—. Estabas impresionante.

Aura vuelve al probador y empieza a desvestirse. Solo lleva un par de horas probándose modelos, pero está cansada y tiene ganas de irse. No quiere convertirse en una de esas novias que pasan meses eligiendo el vestido. Quizá tengan razón y debería escoger el primero que se ha probado. Sabe que para su hermana el dinero no es un problema, pero no quiere que se exceda. Además, también se ha ofrecido a hacerse cargo de los gastos del restaurante, las flores y las alianzas.

Termina de ponerse su ropa y sale del probador.

—Ya está decidido: me quedo con el primero —anuncia con una sonrisa sincera, la primera en toda la tarde.

Su hermana y sus amigas aplauden.

Mientras Isabel termina de gestionar los pormenores del encargo, ella se despide de sus amigas. Es Nochevieja y las dos tienen planes. Ella, en cambio, ha preferido quedarse con su hermana.

Cuando todo está listo, ambas se despiden amablemente de las dependientas —agradeciéndoles que las hayan atendido en una fecha tan señalada— y salen de la tienda.

Fuera ya ha oscurecido. Hace un tiempo realmente malo, con un viento gélido que no invita a pasear por la ciudad. Desde la calle

Gerona, donde se concentran la mayoría de las tiendas de novia de Alicante, caminan hasta la Rambla para dirigirse a una cafetería que se ha puesto de moda en los últimos años.

Se trata de un local de dos plantas dedicado al café de especialidad, en un ambiente industrial-artístico, relajado y acogedor. Al llegar, suben a la primera planta y eligen una mesita con un par de cómodas butacas. Piden un té chai —el más solicitado del establecimiento— y un pedazo de tarta de manzana para compartir.

Aura observa a su hermana mientras se quita la bufanda. Hay algo en su expresión, en la forma en que evita mirarla a los ojos, que la pone en alerta.

—¿Cómo estás? —pregunta en cuanto el camarero deja el pedido sobre la mesa.

Isabel mantiene la vista fija en su taza, removiendo una y otra vez el líquido con la cucharita.

—No muy bien —confiesa al fin.

—¿Ha pasado algo más? ¿Tengo que preocuparme?

—No… Es solo que el otro día, cuando viniste a casa a comer, antes de que yo… ya sabes… No fui del todo sincera. No es que tuviera dudas de que Marcos estuviese con otra: es que lo sabía.

Aura se endereza ligeramente en la silla. Isabel se lleva la taza a los labios antes de continuar.

—Hace un mes fui a Valencia. Quería comprar unas cuantas cosas para los niños y allí hay un par de tiendas de ropa que me gustan. Tus sobrinos llevaban tiempo pidiéndome ir a pasar la noche a casa de un amigo y, como me llevo bien con su madre, le pedí que ese día también los recogiera del cole. Le dije a Marcos que seguramente llegaría tarde y que no me esperase despierto. Pero a mediodía empecé con una de mis migrañas, así que decidí adelantar la vuelta.

Hace una pausa para coger un pañuelo de papel.

—Cuando llegué a casa me sorprendió que el coche estuviera aparcado fuera porque, incluso los viernes, él no acostumbra a llegar antes de las siete. Entré, subí a mi habitación… y lo encontré en la cama con su secretaria.

Aura permanece en silencio. No se atreve a interrumpirla.

—Ya ves que es una historia bastante manida —se lamenta Isabel, desviando la mirada hacia la ventana—. La típica historia que ves en las películas y piensas que a ti nunca te pasará.

No sabe qué decir. Lo primero que se le ocurre es llamar a su cuñado y preguntarle por qué coño le ha hecho eso a su hermana y, de paso, responsabilizarlo de todo lo que ha pasado. Pero con eso no arreglaría nada, así que decide guardar silencio y dejar que su hermana termine de desahogarse.

—¿No vas a decirme nada? —Isabel alza la vista de golpe.

—Es que… no sé muy bien qué decirte, la verdad. Solo que lo siento muchísimo. Nunca habría imaginado que Marcos pudiera hacerte algo así.

—Para que veas…

—¿Por qué no me llamaste? ¿Qué hiciste cuando los encontraste?

—Ni te lo imaginas. —Isabel esboza una media sonrisa—. Los saludé y, con calma, les dije que les daba una hora para que se vistieran y se marcharan, que no quería verlos allí cuando volviera. Cogí el coche y me fui a ese pub que hay cerca de la playa al que solíamos ir tú y yo antes de casarme. Sabes cuál te digo, ¿no?

—Sí.

—Pues a ese. Pedí un whisky y compré un paquete de tabaco. Después salí fuera y me lo fumé entero, un cigarro tras otro. No sé qué cara tendría, porque uno de los camareros me dijo: «Tiene que haberte pasado algo muy fuerte, porque solo te veo beber, fumar como si no hubiera un mañana y mirar la hora en el móvil». En fin —suspira—, cuando pasó la hora, volví a casa y ya no estaban.

—Pero… ¿habéis hablado después?

Isabel suelta una carcajada que a Aura casi aterra más que verla llorar.

—Sí. Me dijo que quería estar con las dos. A la vez. Para ver si terminaba de decidirse.

—¡¿Cómo?!

—Eso dijo. Pero ahora, desde lo que pasó, quiere estar conmigo y que lo perdone. Supongo que lo dice por lo que he hecho... Y no quiero que nadie esté conmigo por pena.

Aura la mira con reprobación.

—Escucha —añade Isabel, como si se anticipara a las palabras de su hermana—, no te preocupes. Ahora estoy mejor. Ya sé que debería habértelo contado, pero no quería amargarte el anuncio de tu compromiso, ni ponerte más nerviosa de lo que estás últimamente. Además, estaba viendo a una psicóloga...

—¿La misma que te dio el antidepresivo con el que intentaste…?

Isabel aparta la mirada.

—Estaba tan mal que busqué ayuda profesional —se defiende, con la voz a punto de quebrarse—. No te voy a engañar, al principio estaba muy reticente, pero empecé a verla dos veces a la semana y no me iba mal. Acepté las pastillas porque no podía dormir ni dejar de llorar. Ella me ayudó. ¡Cómo iba yo a saber todo eso! Tenía un método muy novedoso, importado de otro sitio…

—¿Tenía? —se extraña Aura.

—Sí —Isabel cambia la expresión—. Es la mujer que han encontrado asesinada.

Aura se queda de piedra. Al ver que no reacciona, su hermana continúa:

—He escuchado en las noticias todas las cosas que hizo a esos chicos, pero conmigo siempre fue correcta. Te lo juro.

—Puede que con esos abusos los incitara al suicidio —condena Aura con dureza—. Y puede que también lo hiciera contigo. ¿No te das cuenta? Incluso te dio las pastillas. ¿Eres consciente de lo grave que es esto? ¿Por qué no has ido a la policía?

—Lo he hecho —replica muy seria—. He ido a comisaría antes de venir. En cualquier caso, que te quede claro que la decisión de quitarme la vida no fue más que mía.

—Está bien —Aura suaviza el tono—. ¿Has pensado qué vas a hacer ahora?

—Divorciarme, por supuesto. Eso es lo único que ahora mismo tengo claro.

Aura le coge la mano y le promete que va a ayudarla en todo lo que necesite. Le ofrece quedarse en su casa, cuidar a los niños o lo que haga falta, pero Isabel rechaza la oferta con suavidad. Le asegura que tiene que enfrentarse sola a esa situación.

Pasan el resto de la tarde hablando sobre cosas insignificantes, como si necesitaran un respiro tras tanta sinceridad. Cuando uno de los camareros se acerca a su mesa para avisarles de que están a punto de cerrar, Aura paga la cuenta y salen del local.

Mientras observa a su hermana alejarse en el coche, no puede evitar preguntarse si está haciendo bien en casarse. Si puede romperse uno de los matrimonios más sólidos que conocía, ¿merece la pena arriesgarse?

Se responde a sí misma al entrar en casa y ver a Alvar preparando la cena. Al oírla, él se gira y le sonríe. Comprende entonces que, como le prometió la primera noche que pasaron juntos, él nunca la dejará en la estacada.

Sí.

Merece la pena.

24

—¡Ni de coña te vas ahora! ¿Eres consciente de la cantidad de recursos que hemos invertido ya en esta investigación? Y no tenéis nada. ¡Ni un solo sospechoso!

Alvar está a punto de perder los nervios. Lleva más de media hora encerrado en el despacho de Urriaga escuchando despotricar a su jefe.

—Mira, David —replica el inspector cruzándose de brazos—. Me conoces y sabes que no he venido a pedirte permiso. Creo que esa mujer puede tener información importante.

—Pues yo creo que es otra loca con ganas de protagonismo.

—Si lo pensara, no iría hasta Londres. Como tú bien dices, estamos estancados. ¿Cómo vas a explicar a tus superiores que teníamos información y no la aprovechamos? Sabes que habrá más muertes. Esto es una carrera contrarreloj y me estás haciendo perder el tiempo.

Urriaga mira a su subordinado con expresión desafiante. Al ver que no se amilana, termina cediendo, como casi siempre.

—Está bien. Tienes dos días. Ni uno más. Y más vale que traigas algo.

—Perfecto. —Alvar se pone en pie—. Mi vuelo sale dentro de cuatro horas.

Nada más salir de la comisaría, llama a su compañero para ponerlo al corriente.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Arques nada más descolgar.

—En su línea, pero bien. ¿Y vosotros? ¿Alguna novedad?

—Pues estaba a punto de llamarte. Por fin tenemos algo de suerte. Han encontrado una huella no identificada en la consulta de Silvia Esteve.

—No me jodas… ¿Cómo se le escapó a Científica?

—Ha sido Holloway. Recordó que en la escena del crimen hacía mucho frío y pensó que quizá alguien había manipulado el termostato.

Alvar sonríe para sí.

—Bien por Holloway. ¿Qué dicen los de Criminalística?

—Desgraciadamente, los sistemas de identificación dactilar no han arrojado ningún resultado. Pero ya tenemos algo. Y esto no es todo: hemos vuelto a hablar con los vecinos y uno jura que vio un vehículo extraño dando vueltas alrededor de la manzana. Un Honda Civic azul. Ya estamos revisando las cámaras de tráfico.

—Sí que son buenas noticias. ¿Sabemos algo de la hermana de Pilar Ampuero?

—Gisbert irá a hacerle una visita. Los demás estamos revisando los testimonios y citando de nuevo a los testigos, por si se nos escapó algo.

—Bien. Mantenedme informado.

Media hora después, Alvar detiene su coche frente a la dirección facilitada por Jesús Cantó, el experto en literatura italiana. Aún tiene unas horas libres antes de que salga su vuelo y le gustaría aclarar algunas dudas sobre Dante y la simbología hallada en los escenarios, consciente de que, pese a las pruebas nuevas, entender su obra es quizá la forma más rápida de encontrar a su asesino. Agradece que, en plenas fiestas navideñas, el catedrático haya querido volver a atenderlo.

La urbanización queda muy cerca del campus y está formada por varias viviendas adosadas desde las que se puede ir a pie hasta la universidad.

Alvar baja del coche y se ajusta el cuello del abrigo. Un viento desagradable agita las palmeras y arremolina hojas en el suelo. Localiza el número y llama al timbre. El profesor no tarda en abrirle. Como la última vez, va vestido de manera impecable: pantalón beige, camisa y chaleco de punto.

—Gracias por recibirme —saluda el inspector, estrechándole la mano—. Entiendo que son malas fechas…

—No se preocupe —responde el docente, restándole importancia con un gesto—. Adelante.

La vivienda no es grande. Desde el recibidor, Alvar alcanza a ver la cocina, el salón y un pequeño dormitorio. Unas escaleras conducen a la planta superior.

Cantó lo conduce al salón y lo invita a sentarse mientras desaparece en la cocina. La estancia está llena de estanterías con decenas de libros. Apenas hay decoración, solo algunas fotografías enmarcadas. Alvar se fija en una de ellas: es un recorte de periódico en el que el académico aparece impartiendo una clase frente a varios alumnos. El experto regresa y lo descubre mirando.

—Son unas jornadas sobre literatura que organizamos todos los años aquí, en la universidad. Viene gente de todo tipo. La verdad es que tienen bastante éxito. Si algún día se anima…

Alvar toma asiento y el profesor lo hace frente a él, depositando sobre la mesa una bandeja con café, azúcar y un plato con dulces.

—Son peladillas. Están hechas de almendra y son muy típicas de esta zona. He pensado que querría probarlas; por su acento diría que no es de aquí.

—Así es —confirma Alvar. No se había dado cuenta de que su acento seguía siendo tan evidente—. Nací en San Sebastián.

—Dígame, inspector, está aquí por lo del asesino de Dante, ¿verdad? Lo he escuchado en las noticias. Últimamente parece que no se habla de otra cosa.

Alvar busca en su teléfono las imágenes de las tarjetas con los números.

—Esto estaba en el escenario de los tres crímenes. Es lo único que todavía no se ha filtrado a la prensa. Le ruego discreción.

El docente asiente con frialdad, como si la advertencia le hubiera ofendido en cierto modo.

—¿Puedo tomar notas? —pregunta con cautela.

Ante el gesto afirmativo, Cantó apunta las cifras en una hoja de papel.

—¿Le dicen algo?

El profesor se toma unos minutos antes de responder.

—Sí y no, inspector. Si seguimos la lógica de Dante, habría que buscar el significado de esos números dentro de su obra. En el primer caso, el 12 y el 48 podrían corresponder al canto y al verso.

La divina comedia se divide en cien cantos. Verá, el canto duodécimo del Infierno se sitúa en el primer giro del séptimo círculo, sobre el río Flegetone. Es el lugar donde se castiga a los violentos contra el prójimo. Dante estructura su infierno en nueve círculos y en cada uno se castiga un pecado. El séptimo, el que parece interesarle a su asesino, está destinado a la violencia y se divide, a su vez, en tres anillos: violentos contra el prójimo, contra uno mismo y contra Dios y la naturaleza. A cada uno le corresponde un castigo diferente: el río de sangre, el bosque de los suicidas y el desierto de arena ardiente, respectivamente.

Cantó abre un ejemplar de la obra, localiza el pasaje y lo lee en voz alta:

—«Mas mira el valle, pues que se aproxima aquel río sangriento, en el cual hierve aquel que con violencia al otro daña». Esto corresponde al canto doce, verso cuarenta y ocho.

—Estaba en la habitación de la segunda víctima, Alberto Fernández Gandía —murmura Alvar.

—El asesino de Pilar Ampuero…

—Presunto —corrige el inspector—. Como ya sabe, lo encontramos dentro de la bañera. Le inyectaron pintura en la sangre.

—¿Había pintura en la bañera? ¿De qué color?

—Rojo.

—Los violentos contra el prójimo eran castigados sumergidos en el río de sangre —murmura Cantó mientras continúa buscando—. El 3 y el 9… «Dejad, los que aquí entráis, toda esperanza».

—Esos números aparecieron entre los artículos de aseo de Miguel Bornay.

Alvar se inclina sobre el ejemplar abierto y localiza el último grupo de cifras, el encontrado en casa de Silvia Esteve.

—Canto 12, versos 103 y 105: «Gente vi sumergida hasta las cejas…».

—Los números no son el mensaje, inspector —concluye Cantó—. Indican el lugar exacto donde hay que buscar dentro de la obra. Parece que la persona a la que buscan está recreando los castigos

del Infierno de Dante. ¿Sabe qué es el *contrapaso*, inspector? Quiere decir que el castigo refleja simbólicamente el pecado.

Alvar consulta el reloj y comprende que debe marcharse. Se despide del profesor, que lo acompaña a la calle. Al pasar junto al coche, el experto se fija en la maleta del asiento trasero.

—¿Se va de viaje, inspector?

—Voy a pasar un par de días en Escocia con mi novia —miente.

—Pues abríguese bien. He oído que los inviernos allí son muy duros.

25

El barrio del Garbinet es una tranquila zona residencial de Alicante elegida por muchas familias por sus buenas comunicaciones y sus múltiples servicios.

Un ambiente quizá demasiado apacible e impersonal para el inspector Gisbert, más acostumbrado al ajetreo del centro de Alcoy. Al menos eso piensa mientras camina en dirección al domicilio de Rocío Ampuero, la hermana de Pilar, asesinada junto a sus dos hijos presuntamente a manos de su exmarido, Alberto Fernández Gandía. Hace un rato ha podido hablar con ella, que le ha facilitado la dirección y le ha asegurado que lo esperaría en casa.

Localiza el portal y, cuando está a punto de tocar el timbre, una señora sale empujando un carro de la compra con paso apresurado. El inspector le sostiene la puerta y aprovecha para entrar. Sube hasta el quinto piso y llama al 5.º A.

La mujer que le abre debe de rondar los cuarenta años. Es alta y delgada, rozando lo extremo. Tiene el pelo largo, oscuro y espeso, recogido en una coleta. Viste una falda larga de lana verde y un jersey negro de cuello vuelto. Tras las presentaciones, Rocío lo invita a pasar. El inspector la sigue por un estrecho pasillo hasta un pequeño comedor donde, sentado en el sofá, hay un hombre bastante mayor al que ella presenta como su marido. Tras darle la mano, el hombre le pide que se siente en una de las butacas. La mujer desaparece un momento y vuelve con café y unas pastas. Después se sienta junto a su esposo.

—Antes de nada —comienza Gisbert—, gracias por volver a atendernos. Preferiría, si no es mucha molestia, hablar con usted a solas.

El hombre tuerce el gesto, pero, ante la mirada de su mujer, se levanta y sale del salón sin molestarse en disimular su mala gana.

—Usted dirá, inspector —dice ella con sequedad en cuanto se quedan solos.

Gisbert no se anda con preámbulos.

—Como sabe, estamos investigando varios asesinatos cometidos en la zona. El de su excuñado es uno de ellos.

—Lo sé. Ya hablé con la policía en su momento. Pero no entiendo qué tenemos nosotros que ver con la muerte de ese desgraciado. Como si no nos hubiera hecho bastante daño ya.

—Bueno, entenderá que tengamos que venir a verla. Usted es una de las personas que podrían estar interesadas en verlo muerto.

—¿Qué está insinuando? —se enciende ella, irguiéndose en su asiento.

—Nada —trata de apaciguarla Gisbert, levantando las manos—. Lo único que digo es que su testimonio puede ser de gran ayuda en esta investigación. Por lo que veo, usted nunca ha puesto en duda que Alberto fuera el asesino de su hermana y sus sobrinos.

—Por supuesto que no. Y usted tampoco debería. Se ha reído de todos nosotros. Y nuestro sistema judicial lo permite. Mire, tiene razón en una cosa: no me entristece que haya muerto, pero le aseguro que ni mi familia ni yo hemos tenido nada que ver. Y le advierto que no voy a permitir que nadie venga aquí a acusarnos.

El inspector le concede unos minutos antes de hablar. Aprovecha para apurar su café.

—No estoy aquí para juzgarla. Solo me gustaría que me hablara un poco de su hermana, de cómo era y de cómo fueron los últimos meses de su matrimonio.

La rabia de la mujer deja paso a un gesto de profunda tristeza.

—Pilar era una persona alegre y vital. Los niños se parecían a ella, gracias a Dios. Siempre hemos estado muy unidas. Nos lo contábamos todo. O eso creía yo, porque esto no me lo contó. —Rocío se detiene un instante. Da la impresión de que está haciendo un gran esfuerzo por no echarse a llorar—. Yo habría podido ayudarla. Pero ella nunca me habló del comportamiento violento de Alberto ni tampoco intuí que tuviera miedo. De puertas para fuera, eran un matrimonio ejemplar. Ese hijo de puta nos engañó bien. Ojalá se pudra bajo tierra.

—¿Sabe de alguien que quisiera verlo muerto?

Ahora la tristeza se transforma en una risa amarga.

—Todo el mundo, inspector. Todo el mundo.

La mujer se incorpora y desaparece en dirección al pasillo para regresar unos instantes después con una caja de zapatos.

—Aquí guardo todas las fotos que tengo de mi hermana y de sus hijos. Las que tenía ella en su casa, las de su despacho… Algunas son de cuando estudiaba. Es todo cuanto puedo ofrecerle. Puede llevárselas, pero, por favor, haga una copia y devuélvamelas. No me gustaría que se perdieran. Es una de las pocas cosas que me quedan de ellos.

—¿Te ha contado algo interesante?

Gisbert deja el abrigo en la sala de reuniones de la comisaría de Alcoy y va a prepararse un café ante la atenta mirada del inspector Holloway. Necesita la cafeína. Ha madrugado para bajar a Alicante y ya no sabe cuántos kilómetros le ha hecho al coche en los últimos días.

—Me ha dado esto —responde con un suspiro mientras deja sobre la mesa la caja con las fotografías.

—¿Y esto?

El veterano se encoge de hombros.

—¿Se sabe algo del vehículo?

—Poca cosa. Efectivamente, las cámaras de tráfico lo sitúan en las horas próximas a la muerte de Silvia Esteve, pero no hay forma de ver la matrícula; tiene los números parcialmente borrados. Estamos tratando de averiguar el año de fabricación a partir del modelo, para ver si así conseguimos acotar la búsqueda, pero…

—¿Qué hay del registro de llamadas y de las cuentas bancarias?

—Aún es pronto —responde Holloway tras consultar el reloj—. Quizá al final de la tarde o mañana a primera hora tengamos algo.

Gisbert hace un gesto de hastío.

—¿Ha llegado el comecocos?

—Lo tenemos abajo. Está cabreado porque aún no le hemos devuelto el pasaporte.

—Pues que no se ponga chulito si no quiere pasarse la noche en el calabozo.

Los inspectores se dirigen a la sala de interrogatorios, donde les espera Mario Fuentes, el viudo de Silvia Esteve. Al verlos entrar, el psiquiatra levanta la cabeza. Es joven y viste de manera informal. No parece precisamente recién afeitado y tiene ojeras marcadas. Al veterano le da la impresión de que es la primera vez que sale de casa desde el asesinato de su esposa.

—Buenas tardes. Soy el inspector Gisbert y este es mi compañero, el inspector Holloway.

—¿Van a explicarme ya qué hago aquí? ¿Estoy detenido?

Por el tono que emplea, a los inspectores les parece más cabreado que preocupado.

—No. Cálmese, por favor —pide Holloway—. Solo le hemos hecho venir para hacerle unas preguntas.

—Ya hablé con la policía —responde el hombre secamente, cruzándose de brazos.

—Nos consta —corta Gisbert—. Pero, si le hemos hecho volver, es porque aún nos quedan cosas por averiguar.

—¿Como qué?

—Pues, por ejemplo, si Silvia le había hablado de amistades nuevas o de alguna afición distinta en los últimos meses.

Mario se encoge de hombros.

—Haga memoria, por favor —le urge el veterano—. Su testimonio puede ser útil para atrapar a la persona que le ha hecho eso a Silvia.

—¿Y qué importancia tiene eso ahora? Ya han visto las cosas que les hizo a esos chavales. Quizá hasta sea mejor así… —Se corrige de inmediato mientras empieza a derrumbarse—. Yo… no quería decir esto, me refiero a que...

—Tranquilo —interviene Holloway—. Sabemos qué quiere decir. ¿Hay algo que usted recuerde? Lo que sea.

—Bueno —balbucea al fin, frotándose las sienes—. Lo único que se me ocurre es lo del club de lectura. Creo que iba una vez al mes. Hacían el rollo ese de la lectura compartida. Ya sabe, proponían un libro y luego quedaban para comentarlo. Lo mencionó alguna vez, pero de pasada. Es lo único que puedo contarles.

Londres.

Otoño de 1997

Tom observa a la chica llorar en silencio, sentada en un banco del campus. No es la primera vez. Y no parece que vaya a ser la última. Hace unos días se acercó, le preguntó qué le pasaba y se ofreció a ayudarla, pero ella le dijo que no podía hacer nada y que era mejor que se mantuviera al margen.

Preocupado, decidió seguirla.

Hoy ha podido confirmar sus sospechas.

Ben es un nombre que le sigue pareciendo extraño, ajeno. Excepto por el cambio de identidad, la vida en Londres no le ha resultado tan mal como pensó en un principio. Hace años que vive allí, desde que su madre se quitó la vida. Después de eso llegaron las casas de acogida. Familias nuevas. Maletas siempre medio deshechas. Hasta que un matrimonio se ofreció a adoptarlo. Tom agradeció la oportunidad, consciente de lo difícil que era lograrlo a su edad. Es una buena familia que siempre lo ha tratado con respeto y cariño, como al hijo biológico que no pudieron tener. Gracias a ellos fue a un buen colegio y pudo ingresar en una prestigiosa universidad. Aprendió rápido cuál era su cometido: sacar buenas notas, no meterse en líos y no dar motivos para que la gente hiciera preguntas.

Atrás quedaron las noches de insomnio, los duermevelas en los que se despertaba gritando. Sus padres no hicieron preguntas; respetaron sus tiempos. Las horas de terapia dieron sus frutos y ahora lleva una vida casi normal. Una cosa no ha cambiado: odia a su padre y jamás lo perdonará por lo que le hizo, sobre todo por lo que le hizo a Ishbel. No hay día que no la recuerde ni noche que no se pregunte qué habría sido de ella. La imagina viviendo allí, con él, con sus padres adoptivos. Un futuro distinto para la

única persona que lo quiso de verdad en su infancia. El único recuerdo bueno de su niñez.

Continúa mirando a su compañera. Ella ya ha dejado de llorar, pero sigue con la mirada perdida en el mismo punto, sin saberse observada. Hace tiempo que Tom sospecha que existe algún tipo de relación entre el docente y ella. Es muy atractivo, eso tiene que concedérselo. Además, es simpático y accesible, y tiene un aire elegante y distinguido. Llegó el semestre pasado para sustituir a otra profesora e impartir una de las asignaturas de la carrera. Desde el principio, encandiló a las alumnas. Una nube de estudiantes lo escoltaba en cada descanso y las colas frente a su despacho durante las horas de tutoría eran interminables. Él se movía con desparpajo, conocedor del efecto que podía causar en las mujeres, y en el campus se sucedían los rumores sobre su vida amorosa. Decían que en todos los centros en los que había trabajado había tenido relaciones tanto con estudiantes como con profesoras.

Sin embargo, Tom percibe algo innoble en el tutor, algo oscuro. Una oscuridad que solo se puede atisbar si uno está muy pendiente. Una perfección que no termina de encajar con el resto. Por eso hoy ha seguido a su compañera hasta su despacho. El hombre la ha hecho pasar deprisa y ha cerrado la puerta con llave. Él se ha quedado fuera, esperándola. A esas horas, ese pasillo está poco concurrido; quizá por ello haya decidido citarse allí con ella. Tom ha escuchado parloteo entre risas y, después, silencio. Un silencio que se alarga demasiado. Luego, el sonido de un par de golpes secos lo ha hecho esconderse detrás de las escaleras.

Y entonces la ha escuchado salir llorando y, mientras ella bajaba por la escalera, ha podido ver cómo se bajaba la falda.

Tom la observa con la mandíbula apretada.

La chica guarda el sándwich, que apenas ha probado, en su bolso y se levanta. Debería volver a clase, pero toma la dirección contraria. Cuando pasa a su altura, él la detiene.

—Claire, ¿no vas a clase? —pregunta él.

Silencio por respuesta.

—Oye, ¿te encuentras bien?

Ella continúa sin responder hasta que él la obliga a detenerse sujetándola del brazo.

—Suéltame, Ben —replica ella intentando zafarse—. Ya te he dicho muchas veces que estoy bien y que no te metas.

—Dime —insiste él—, ¿en qué no debo meterme?

Ella lo mira, desafiante.

—¿En serio lo preguntas? ¿Acaso no has estado siguiéndome? ¿Creías que no me había dado cuenta?

—No era mi intención, Claire —se excusa él, avergonzado—. Es que estás muy rara últimamente. Solo quería saber si estabas bien. ¿Qué te ha hecho?

Ella cambia de expresión. Si antes se la veía angustiada, ahora parece un témpano de hielo.

—Te lo volveré a repetir, Ben: no te metas.

—Deberías denunciarlo…

Ella ignora el comentario y vuelve a ponerse en camino, apretando el paso, dejándolo con la palabra en la boca. Entonces él, haciendo caso omiso de la orden de Claire, decide enfrentarse al profesor.

Cuando llega al despacho, la puerta está entornada, así que entra sin llamar. Lo encuentra sentado a su mesa, leyendo tranquilamente el periódico.

—Deberías llamar a la puerta. Es una cuestión de educación —dice al verlo entrar.

—¿Qué le has hecho a Claire? —pregunta él sin poder disimular su ira —. La he visto salir de aquí llorando.

—Ha suspendido el examen —responde el profesor con indiferencia—. ¿Puedo saber qué quieres? Te recuerdo que estás en el despacho de un docente y que puedo abrirte un expediente por faltarme al respeto. Así que, por favor, márchate.

Tom está a punto de hacerlo. Se dice a sí mismo que su compañera tiene razón, que es ella quien debe denunciarlo, que es mejor que no se meta.

Da un paso atrás.

Luego otro.

Pero entonces se despierta algo en su interior, algo que todavía no sabe describir. Nota cómo se tensan todos los músculos de su cuerpo. Y entonces cede al deseo irrefrenable de abalanzarse sobre él. El golpe resuena en el despacho. El profesor, sorprendido por el arrebato de su

alumno, trata de quitárselo de encima y acaba devolviéndole el golpe. En cuestión de segundos, los dos están enfrascados en una espiral de violencia. Durante unos minutos resuena el ruido de sillas arrastradas, golpes y respiraciones entrecortadas hasta que, un último golpe, el de gracia, es el que estrella la nuca del profesor contra el pico de la mesa.

El silencio se instala en el despacho.

El cuerpo se desploma, rendido.

No es el hecho de haber presenciado la muerte de otro ser humano —después de lo de su hermana— lo que lo aterra. Lo que lo estremece es algo mucho peor.

Una sensación de profunda calma.

El hecho de no haber querido detenerse.

La siniestra certeza de encontrarse, por fin, frente a la justicia.

26

—El paciente ya está en quirófano.

Aura, al teléfono, le hace un gesto a su compañera Elena para que le conceda unos minutos más. Habla con Alvar, que está a punto de coger el vuelo a Londres para continuar con la investigación. Se despide, cuelga y entra en quirófano.

El paciente ya está sentado en la mesa quirúrgica, preparado para que ella le administre la anestesia raquídea. Tras lavarse las manos minuciosamente, se coloca los guantes y prepara la medicación. Después se sienta en un taburete detrás del paciente y comienza a aplicar la solución antiséptica en su espalda. Es entonces cuando siente la primera náusea. Termina la técnica como puede y, tras comprobar que el paciente está estable, sale corriendo del quirófano hacia el baño de los vestuarios. No consigue llegar. Acaba vomitando en medio del pasillo.

Un rato después, cuando ha conseguido que la sustituyan, Aura se recupera en uno de los sillones de la sala de descanso.

—¿Cómo estás? —pregunta Elena, que se ha escapado un momento del quirófano para verla.

—Un poco mejor. No sé qué me ha pasado. La otra noche me ocurrió lo mismo. Pensé que estaba incubando algo, pero no tengo fiebre ni nada.

—¿Y también estás muy cansada y tienes mucho sueño últimamente? —pregunta Elena con una sonrisa socarrona.

Aura la mira, desconcertada.

—Pues… ahora que lo dices… ¿Qué pasa?

—¿No estarás embarazada?

—No —responde ella al instante—. Imposible.

Pero no lo es. De hecho, ahora mismo y sin hacer demasiada memoria, recuerda un par de veces en las que Alvar y ella se dejaron llevar. No entiende cómo no ha podido darse cuenta antes. El estómago revuelto, los mareos, el cansancio…

La duda la golpea de pronto.

El corazón le da un vuelco solo de pensarlo y siente de nuevo el impulso de devolverlo todo, pese a estar segura de que no le queda nada en el estómago.

—¡Enhorabuena, Aura! —exclama Bea al ver el embrión en la ecografía vaginal.

Bea Vallejo estudió con ella en la facultad y siempre se han llevado muy bien. Hicieron juntas la residencia y ahora trabajan en el mismo hospital. Ha sido la primera persona en la que ha pensado nada más sospechar el embarazo. En cuanto Aura la llamó, su compañera le pidió que bajara a la consulta para verla.

—Así que va en serio… —murmura Aura.

—Pues claro. ¿No lo estás viendo? —Bea le señala el monitor con una sonrisa de oreja a oreja.

Aura vuelve a mirar la imagen borrosa. El corazón del pequeño embrión late a mil por hora y una sensación extraña, mezcla de terror y alegría a partes iguales, la invade.

—¿De cuánto estoy?

—Según la fecha de tu última regla, de diez semanas. Pero por las medidas… casi doce.

—¡¿Doce?! ¡Pero si eso es ya el segundo trimestre!¿Cómo no he podido darme cuenta antes?

—Es bastante común en mujeres con ciclos irregulares, como es tu caso —explica Bea—. No pasa nada. Lo único es que habrá que ponerse al día con las analíticas. Ahora te daré las citas. Pero la buena noticia —añade al ver su cara— es que, a estas alturas, el riesgo de aborto disminuye mucho.

A Aura le sorprende el alivio que le provocan esas palabras. La verdad es que el embarazo no entraba en sus planes, pero, al pensar en esa vida creciendo dentro de ella, no puede evitar esbozar una sonrisa.

Contárselo a Alvar es otra cuestión. No sabe cómo se lo tomará. No llevan ni un año juntos y, aunque no duda de que él la quiere, sabe que todo ha sucedido muy deprisa y teme que no lo encaje bien.

Se viste, recoge los papeles con las citas y se despide de Bea con la promesa de volver a verla en un par de semanas para confirmar que todo marcha como debe.

Cuando, un rato después, entra en el vestuario del bloque quirúrgico, se tropieza con Elena.

—¿Qué?

No necesita respuesta. Al ver la expresión de Aura, su compañera la abraza.

—No te preocupes, todo irá bien —le susurra—. Esto es una alegría, ya lo verás. Corre a contárselo a tu inspector.

Ella guarda silencio. Claro que le gustaría llamarlo y compartir su ansiedad. Pero él está en medio de una investigación y decirle algo así lo alteraría. No le parece el momento adecuado. Además, no quiere darle la noticia por teléfono sino mirándolo a los ojos.

Decide entonces que guardará el secreto hasta que todo termine. Y con ese pensamiento regresa a quirófano para terminar su jornada.

Entra, recibe el relevo de su compañera y se sienta junto al monitor. Los cirujanos trabajan mientras charlan animadamente.

Todo parece igual.

Pero ya nada lo es.

27

—«*Buenas tardes, señoras y señores, les habla el comandante del vuelo Iberia Skies siete cuatro dos con destino a Londres. En unos minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Heathrow. Son las siete de la tarde, hora local. El cielo está despejado y la temperatura exterior es de dos grados centígrados, por lo que les recomiendo tener los abrigos a mano en el momento de desembarcar. En nombre de la tripulación, queremos agradecerles que hayan elegido nuestra compañía para volar en estas fechas tan señaladas. Esperamos que disfruten de su estancia en Londres».*

La voz del piloto y las turbulencias despiertan a Alvar. El estrés y la falta de sueño de las últimas horas han hecho que se quedara dormido nada más despegar. Consulta su reloj: el vuelo tomará tierra quince minutos antes de lo previsto. Mira por la ventanilla y contempla la vista aérea. Es noche cerrada y la ciudad brilla con las luces de Navidad, aún encendidas. Es una estampa bonita. Si no fuera por el motivo del viaje.

Recoge el equipaje de mano, se abrocha el cinturón y se prepara para el aterrizaje.

Media hora después, el inspector toma un taxi a la salida del aeropuerto. Da las indicaciones al conductor y se recuesta en su asiento. Observa Londres tras el cristal. Y deja escapar una sonrisa. No puede evitar sentir cierta nostalgia al volver a recorrer sus calles con la mirada. Entonces era un joven impulsivo y obstinado, alguien convencido de que iba a comerse el mundo. Eligió Londres, como podría haber elegido cualquier otro destino, únicamente para escapar de unos padres demasiado controladores y, gracias a la herencia de su abuelo, pudo alquilar un piso en Oxford Street, una de las mejores zonas de la capital británica. Estuvo allí menos de un año, pero recuerda esos meses con cariño: trabajaba de noche como camarero, dormía por las mañanas y tenía mucho tiempo libre por las tardes. Perfeccionó su inglés hasta hablar casi como un nativo e hizo buenos amigos. Se pregunta si tendrá ocasión de llamar a James, con quien aún mantiene el contacto, antes de regresar.

El taxi avanza con lentitud debido al tráfico. Tras cruzar el Támesis, el vehículo se desvía hacia una zona residencial hasta detenerse frente a su hotel, el Kew Richmond, un alojamiento de cuatro estrellas con un pub tradicional en la planta baja.

Paga, baja del coche y entra en el hotel. Una vez se ha registrado, sube a su habitación y se da una ducha rápida. Son las ocho. Tarde para cualquier británico. Piensa que quizá debería descansar y posponer la visita para el día siguiente, pero el tiempo apremia y necesita hablar con la mujer que le contactó por teléfono y que insistió en que tenía información importante sobre el caso. La dirección queda a unas calles del hotel. Si se da prisa, puede estar allí antes de las nueve.

Richmond upon Thames es una zona residencial de calles arboladas y vistas al río. El inspector entra en Chaucer Avenue y se detiene frente a la casa indicada. No tardan en abrirle la puerta.

—Buenas noches. ¿Es usted la señora Whitman? —pregunta en un perfecto inglés.

La anciana debe de rondar los noventa años, pero mantiene un aspecto cuidado. Lleva el pelo corto, teñido de un rubio casi platino, y unas gafas de montura fina. El rostro, surcado de arrugas, está plagado de pecas. Viste un pantalón de lana gris y un jersey de cuello vuelto.

Ella asiente.

—Soy el inspector Javier Alvar. Hablamos por teléfono.

—Pase, inspector. Le estaba esperando.

Él la sigue por el pasillo. Pese a su edad, se mueve con agilidad, de forma grácil, como si en otro tiempo hubiese sido bailarina. Cuando llegan a la sala de estar, ella le pide que tome asiento en una butaca. Es una estancia pequeña, decorada al más puro estilo inglés, con moqueta y muebles tapizados con motivos florales. Frente al sofá hay un único mueble con la televisión. Alvar se fija en que no hay ni una sola fotografía. La mujer le ofrece una taza de té, que él agradece, y se acomoda en la otra butaca.

—Una casa preciosa. ¿Vive usted sola?

—No. Mi marido y yo. Hoy ha preferido quedar con su hermano. Le pido que le disculpe; es una de esas personas a las que no les

gusta airear las intimidades del hogar.

El policía asiente mientras bebe un sorbo de su taza.

—Decía que tenía información relevante para el caso...

—Así es. Verá, inspector, escuché en las noticias que van tras el asesino de Dante. —Le clava la mirada—. La prensa lo ha bautizado así, ¿verdad?

Alvar exhala un leve suspiro.

—Supongo. Aunque se imaginará que no todo lo que dicen es cierto, sobre todo en estos tiempos. Hoy en día circulan demasiadas noticias falsas. Internet y las redes...

—Me hago cargo —lo corta ella—. Pero hubo un detalle que me llamó la atención. Me refiero al dibujo que aparece en los escenarios del crimen: los nueve círculos entrelazados.

El inspector deja la taza de nuevo sobre la mesita y se inclina hacia delante.

—Antes de nada, debe entender que esto no es fácil para mí —añade la anciana mientras juguetea nerviosa con su alianza—. Ni para mi marido.

—Lo comprendo. Lo que hablemos no saldrá de aquí. Tiene mi palabra.

La mujer respira aliviada, pero se toma unos minutos antes de hablar.

—Hace cuarenta años, las cosas eran muy diferentes —comienza, con la mirada fija en el suelo—. Eran tiempos difíciles para las parejas que no podían tener hijos. Había tratamientos, claro, pero eran muy caros y no tuvimos suerte. Después de años intentándolo, tiré la toalla. Me resigné a que nunca sería madre. Después caí en una depresión. Fueron años muy duros. Mi marido, desesperado por verme mejor, decidió acudir a una agencia de adopción.

Alvar escucha el relato sin terminar de comprender la relación con el caso. Empieza a pensar que quizá Urriaga tenía razón y se ha precipitado al venir a Londres.

—Supongo que se estará preguntando qué tiene que ver esto con su investigación —se anticipa la anciana, leyéndole el pensamiento—. No se impaciente. Verá como todo guarda relación.

—Hace una pausa—. En fin, como le iba diciendo, fue una época difícil para los que no podíamos concebir, así que, puede imaginarse la alegría que sentimos cuando, solo unos meses después de registrarnos, nos llamaron de la agencia. Un niño de doce años se había quedado sin familia y nos lo ofrecieron. En ese momento, si le digo la verdad, yo ni siquiera me planteé un «no». Deseaba tanto ser madre...

La mujer se levanta y camina hasta la ventana. Fuera ha comenzado a llover. Dando la espalda al inspector y con la mirada fija en el jardín, continúa su relato:

—Ni siquiera quise saber qué le había sucedido. Por supuesto, luego me enteré. El pobre niño había perdido a su madre de manera trágica hacía pocos meses. Ella... —se vuelve hacia el inspector con el rostro ensombrecido— se había suicidado delante de él. Pero no piense que era un niño problemático. Al contrario, era maravilloso. Estaba traumatizado, lógicamente, pero era educado y buen estudiante. Nos lo puso fácil desde el primer día.

—Me está hablando de su hijo, entonces... —deduce Alvar.

—Sí —confirma la mujer con una sonrisa triste—. Ben. Él es el motivo por el que le he llamado. Ya le he dicho que era un niño muy bueno y un estudiante ejemplar. Sacaba muy buenas notas y, cuando terminó el instituto, entró en Medicina en el Imperial College London. Estábamos tan orgullosos…

El policía empieza a impacientarse. Es tarde y teme que la anciana esté divagando o, peor aún, que no se encuentre en plenas facultades mentales.

—Lamento interrumpirla, señora Whitman —apunta con el mayor tacto posible—, pero sigo sin comprender qué tiene todo esto que ver conmigo.

Ella se yergue en su butaca, molesta.

—Lo siento, inspector. Tiene usted razón. Le he llamado porque temo que Ben pueda estar implicado en esos asesinatos.

Al ver la reacción de Alvar, hace una pausa antes de explicarse:

—Él… empezó a cambiar. Todo comenzó a raíz de un suceso en la universidad. Un profesor apareció muerto en su despacho, en la

facultad. Dijeron que se había golpeado accidentalmente la cabeza contra el pico de una mesa al caer.

—¿Tuvo algo que ver su hijo en todo eso?

—No que supiéramos, pero, a partir de entonces, su comportamiento cambió por completo. Se encerraba durante horas en su habitación. Apenas salía y, las pocas veces que lo hacía, volvía ebrio o drogado. Dejó de hablar con nosotros. Mi marido y yo estábamos muy preocupados. Un día, un amigo suyo vino a casa aprovechando que Ben no estaba. Nos confesó que lo había visto salir del despacho del profesor el día del «accidente» y nos pidió que no le habláramos a Ben de su visita. Cuando regresó, tratamos de sacarle algo, pero él se puso muy violento.

La anciana guarda silencio unos segundos, como si necesitara el permiso del inspector para continuar. Él no dice nada.

—Unos meses más tarde, tuvo lugar otro suceso. Una noche llegó de madrugada y con la ropa manchada de sangre. Dijo que se había metido en una pelea para defender a una amiga y que no nos preocupáramos.

—¿No acudieron a la policía? —se extraña el inspector.

—Por supuesto que no —replica ella, tajante—. ¿Por qué habríamos de hacerlo? Solo había sido una pelea. No le dimos más importancia. Sin embargo, a los pocos días nos enteramos de que había muerto un chico de su universidad. En aquel momento… —titubea— no quisimos indagar.

—Pero ahora sí lo han hecho…

—Sí. —Baja la mirada, avergonzada—. No ahora. Hace años, cuando empezamos a ver esos dibujos.

—Los círculos… —murmura Alvar.

Ella asiente, se levanta y sale de la sala. Unos instantes después regresa con una libreta que tiende al inspector con las manos temblorosas.

—Eso es lo que hacía mientras estaba encerrado en su habitación.

El policía hojea el cuaderno. En cada una de las páginas, el mismo dibujo de los nueve círculos entrelazados.

—Joder —masculla.

Levanta la vista y ve cómo las lágrimas han empezado a rodar por las mejillas de la anciana.

—Dígame, señora Whitman… ¿dónde está su hijo ahora?

—Le aseguro que no lo sé —alcanza a decir con un hilo de voz, completamente agotada—. Hace años que se marchó de esta casa sin dejar rastro. No hemos vuelto a saber de él.

28

—¿Podéis prestar atención un momento, por favor?

El subinspector Arques intenta captar la atención de sus compañeros. Son las once y media de la noche y el ritmo de la investigación está empezando a pasar factura al equipo. Durante la ausencia de Alvar, él y Gisbert han asumido el mando. Máiquez y Fernández, volcados en la ardua tarea de revisar testimonios en busca de cualquier pista fiable, apenas han visto a sus familias desde que todo empezó, y Holloway lleva horas reproduciendo en bucle las imágenes del vehículo sospechoso, con la esperanza de encontrar algo. Están agotados, pero nadie se queja. Saben que la llamada de su jefe desde el Reino Unido retrasará su regreso a casa al menos un par de horas más. Todos presienten que están cerca de encontrar la pista que necesitan, pero necesitan darse prisa: todavía no tienen nada sólido y el asesino no tardará en volver a matar.

A pesar de la hora y de las vacaciones de Navidad, la comisaría de Alcoy sigue registrando bastante movimiento. Además del equipo encargado del caso, los agentes de guardia y varios oficiales continúan atendiendo denuncias, atestados y llamadas.

—Acabo de hablar con Alvar —continúa Arques—. Dice que, si sus sospechas son ciertas, el asesino podría tener nacionalidad británica. La mujer con la que se ha reunido en Londres cree que su hijo podría estar relacionado con el caso. Según ella, hace años comenzó a comportarse de manera extraña, se vio implicado en varios episodios violentos y pasó meses dibujando los círculos entrelazados que han aparecido en los tres crímenes. Lleva desaparecido desde 1998. Ahora debería tener unos cuarenta y cinco años.

—Bueno, al menos habrá fotografías —murmura Gisbert.

—Pocas —responde el subinspector—. Los padres, adoptivos por cierto, no eran muy aficionados a la fotografía. Alvar dice que hay un par en las que se le ve algo mejor la cara, pero están bastante deterioradas.

—O sea, que seguimos igual —interviene Máiquez.

—Bueno, tenemos el registro de llamadas de Silvia Esteve —apunta Holloway—. Hay un número que seguimos sin poder identificar. Y estoy con lo del Honda Civic azul. Resulta que, después de revisar de nuevo las grabaciones con lupa, el mismo vehículo ha aparecido cerca de la fábrica de Miguel Bornay y del domicilio de Gandía.

—Sin matrícula visible —se lamenta Fernández.

—No tardaremos en identificar el vehículo —lo anima el veterano —. Y, cuando demos con él, tendremos una dirección.

—Muy seguro estás tú… —desconfía Máiquez.

Gisbert no puede disimular la crispación.

—En cualquier caso —media Arques—, Alvar me enviará las fotografías en cuanto pueda. Las distribuiremos por las comisarías y hablaremos con nuestros contactos fuera de España.

Uno de los oficiales golpea tímidamente la puerta con los nudillos. Lleva una bandeja llena de cafés en vasos de cartón que deposita sobre la mesa. El aroma provoca la reacción inmediata de los agentes, que se lanzan sobre las bebidas humeantes, con la esperanza de que estas les ayuden a afrontar las horas que todavía les quedan por delante.

—Cristina —pide Arques volviéndose hacia ella—, ¿tienes los movimientos bancarios de Silvia Esteve?

—Han llegado hace un rato, pero no he dicho nada porque no he encontrado nada sospechoso. Aparte de los recibos domiciliados, casi todos los cargos corresponden a restaurantes, supermercados, gasolineras y alguna tienda de ropa. Ni una multa. Vamos, una santita. Excepto por las actividades que llevaba a cabo en su consulta, claro… —añade con desprecio.

—¿Y el marido? —pregunta Gisbert.

—He revisado las dos cuentas a su nombre y están limpias.

La agente hace una pausa para consultar sus notas y añade:

—También ha llegado el análisis de la pintura encontrada en la bañera donde asesinaron a Gandía y en el tanque donde apareció Bornay.

—¡Joder! Ya era hora… —se enciende Gisbert.

—Se lo han tomado con calma, sí. Y no os digo las veces que he tenido que llamar para reclamarlo. Con las fiestas no se han dado mucha prisa. De todos modos, tampoco ha salido nada útil. A ver… —Baja de nuevo la vista al informe—. La pintura hallada en la bañera es de una marca muy conocida. Imposible rastrearla. Y el tinte del tanque, lo mismo. Era el que usaban en la fábrica.

Un agente entra apresuradamente en la sala.

—Inspector Gisbert. Tiene que venir ahora mismo. Hay un hombre que quiere denunciar la desaparición de su hija. Está muy alterado.

A Mauro Medina jamás se le habría pasado por la cabeza que un día acabaría sentado en la sala de declaraciones de la comisaría de Alcoy para denunciar la desaparición de su hija.

Gisbert entra en la sala y lo observa mientras toma asiento frente a él. El hombre, de unos cincuenta años, lleva un chándal oscuro y un grueso anorak. Tiene los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza oculta entre las manos. Cuando alza la vista, deja al descubierto unos ojos hinchados y enrojecidos.

—Buenas noches, señor Medina. Soy el inspector Gisbert. Cuénteme qué ha ocurrido.

—Mi hija… —balbucea entre sollozos, sin apartar la mirada de la mesa—. Ha desaparecido. Tienen que encontrarla.

—Tranquilícese, por favor. ¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Esta tarde, sobre las seis. Había quedado con unas amigas para ir al cine, aquí, en el centro comercial, y no ha vuelto a casa. Su madre está de viaje y yo estoy solo...

—Señor Medina —informa Gisbert con cautela—, para hablar de desaparición…

—Usted no lo entiende —lo interrumpe el hombre alzando la voz —. Ella nunca llega tarde. Nunca. Hace más de dos horas que debería haber llegado. He llamado a sus amigas y no saben nada. Dicen que se despidieron de ella a la altura de la glorieta.

—Lo comprendo —responde Gisbert, suavizando el tono—, pero entienda que no lleva ni dos horas desaparecida. Quizá se haya

entretenido con alguien. ¿Algún chico, quizá?

El hombre niega con la cabeza, apesadumbrado.

—Sigue sin comprenderlo —repite con la voz quebrada—. Sé que la tiene él.

—¿Quién?

—El asesino de Dante.

Un suspiro contenido pone de manifiesto la frustración del inspector. Se imaginaba que esto acabaría ocurriendo después de que la prensa llevara días filtrando detalles de la investigación.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Porque es un justiciero, ¿no? Eso han dicho en las noticias. Que mata a la gente que ha hecho cosas malas. Que los castiga.

—¿Acaso ha hecho su hija algo malo? —se extraña el policía.

El hombre, que ha permanecido casi toda la conversación con la mirada fija en la mesa, levanta por fin la vista y lo mira con una mezcla de culpa y miedo.

—Eso creo, inspector —dice con amargura—. De alguna manera estuvo relacionada con la muerte de una compañera de clase.

Siena, Italia

Primavera de 2002

Tom cierra el libro, se levanta y paga el café. Está a punto de empezar una de sus clases favoritas y prefiere llegar pronto para asegurarse un buen sitio en primera fila. Acceder a la Facultad de Letras y Filosofía no le costó más que un par de exámenes y algunas entrevistas. Haber cursado dos años de Medicina en Londres le abrió las puertas de una de las universidades más prestigiosas de Italia. Siena, esa joya medieval de la Toscana, resultó ser el refugio perfecto para un joven intelectual como él.

Sale de la cafetería y contempla la Piazza del Campo. A esa hora de la tarde, con el sol de primavera acariciando los ladrillos, le parece más hermosa que nunca. Decenas de estudiantes descansan en el suelo, tomando el sol o repasando apuntes. Saluda a varios al pasar. Ninguno conoce su verdadero nombre. No lo llaman Tom, por supuesto. Tampoco Ben. Tuvo que cambiar de identidad, de nuevo. Después del incidente.

Ni siquiera pudo despedirse de sus padres adoptivos. Se marchó una mañana diciendo que se iba de viaje con unos amigos y nunca regresó a Londres. No podía. No quería arriesgarse a que lo descubrieran. Nunca quiso hacer daño a unas personas que lo habían tratado como a un hijo, pero ellos jamás lo habrían entendido. Aquel chico se lo merecía. Igual que el profesor. Aunque aquello había sido diferente. Un accidente.

Pero lo del chico no. Una noche en la que Tom había salido a tomar unas cervezas con sus compañeros, vio a un hombre forcejeando con una chica en un callejón. Al saberse descubierto, el agresor echó a correr y dejó a la joven tirada en el suelo. Cuando Tom llegó hasta ella, apenas podía moverse. Después de hablar con la chica, se dedicó a buscarlo. Durante semanas preguntó, investigó y siguió cualquier pista que pudiera llevarlo hasta él, hasta que por fin lo encontró. Aún recuerda con satisfacción el

momento en que le hizo pagar. Y se sintió, por segunda vez en su vida, como un hombre con un verdadero propósito. Alguien destinado a hacer cumplir la ley divina.

Quizá empieza a parecerse a su padre. Quizá uno no puede desprenderse de lo que realmente es, de la sangre que corre por sus venas. Quizá su padre lo hizo todo por su bien. Quizá Ishbel simplemente nunca lo entendió.

Sin embargo, Tom no fue lo bastante cuidadoso. La policía no tardó en hacer preguntas y tuvo que desaparecer. Italia le pareció un buen lugar para empezar de cero. Ahora tiene un trabajo que le permite pagar el alquiler y su rendimiento académico es excelente. Nadie sospecha de él.

Cuando la clase termina, recoge sus cosas, se despide de sus compañeros y se apresura a coger uno de los autobuses naranjas que lo llevará hasta el barrio de San Miniato. El trayecto se le hace eterno.

Sube las escaleras con una calma que le sorprende. Nada más abrir la puerta del apartamento, un intenso olor metálico penetra en sus fosas nasales. Un aroma que ya reconoce y que le resulta agradable. El inconfundible olor de la sangre.

Quizá no debería haberlo hecho. Pero esa zorra merecía ser castigada. Durante meses ha abusado de una compañera con insultos, humillaciones y amenazas.

Ahora Tom la observa tumbada sobre la cama, atada de pies y manos. Indefensa. Con los ojos muy abiertos, le suplica en silencio. Y siente una agradable tibieza.

Se regodea en su sufrimiento.

Se repite una y otra vez que está haciendo lo correcto.

Que alguien tiene que hacerlo.

29

Alvar recorre las calles del barrio de Kensington siguiendo la única pista que la señora Whitman ha podido darle sobre el paradero de su hijo: el contacto de una antigua amiga. La anciana le anotó la dirección y le deseó suerte con el entusiasmo resignado de quien sabe de antemano que va a fracasar. El inspector se ajusta la capucha del anorak y aprieta el paso. El viento es helado y la lluvia fina, tan característica del Reino Unido, se le clava en el rostro como agujas. Ni siquiera sabe si logrará localizar a esa mujer; han pasado muchos años. Aun así, confía en que sus padres todavía vivan allí y puedan ponerlo en contacto con ella.

Vuelve a consultar la dirección en el móvil. Tiene que darse prisa si quiere coger el vuelo de esta tarde. Le urge reunirse con sus compañeros. Además, está deseando ver a Aura. Ella le ha dicho que no hace falta que pase a verla, que comprende lo complicada que es la situación, pero la ha notado rara. Sabe que no está atravesando un buen momento y desearía estar a su lado para apoyarla.

Se detiene frente al número indicado. Es una elegante casa adosada de dos plantas. Sube los escalones de la entrada y llama a la puerta. Tiene que insistir tres veces antes de que una mujer de unos cuarenta años, de tez pálida y cabello rubio y largo, le abra la puerta. Detrás de ella, un par de niños en edad escolar lo observan con curiosidad.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —pregunta mirándolo con desconfianza.

—Buenos días, me llamo Javier Alvar. Soy inspector de policía en España —se presenta mostrando su identificación—. Estoy buscando a Claire Collins. Según tengo entendido, vivía aquí con sus padres en el noventa y siete.

—Ya no vive aquí. ¿Por qué la busca?

—Lo lamento, pero eso tendría que hablarlo con ella. ¿Podría decirme dónde puedo encontrarla?

La mujer vacila un instante.

—Es mi hermana —revela al fin—. Las dos hemos venido a visitar a nuestros padres. Espere aquí. Voy a avisarla.

Al inspector le sorprende que no lo invite a pasar, sobre todo con el frío que hace. Desde luego, no es un comportamiento propio de una cultura que presume de su exquisita educación. A través de la puerta entreabierta asoman un par de cabecitas que desaparecen entre risas y cuchicheos. No tarda en salir otra mujer mientras termina de ponerse el abrigo. A diferencia de su hermana, Claire tiene la tez más morena y el pelo oscuro. Alvar calcula que tiene más o menos la misma edad.

—Buenos días. Mi hermana me ha dicho que quiere hablar conmigo.

Él se presenta de nuevo y le explica el motivo de su visita: averiguar el paradero de Ben Whitman.

—Sí, éramos muy amigos —responde ella, arqueando las cejas —, pero hace siglos de aquello, cuando estábamos en la universidad. Ambos estudiábamos Medicina. Debió de ser… finales de los noventa o principios de los dos mil. Luego, él se marchó y no lo he vuelto a ver.

—¿Tiene idea de adónde pudo ir?

—No, la verdad. Como le acabo de decir, perdimos el contacto. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Ha pasado algo?

—No, no se preocupe. Pero es importante que haga memoria. Sé que hace mucho tiempo, pero ¿recuerda si alguna vez mencionó algo? Aunque fuera de pasada.

Ella niega con un gesto.

—Me gustaría poder ayudarle, inspector, pero ya le he dicho todo lo que sé. Éramos muy buenos amigos, pero un día, sencillamente, desapareció.

Alvar se despide, frustrado por el tiempo perdido en Londres, y se marcha calle abajo. No ha caminado ni cinco minutos cuando escucha unos pasos acelerados tras de él. Es Claire.

—Inspector —dice ella, tratando de recuperar el aliento mientras saca algo del bolsillo—. No sé si esto puede servirle de ayuda, pero acabo de recordarlo.

Es una postal con el Coliseo romano fotografiado desde el aire. No tiene remitente ni ninguna anotación, salvo un escueto «Feliz cumpleaños» escrito a mano.

—La recibí por mi cumpleaños un par de años después de que él se marchara —explica Claire—. No puedo demostrarlo, pero siempre sospeché que fue Ben quien me la envió. Quizá se sentía culpable por no haberse despedido. ¿Sabe? Mi madre aún me riñe porque dice que lo guardo todo. Y ahora… espero que le sirva de ayuda.

Unos minutos después, ya en el taxi que lo lleva a su hotel, Alvar no puede apartar la vista de la postal. Roma. Por primera vez desde que llegó a Londres, siente que ha encontrado algo.

Marca el número del subinspector Arques.

—Envía un mensaje SIRENE —ordena en cuanto su compañero descuelga—. Necesito que la fotografía que os he enviado llegue a todas las patrullas de los *Carabinieri* cuanto antes. Puede que nuestro hombre se trasladara de Gran Bretaña a Italia. Y habla con Urriaga para que tramite una orden europea de investigación y contacte con nuestro agregado de Interior en la embajada. Si cometió algún delito allí, necesitamos saberlo. Quizá encontremos las respuestas que buscamos.

30

—No sabes cuánto me alegro por ti. Por los dos.

Aura juguetea con la bolsita de té mientras escucha a su hermana repetir esa frase una y otra vez como si fuera un mantra. No debería habérselo contado, pero estaba demasiado nerviosa y necesitaba hablar con alguien. Confía en que Alvar no se tome mal no haber sido el primero en enterarse. Aunque no debería, su reacción es precisamente lo que más le preocupa ahora mismo.

—Ya verás como se lo toma genial —augura Isabel como si adivinase sus preocupaciones—. Está súper enamorado de ti. Le vas a dar una alegría.

—No sé yo…

—Vas a contárselo en cuanto vuelva, ¿verdad?

Aura pone cara de circunstancias. Sigue pareciéndole una pésima idea darle la noticia ahora, cuando él está completamente absorbido por una investigación que no avanza, pero tampoco cree que pueda soportar el peso del secreto mucho más tiempo. Visitar a su hermana ha sido una buena idea. Sabía que hablar con ella la tranquilizaría. Además, hoy la encuentra extrañamente bien. Demasiado, quizá. Está animada, habla sin parar e incluso se ha arreglado. Teniendo en cuenta que ha pedido un tiempo a Marcos y que este ha aprovechado para llevarse a los niños unos días con sus padres, hay algo que no termina de encajar.

—¿Qué pasa? —pregunta Isabel con una sonrisa.

—Nada. Me gusta verte así.

Su hermana baja la mirada, ligeramente avergonzada.

—Quiero contarte una cosa —confiesa—, pero no me juzgues, por favor.

—Sabes que nunca lo haría. ¿Qué pasa? Me estás asustando.

—He conocido a alguien.

—¿Cuándo? —A Aura le cuesta ocultar su extrañeza.

—Lo conocí en el hospital, durante mi ingreso.

—Pero si hace solo unos días…

—Has dicho que no ibas a juzgarme —se defiende.

Aura no da crédito. No es que le parezca mal que su hermana se distraiga un poco, pero teme que todo lo ocurrido la haya empujado a los brazos del primero que se ha cruzado en su camino. Además de sospechar que la medicación administrada pueda estar desencadenando un episodio maníaco. Cuando hacía prácticas de psiquiatría, recuerda que una paciente con ese diagnóstico abandonó a su familia por un tío que había conocido por internet apenas una semana antes y al que había nombrado heredero de todos sus bienes.

—Lo sé. Te juro que no lo estoy haciendo. Es solo que me preocupo por ti.

—Y te lo agradezco, pero tienes que confiar en mí. Te aseguro que esto es bueno para mí. Es como una pequeña ilusión en medio de todo lo malo que me está pasando.

La serenidad con la que habla la tranquiliza. Comprende que necesite un nuevo apoyo para salir del bache y recomponerse. Un apoyo que vaya más allá de sus hijos. Quizá no sea tan malo. Así que prefiere no opinar más y mantenerse fiel a la promesa de no juzgarla.

—Yo siempre voy a apoyarte —Aura se acerca y la abraza—. ¿Sabes? —le susurra al oído—. Si mataras a alguien, te ayudaría a ocultar el cadáver.

Isabel suelta una carcajada.

—Pero entonces tendría a tu marido detrás de mí. Y créeme que no lo quiero como enemigo. Dicen que, como poli, es muy duro.

Mientras su hermana termina de arreglarse, Aura enciende la televisión. Las noticias sobre el «asesino de Dante», como lo ha bautizado la prensa, ocupan tanto los informativos como los programas de entretenimiento. Alvar casi no le cuenta nada de la investigación y ella no puede evitar estar preocupada, así que sube el volumen.

—«… *fuentes policiales aseguran que se está trabajando sin descanso para esclarecer las circunstancias que rodean unos crímenes que mantienen a la provincia de Alicante en alerta. Con el de Silvia Esteve ya son tres los asesinatos cometidos por el llamado*

asesino de Dante. Recordamos a los teleespectadores que en el registro del domicilio de Esteve fueron halladas varias grabaciones en las que la víctima presuntamente abusaba de sus pacientes, la mayoría, menores de edad. En el caso del empresario Miguel Bornay, este programa ha tenido acceso al testimonio de una mujer que asegura que el empresario manipuló a sus trabajadores para encubrir el incendio en la fábrica que se cobró varios heridos… »

*A*paga el televisor. Lo que acaba de escuchar le ha revuelto el estómago todavía más de lo que ya lo hace el embarazo.

Cuando Isabel está lista, le pide a su hermana que se pase un momento por la cafetería donde ha quedado con Rubén, el hombre al que está conociendo. Aura accede a regañadientes.

Conduce detrás de su hermana hasta el centro de Alicante. Deja el coche en el garaje y se dirige al local. Al llegar, la encuentra ya acompañada. Antes de entrar, los observa a través del cristal. Charlan animadamente, con los típicos gestos torpes y nerviosos de los que se conocen desde hace poco. Él es alto, atractivo y va bien vestido. En cierto modo, puede entender a su hermana. Mejor eso que quedarse en casa lamiéndose las heridas.

Entra y saluda. Ellos se levantan, nerviosos.

—Encantado de conocerte —saluda él con una sonrisa casi perfecta—, Isabel me ha hablado mucho de ti. ¿Qué quieres tomar?

Aura está a punto de preguntarle cuánto puede haberle contado su hermana de ella si acaban de conocerse, pero se calla. Preferiría marcharse a casa, pero los ojos de su hermana le suplican que se quede, así que pide una infusión y se sienta un rato con ellos. Hablan de cine, de las últimas novelas que han leído y de sus respectivos trabajos. Rubén les cuenta que es ingeniero informático en una empresa internacional y que llegó a Alicante hace unos años por motivos laborales, aunque nació y creció en un pequeño pueblo de Santander. En todo momento se muestra atento con Isabel. Tanto que parece medir cada gesto antes de hacerlo. Es amable, educado y culto.

Aura no tiene nada que objetar. Salvo que le parece demasiado pronto para que su hermana se ilusione.

Cuando considera que ha estado un tiempo prudencial, se despide con la excusa de que aún tiene que hacer la compra y quiere estar en casa cuando llegue Alvar.

Sale de la cafetería y se le ocurre que, como aún no es demasiado tarde, podría dar un paseo por la zona comercial. Hace tiempo que no lo hace. Antes, solía pasar tardes enteras en la avenida de Maisonnave, saltando de una tienda a otra hasta aburrirse.

De regreso, se detiene frente a varios escaparates de ropa infantil. Sus sentimientos respecto al embarazo oscilan constantemente entre el temor más genuino —por lo que vendrá, por sus dudas como madre y por el miedo, como médico, a que algo salga mal— y la ilusión que le provoca esa nueva etapa que, en el fondo, siempre supo que acabaría llegando. Se dice a sí misma que ha de ser valiente y afrontarlo, como siempre ha hecho con todas las dificultades que ha tenido que ir superando a lo largo de su vida.

Una vez en casa, se da una ducha y, antes de ponerse el pijama, se observa desnuda frente al espejo del vestidor con las manos sobre el vientre. Está tan delgada que ya distingue el pequeño bulto que en poco tiempo no podrá ocultar. Le preocupa el trabajo. No sabe cómo le dirá a su jefe que está embarazada y que tendrá que ausentarse durante la baja maternal. No hay anestesistas suficientes —o el hospital no quiere contratarlos—, lo que supondrá que sus compañeros tendrán que hacerse cargo de las guardias que ella no pueda cubrir. Angustiada y con la cabeza a mil por hora, se tumba en el sofá y pone una serie. Algo absurdo con lo que distraerse.

Está tan cansada que, en menos de cinco minutos, cae rendida.

31

El vuelo aterriza en el aeropuerto de Alicante a la hora prevista. Alvar espera junto a la cinta de equipajes. Aunque en el viaje de ida no había facturado ninguna maleta, antes de subir al avión compró unos peluches y dulces para los sobrinos de Aura y un perfume para ella. Una azafata que, por la forma en que se dirigía a los pasajeros en la puerta de embarque, no parecía estar teniendo un buen día, al verlo cargado con varias bolsas, lo obligó a facturarlas con la excusa de que ya no había espacio en la cabina.

Mientras el taxi avanza hacia la ciudad, llama a Arques. Su compañero lo pone al día sobre la desaparición de Lucía y le confirma que aún no tienen noticias de sus colegas italianos. Todo el dispositivo de búsqueda sigue desplegado desde la noche anterior y trabajan con varias líneas de investigación, pero todavía no hay ni rastro de la chica.

Han hablado con los padres —también con la madre, que voló desde Milán y tuvo que ser atendida por una crisis de ansiedad—, con sus amigos, profesores y vecinos. Además, han interrogado a cualquiera que pudiera haberse cruzado con ella en las horas previas a su desaparición, pero nadie ha visto ni oído nada. Su rastro se perdió en el lugar donde sus amigas aseguran haberla visto por última vez. Allí mismo encontraron el teléfono móvil, tirado en una papelera. Han registrado su dormitorio y revisado sus redes sociales. Pero nada.

Lleva veinticinco horas desaparecida y el inspector no puede evitar ponerse en lo peor. Como cualquier investigador, sabe que las primeras horas son cruciales. Si, como sostiene su padre, Lucía participó de alguna manera en el acoso escolar que llevó al suicidio de su compañera, eso podría convertirla en un blanco perfecto para el asesino. Era compañera de clase de Alba Sánchez, la adolescente de dieciséis años que se quitó la vida y cuyo expediente figuraba

entre los tres que Urriaga le entregó. Al parecer, Lucía y otras chicas se metían con ella. Aunque Alba no mencionó nada de ello en la nota que dejó a sus padres y nunca pudo demostrarse el acoso, todo apunta a que ese fue el detonante.

Intenta no pensar en dónde puede estar. O en qué puede estar haciéndole ese hijo de puta. La posibilidad de que siga viva y, aun así, lleguen demasiado tarde le resulta todavía peor.

El taxi se detiene frente al portal de su casa. Alvar entra rápidamente y sube al ático. El silencio al otro lado de la puerta le indica que Aura debe de haberse quedado dormida. Lo confirma al verla recostada en el sofá. Se acerca, la besa en la mejilla y la cubre con una manta. Le habría gustado encontrarla despierta. En realidad, solo ha pasado por casa para cambiarse y recoger el coche. Tiene que volver a la comisaría cuanto antes.

El ruido de la cafetera la despierta. Se asoma a la cocina, soñolienta.

—Hola, dormilona —le susurra mientras la rodea con los brazos —. No quería despertarte.

—No importa. ¿Ya te vas?

—Sí —admite él, aspirando el perfume de su cabello—. Solo me quedo un rato. ¿Has cenado?

Ella no responde. Se aparta despacio y se sienta en uno de los taburetes de la cocina.

—¿Qué pasa? —se interesa él—. Tienes mala cara. ¿Va todo bien?

«Es ahora o nunca», piensa Aura. «Arráncalo de golpe, como una tirita». Si no lo hace ahora, no sabe cuándo encontrará el momento.

—Me gustaría que habláramos antes de que te vayas —propone al fin—. Tengo que contarte algo.

Por la expresión de Aura, se teme lo peor. Por su mente desfilan toda clase de ideas. La gran mayoría malas. Tanto, que llega a pensar que, si ha elegido ese momento para abandonarlo, es una mujer egoísta, una cabrona sin corazón. Y se descubre odiándola antes incluso de que ella hable.

—Estoy embarazada —suelta ella a bocajarro—. De casi tres meses.

La noticia lo golpea con tal fuerza que se queda totalmente bloqueado. De todas las posibilidades que había barajado, esa es la que menos esperaba. Ser padre. No. Definitivamente no está preparado. No ahora. No se ve capaz.

—¿No vas a decir nada? —pregunta ella. La voz quebrada pone de manifiesto la tristeza que le causa la reacción de su novio.

Él permanece en silencio, inmóvil, con la mirada fija en ningún lugar.

Ni siquiera es capaz de reaccionar cuando la ve desaparecer por el pasillo y oye el portazo del dormitorio.

Cuando, tan solo unos minutos después, comprende la barbaridad que acaba de hacer, se acerca al dormitorio para disculparse, pero ella ya debe de haberse dormido, agotada de llorar. Apura otro café, recoge sus cosas y sale del apartamento sin hacer ruido.

El trayecto en coche se le hace más duro de lo normal. A medida que la carretera se adentra en la montaña, lo invade una sensación de absoluta derrota. Por la chica desaparecida a la que quizá no puedan salvar. Por las que vendrán después si no es capaz de detener a ese perturbado. Y también por no haber estado a la altura en uno de los momentos más importantes de su vida. Antes de marcharse, ha dejado una nota para Aura pidiéndole perdón. También le ha enviado varios mensajes con la esperanza de que los lea al despertarse y acceda a contestarle.

Cuando llega a la comisaría, el cielo de Alcoy deja caer pequeños copos de nieve. Varios policías, apoyados en la puerta mientras fuman, discuten sobre si cuajarán o no. Dentro, Arques y Gisbert dan instrucciones a los agentes que participan en las tareas de búsqueda. Al verlo llegar, el subinspector se acerca.

—¿Qué tal el vuelo?

—Puntual. ¿Alguna novedad? —pregunta Alvar mientras se dirige a la sala de reuniones. Arques lo sigue.

—Ninguna desde que hemos hablado.

—¿Han encontrado algo en casa de la chica? ¿En su habitación?

Arques se encoge de hombros.

—Que vuelvan a registrarla —ordena Alvar—. Tiene que haber algo. ¿Dónde están los demás?

—Al saber que venías, los he enviado a casa a descansar. Hemos decidido hacer turnos. Ahora nos quedamos tú, Gisbert y yo. Hemos suspendido las batidas de búsqueda, por la hora y por la nieve.

—No creo que cuaje —comenta el veterano al entrar—. ¿Tienes algo?

Alvar niega con la cabeza mientras se acerca a la pizarra donde el equipo ha anotado los últimos pasos. Está al tanto de todo, pero necesita ordenar toda esa información, verla por escrito. Se masajea las sienes para mitigar el dolor de la migraña, que ya comienza. Ha olvidado los analgésicos, así que tendrá que combatirla a base de café. Y ya ha perdido la cuenta de los que lleva en el cuerpo desde que se levantó. Pudo dormir en el avión, es cierto, pero sospecha que la noche será larga y no podrá enfrentarla con esa cefalea.

—¿Y del vehículo que vieron cerca de la consulta de la psicóloga?

—No ha habido suerte —admite Gisbert—. Me temo que, de momento, lo único que podemos hacer es rezar para encontrar a esa chica con vida. Mañana retomaremos la búsqueda.

Unos gritos interrumpen la conversación. Los tres policías siguen las voces hasta el *hall.* Mauro Medina, el padre de Lucía, grita y patalea mientras intenta zafarse de los agentes que tratan de contenerlo.

—¿Por qué han interrumpido la búsqueda? —brama—. ¿Lo harían si se tratase de sus hijas?

—Cálmese, señor Medina —dice Gisbert sin alterarse.

—¡Que me calme! ¿Cómo quiere que me calme si no sé dónde está mi hija y ustedes no están haciendo nada para encontrarla?

El hombre deja de forcejear, agotado, y comienza a sollozar.

—¿Y usted quién es? —pregunta dirigiéndose a Alvar cuando este se acerca.

—Soy el inspector Javier Alvar, al mando del operativo. Le aseguro, señor Medina, que estamos haciendo todo lo posible para

encontrar a su hija. Las condiciones climáticas y la falta de luz impiden continuar, pero tiene mi palabra de que reanudaremos la búsqueda en cuanto amanezca. Ahora —añade con suavidad—, lo mejor que puede hacer por su hija es ir a casa e intentar descansar. Si hay alguna novedad, le avisaremos de inmediato.

El hombre acaba asintiendo. El inspector se ausenta unos minutos para pedir a uno de los agentes que lo lleve a casa y regresa a la sala donde lo esperan los demás. Se sienta frente a ellos y apoya los codos en la mesa, extenuado. Le cuesta imaginar qué haría si estuviese en la piel de ese hombre, si fuera su hija la que hubiera desaparecido.

Y entonces estalla.

—¡No lo entiendo! Llevamos una semana aquí. ¡Una semana! ¡Y no tenemos nada! Ni una huella, ni un testigo, ni un sospechoso. ¡Qué cojones estamos haciendo! ¿Me lo podéis explicar? ¿Qué estamos pasando por alto?

Sus compañeros lo observan arrojar varias sillas contra el suelo mientras continúa despotricando. Ninguno de los dos intenta detenerlo. Saben que nada de lo que digan aplacará su rabia.

Empuja un par de mesas y golpea la pared antes de dejarse caer otra vez en la silla. Entonces se fija en una caja de zapatos apoyada sobre una estantería.

—¿Qué es eso?

—Se me había olvidado —comenta Gisbert como si no tuviera la menor importancia—. Me lo dio la hermana de Pilar Ampuero. Son fotografías. Ya las revisaré.

Alvar se levanta, coge la caja y la vuelca sobre la mesa. Las instantáneas quedan esparcidas, mezcladas con los informes que ya ocupaban la mesa. Pilar de niña, de adolescente, de estudiante. Con amigos, con sus hijos, en la universidad... Va cogiendo y soltando las fotos casi sin mirarlas hasta que una de ellas lo obliga a detenerse. Entre las instantáneas hay un recorte de periódico. En blanco y negro, muestra un grupo de alumnos reunidos alrededor de un profesor, que aparece de espaldas a la cámara. Una de las estudiantes es, sin duda, Pilar Ampuero.

—¿Qué es esto? —pregunta Alvar con la imagen en la mano.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —se defiende el veterano, molesto.

Alvar ignora la desgana de su compañero y continúa revisando las fotografías, volviendo la vista una y otra vez al recorte. Algo en esa imagen le resulta familiar. Está seguro de haberla visto antes, pero no es capaz de recordar dónde. Repasa mentalmente cada escenario. Cada documento. Cada paso de la investigación.

Entonces lo recuerda.

Baja de nuevo la vista hacia el recorte.

No se da cuenta de que sus dedos se han clavado tanto en el papel que están a punto de romperlo.

Alicante, España

Primavera de 2024

Muchas personas no creen en la casualidad. No comprenden que gran parte de su vida está condicionada por el azar; que el universo se rige por fuerzas que determinan que ciertas cosas sucedan de manera impredecible. Estas personas no saben qué es la fe. Creen en la ciencia por encima de todo y solo admiten aquello que puede verse, tocarse y cuantificarse.

Prefieren pensar que son dueños de su propio destino.

Tom nunca lo vio así.

Desde el fondo del aula, observa al pintoresco grupo: el azar ha hecho un buen trabajo. Las sillas han sido dispuestas en semicírculo y todos conversan animadamente, ajenos al destino que les aguarda.

Hace meses que el profesor organiza estas reuniones y se enorgullece de su éxito. Al departamento le encantó la idea. Por fin habían contratado a alguien con iniciativa. Para sus compañeros, aquella era la forma ideal de fomentar la lectura, de hacerla accesible a cualquiera, sin importar la edad o el nivel socioeconómico.

Lleva en España más de veinte años, seis de ellos en esta universidad. Atrás quedaron otros lugares y empleos. Mejor o peor remunerados. Más o menos reconocidos.

Cuando dejó Siena no tenía ni treinta años y aún le quedaba mucho que aprender, mucho que perfeccionar. Como tantas otras veces, tuvo que salir huyendo. No podía seguir allí; lo habrían atrapado. Lo que le hizo a aquella chica había sido necesario, pero nadie lo entendió. No estaban preparados.

Concluyó sus estudios en Salamanca, una buena universidad. Después consiguió empleo en un colegio privado como profesor de Lengua. Fueron años tranquilos en los que se esforzó por pasar desapercibido. Se integró y

aprendió a camuflar el acento. Conoció a una mujer. Trabajaba con él. Era inteligente, dulce, hermosa. Una excelente persona.

La tapadera perfecta.

Se casaron tras dos años de noviazgo. Durante un tiempo, creyó que ella podría salvarlo, que llenaría el vacío que siempre sintió. Le hizo imaginar una vida distinta.

Nada de eso ocurrió. Su destino ya estaba escrito.

Cambió de empleo porque no quería que ella controlara sus pasos. Y así consiguió llevar una doble vida. De cara a la galería era un buen profesor y un marido ejemplar. De puertas para adentro, trataba de reprimir sus impulsos.

Cinco años después de la boda llegó el diagnóstico: cáncer de pulmón. Ella, que nunca había fumado. Que practicaba ejercicio y comía sano. Ella, que siempre hizo el bien. Cuando le hicieron el estudio de extensión, tenía metástasis en hueso, en hígado, en cerebro. Intentaron la quimioterapia. Murió seis meses después en una cama de hospital, llena de tubos y con el gesto deformado por el dolor.

Durante el ingreso, se toparon con un oncólogo hastiado y negligente. No respondía a las llamadas cuando estaba de guardia, trataba mal a los pacientes y no les administraba las mejores terapias. En cierto modo, los dejaba morir. Le traían sin cuidado.

Tom lo observó todo.

Y volvió a ceder a sus impulsos.

Empezó a seguir al médico. Lo estudió durante semanas hasta que encontró la oportunidad.

Aún recuerda el miedo en sus ojos.

Hizo que pareciera un suicidio. Nadie lo cuestionó. Todos sabían que el hombre estaba quemado, harto de su trabajo. No hicieron preguntas. No investigaron.

Tom se mudó. Ya no había nada que lo atara a ese lugar, salvo el propósito de continuar.

Para cuando llegó a Alicante, nadie dudaba de su nacionalidad. Su acento escocés casi había desaparecido. Se integró entre vecinos y compañeros. Iba al cine, leía y hacía deporte con regularidad. Interpretó a la perfección el papel de viudo que ya no quería saber nada de mujeres. La soltería le brindaba muchas horas libres y pocas preguntas. Era respetado

entre alumnos y profesores. Aplicado, metódico y competitivo, no tardó en obtener la cátedra.

La idea de los talleres de lectura surgió casi por casualidad. Pero no quería crear un mero club. Aspiraba a algo más ambicioso. Quiso convertirlo en una propuesta verdaderamente atractiva. Lo publicitó con dinero de su bolsillo. Llevaba café, infusiones y dulces. Corrió la voz y las reuniones pronto tuvieron éxito. Incluso la prensa se interesó por entrevistarlo y hacer algunas fotografías. Durante las reuniones hablaban de literatura, de cine o de cómo las dos artes se influenciaban mutuamente. El aula se llenaba. No solo asistían estudiantes, sino también familiares y personas ajenas a la universidad.

Y entonces apareció Alberto Fernández Gandía.

El hombre capaz de asesinar a sangre fría a su mujer y a sus dos hijos solo porque ella había decidido divorciarse. Ese malnacido se presentó una tarde en el domicilio familiar con la excusa de ver a los niños y ultimar los detalles de la separación. Debió de interpretar el papel de su vida porque, según la autopsia, ni Pilar Ampuero ni los pequeños mostraban signos de defensa. Además, la cerradura no estaba forzada y la casa estaba perfectamente ordenada. Lo que sí reveló el examen forense fue el característico color cereza en la piel propio de la intoxicación por cianuro. Pilar lo ingirió en un café. Sus hijos, en una tableta de chocolate. Aunque había huellas suyas por toda la vivienda, en el juicio no pudieron demostrar su relación con el veneno. Gandía era abogado y conocía todos los recovecos de la ley. Junto a un colega elaboró una defensa brillante, propia de las mejores películas judiciales, y consiguió eludir la cárcel. Nadie dudó nunca de su culpabilidad. Ni la familia de Pilar, ni la opinión pública.

Ni Tom.

Cuando lo conoció, Gandía acababa de instalarse en Alcoy. No tardó ni diez minutos en decidir qué haría con él. Fue ahí cuando todo alcanzó una dimensión diferente. El anonimato dejó de parecerle importante. Comprendió que su obra debía trascender. Que el mundo debía entender. Y agradecer.

La sed de justicia se convirtió en una enfermedad, una obsesión que ocupaba cada pensamiento.

Volvió a pensar en su padre.

En los castigos.

Todo empezó a cobrar sentido.

El Cielo y el Infierno, como Dante los había concebido. Todo perfectamente ordenado. Cada pecado, un castigo. Cada falta, un lugar. El séptimo círculo, el de los violentos, dividido en tres: los que ejercen la violencia contra el prójimo, contra sí mismos, y contra Dios y la naturaleza.

Y, por encima de todo, el contrapaso. La relación perfecta entre el pecado y el castigo.

Antes de matarlo intentó hacerlo hablar. Lo golpeó una y otra vez. Pero Gandía no confesó. Ni siquiera cuando la pintura empezó a invadirle los pulmones. Lloró. Suplicó. Mintió hasta el final.

Él no necesitó una confesión. Vio la culpa en sus ojos.

Para quien aún no cree en el azar, ¿cómo explicar que, casi al mismo tiempo, coincidiera con Miguel Bornay en una de aquellas reuniones literarias?

Empresario corrupto.

Ni el primero ni el último.

Acudió acompañando a uno de sus hijos, alumno de la universidad. Tom tardó poco en averiguar quién era en realidad. Bornay ejercía un abuso constante sobre sus trabajadores, especialmente sobre las mujeres. Ya se había librado de un par de denuncias por agresión sexual gracias a la intimidación y las coacciones.

Hoy, sentado en el fondo del aula, Tom vuelve a sentirlo.

El impulso.

La observa hablar con otra mujer sentada a su derecha. Silvia Esteve, psicóloga. Una narcisista que acude a los talleres solo para exhibir su superioridad intelectual. Interrumpe constantemente al resto de alumnos. Siempre tiene un argumento mejor, uno más brillante. Al menos, eso es lo que ella cree.

A él no le gustó desde el principio. Quizá por intuición, quizá por experiencia, pero sospechó de ella desde el primer momento. La siguió durante semanas hasta que se cruzó con ese chico saliendo de su consulta. Intentó ayudarlo. Le dio una estampa de san Nicolás de Bari, patrón de los niños, para que lo protegiera.

Lamenta no haber podido salvarlo. Pero, en el fondo, piensa que el chico resultó ser un débil, un pobre de espíritu que prefirió lanzarse desde un balcón.

La reunión está a punto de terminar. El profesor da las recomendaciones literarias para la semana siguiente y agradece la asistencia.

Silvia recoge sus cosas y sale de la sala. Esa noche estará sola en su consulta. Él lo sabe porque la ha escuchado hablar antes, durante el descanso.

Silvia Esteve, mujer de ciencia.

Una mujer convencida de que controla su destino.

La observa alejarse mientras reprime una sonrisa.

Porque ha sido precisamente la casualidad la que acaba de marcar su destino, condenándola.

32

Alvar pisa a fondo el acelerador del coche mientras desciende por el Maigmó en dirección a Alicante. Detrás de él, al menos cuatro vehículos policiales lo siguen con las sirenas encendidas.

—Quiero a todas las unidades preparadas. El sospechoso podría estar dentro del domicilio. Os recuerdo que es muy peligroso y que seguramente vaya armado. Que no entre nadie hasta que lleguemos. Y quiero bloqueadas todas las salidas de la ciudad. Si ese cabrón trata de huir, que no lo haga por carretera.

Conduce en silencio, concentrado en llegar cuanto antes sin matarse por el camino. No puede creer que no haya sido capaz de verlo antes.

La fotografía. El taller de lectura.

Había acudido a él en busca de ayuda. La coartada perfecta: un experto en literatura italiana.

Ahora trata de recordar cuánta información le dio. Cuánto sabe ese hijo de puta sobre él. Cuánta ventaja les lleva.

—No podías saberlo —intenta consolarlo Arques, tratando de aliviar la tensión.

Alvar no contesta. Permanece con la mandíbula apretada. La mirada concentrada en la conducción.

Cuando llegan a la rotonda de San Vicente, varios coches policiales ya cortan el paso y detienen a los conductores de los vehículos sospechosos. La comitiva continúa hacia la universidad. Siguiendo sus órdenes, no hay presencia policial visible en las inmediaciones del domicilio del profesor.

El inspector detiene el coche a una distancia prudencial y se apea junto a su compañero. Holloway y Gisbert, tras ellos, hacen lo mismo. Los cuatro recorren los últimos metros hasta el adosado, ya rodeado por agentes que esperan instrucciones en silencio.

Alvar desenfunda el arma mientras se acerca a la vivienda. Él y Arques entrarán por delante; los alcoyanos cubrirán la parte trasera.

—Todas las unidades, prepárense.

Arques se acerca a una de las ventanas. No hay luz y no se oye nada.

No llaman. De una patada, revientan la puerta y entran empuñando sus armas.

—¡Policía!

Los miembros del operativo registran la casa habitación por habitación. Algunos suben directamente a la planta superior; otros permanecen en la planta baja. Fuera, varias patrullas ya interrogan a los vecinos puerta por puerta.

No tardan en comprobar que la vivienda está vacía.

Uno de los agentes baja las escaleras a toda prisa con algo en la mano.

—Hemos encontrado esto. Es para usted.

Alvar abre el sobre. Dentro hay un pendrive y una nota escueta dirigida a él. En menos de un minuto le traen un ordenador portátil con bloqueador de escritura, donde conecta el dispositivo. En su interior, un único archivo de vídeo. Alvar hace clic sobre él y un primer plano del profesor aparece de inmediato en la pantalla.

—Qué cojones…

—«*Hola, inspector. Lamento que tengamos que comunicarnos de este modo. Tengo que reconocer que empezaba a acostumbrarme a su grata compañía».*

*Jesús Cantó e*stá sentado ante una mesa de despacho, con las manos entrelazadas y el gesto serio. Habla con calma, con un discurso ensayado, mirando fijamente a cámara sin apenas parpadear.

—«*Si está viendo esto es porque ha conseguido unir algunas piezas. Aunque me temo que llega tarde. Si está ahora ahí, inspector, es porque yo así lo he querido».*

Alvar siente un escalofrío. Ha detenido a asesinos antes, pero nunca se había cruzado con uno como ese.

—«Pero no se ponga triste. Este no es el final. Al menos, para usted. Créame, solo acabamos de empezar».

El profesor hace una pausa. Chasquea la lengua mientras niega despacio con la cabeza.

—«*Sé que está buscando a una chica. No debe hacerlo aquí. Piense un poco. ¿O es demasiado pedir? Usted siempre se ha creído mejor que los demás. Le recomiendo que, por una vez, deje a un lado esa impulsividad que le caracteriza, ese… complejo de héroe, y trabaje en equipo. Quizá aún llegue a tiempo».*

Alvar detiene el vídeo de golpe.

—Aún está viva —murmura sin apartar la vista de la pantalla—. Llama a los padres de la chica —ordena a Arques—. Pregúntales por esas reuniones en la universidad. Despertad a las amigas si hace falta. Necesito saber todos los movimientos que hizo Lucía esta semana, ¿entendido? Y quiero ese ordenador en Informática ahora mismo. Lo revisaré personalmente.

El inspector reanuda el vídeo.

—«Tengo que admitir que esperaba un poco más de usted, inspector. Alguien con una carrera tan brillante, un experto en perfiles criminales, debería haberme descubierto antes, ¿no está de acuerdo?».

El catedrático sonríe.

—«Le dejé algunas pistas».

Hace una mueca de tristeza.

—«Imagino que su superior, el comisario Urriaga, estará decepcionado. Un hombre que ha depositado tanta confianza en usted. Que lo ha puesto al frente de esta investigación».

Alvar traga saliva.

—«*Oh, sí. Llevo tiempo observando a su superior. A usted también. Y a su familia».*

Holloway y Gisbert intercambian una mirada fugaz.

—«Tengo entendido que está a punto de casarse».

—Hijo de puta… —masculla Gisbert al ver cómo palidece su compañero.

—Enviad una patrulla a mi casa. Ahora —ordena mientras marca el número de Aura.

Sus compañeros observan en silencio cómo llama una vez tras otra.

—No responde.

—Son las tres de la mañana —trata de tranquilizarlo Arques—. Estará dormida. Ya hay dos patrullas en camino. No tardarán en llegar.

Pero las palabras de su compañero no logran calmarlo. Recuerda a Aura de pie en la cocina, conteniendo el llanto, diciéndole que espera un hijo suyo.

Y él marchándose de casa sin saber qué decir.

No podría haber escogido peor momento para joderlo todo.

Si le pasa algo…

No piensa perderla. Hará lo que haga falta para que lo perdone, para recuperar su confianza.

—¿Cuánto tiempo hace que se marchó de aquí? —oye preguntar a Gisbert detrás de él.

—Por el consumo eléctrico, diría que no más de un par de días —estima Holloway—. Le ha dado tiempo a salir del país.

—No —interviene Alvar—. Sigue aquí. Ya lo habéis oído. Aún no ha terminado. Quiere jugar con nosotros. Si Lucía estuviera muerta, no habría dejado el vídeo. Necesita estar cerca. Ver cómo trabajamos.

Se vuelve hacia el resto de agentes.

—Quiero saberlo todo de ese cabrón. Todo. Qué hace, dónde compra, cómo se desplaza, con quién se relaciona. Hasta lo que desayuna.

Todos asienten. Varios agentes abandonan el domicilio.

—Despertad a sus compañeros de trabajo, a sus vecinos, a cualquiera que haya tenido contacto con él en las últimas semanas.

Se gira de nuevo hacia el ordenador. El profesor lo mira desde la imagen congelada en la pantalla.

—Te voy a atrapar, hijo de puta.

33

El repiqueteo constante de la lluvia contra el tejado saca a Isabel del sueño en el que lleva sumida desde hace unas horas. Abre los ojos lentamente para acostumbrarse a la penumbra de la habitación. Consulta el reloj de su móvil, sobre la mesita de noche, y se sorprende al comprobar que aún son las cinco de la madrugada.

Desde que empezó a tomar la medicación, siente que cada vez necesita dormir menos horas. Los médicos le explicaron que el fármaco podía provocar ese efecto, pero que no se preocupara porque pronto recuperaría el ritmo normal.

Da unas cuantas vueltas en la cama para intentar volver a dormirse, pero siente la boca cada vez más seca, así que sale sin hacer ruido y baja a la cocina en busca de agua. Antes de dejar el dormitorio, dirige una mirada a la cama, que continúa ocupada por la única persona que ha logrado apartarla, aunque solo sea por unas horas, de todo lo que está viviendo.

Nunca pensó que se dejaría llevar de esa manera. Sin embargo, la perspectiva de pasar varios días lejos de sus hijos, sumada a todo lo ocurrido durante las últimas semanas, ha conseguido que le importe un poco menos el qué dirán.

Precisamente fue la improvisación lo que más le gustó. Estaban tomando un café, hablando de cosas banales, cuando él le propuso una pequeña escapada.

—Para que te distraigas y estos días sin tus hijos se te hagan más llevaderos —le sugirió él—. Sin compromiso. Como amigos.

Ella apenas necesitó unos segundos para aceptar. Rubén le atrajo desde la primera conversación. Es educado, amable y divertido, además de atractivo. Y, encima, la mima como nadie lo había hecho nunca.

No ha querido contárselo a nadie, ni siquiera a Aura. Sabe perfectamente que su hermana le habría dado una larga lista de razones para no marcharse con él. La primera: que no lo conoce. Y es cierto. Solo hace unos días que entró en su vida, pero siente que

ha conectado con él, que la escucha sin juzgarla. Ahora mismo, eso le basta.

Por primera vez en semanas, vuelve a sentirse esperanzada. Si algo bueno puede sacar de su ingreso hospitalario, es haberlo conocido.

La intimidad también ha resultado mucho más natural de lo que esperaba. Después de tantos años con el mismo hombre, acostumbrada a sus caricias y a su forma de moverse, temía sentirse insegura. Pero nada de eso. Con él se siente libre como no se había sentido nunca. Aun así, a ratos la asalta el remordimiento y no descarta acabar arrepintiéndose de una decisión tan impulsiva.

Recorre el pasillo descalza mientras se ajusta el cinturón de la bata y baja las escaleras. En la planta baja hace tiempo que la calefacción se apagó. El frío es tan intenso que puede ver el vaho de su respiración al exhalar.

La casa que han alquilado y el entorno que la rodea son preciosos. Conserva gran parte del encanto de las construcciones típicas de montaña, aunque el arquitecto que la reformó supo integrar elementos modernos sin romper el espíritu rústico de la vivienda. Todo resulta tan distinto de lo que ella conoce que no puede evitar sentirse fascinada. Pese a haber vivido siempre en Alicante, nunca había visitado esa zona, tan cercana a la ciudad y, al mismo tiempo, tan alejada de ella. Si él pretendía apartarla del ruido urbano, desde luego lo ha conseguido.

Como continúa completamente desvelada, coge una botella de agua mineral, el tabaco, se envuelve en una manta gruesa y sale a la terraza.

Fuera no se escucha nada, salvo el canto aislado de algunas aves, que rompe de vez en cuando el murmullo incesante de la lluvia sobre la vegetación. Enciende un cigarro y contempla la montaña, que empieza a perfilarse con las primeras luces del alba. Durante un instante fantasea con dejarlo todo e instalarse allí. Buscar un empleo. Empezar de cero. Pero sabe que es imposible. Nunca podría hacerles eso a sus hijos.

A pesar de la calma que siente, el frío la obliga a volver dentro en cuanto se consume el cigarro.

La casa continúa en silencio.

Regresa al dormitorio y se desliza bajo las mantas junto a su compañero. Él permanece inmóvil, aunque protesta de forma inconsciente cuando ella se acurruca a su lado.

Pasa casi una hora más descansando junto a ese hombre antes de que él abra los ojos.

Ignora que, en realidad, su acompañante lleva despierto mucho más tiempo que ella.

34

Ya está amaneciendo cuando Alvar detiene el coche frente a la comisaría de Alcoy. Tras abandonar el domicilio de Jesús Cantó y dar instrucciones a los agentes, acordó con Arques que este se quedaría en Alicante mientras él regresaba a Alcoy para coordinar las tareas de búsqueda. Antes de volver, ha pasado por casa. Necesitaba hablar con Aura antes de marcharse. Imaginaba el susto que debió de llevarse cuando dos agentes llamaron a su puerta a las tres de la madrugada.

Al verlo, ella se ha mostrado distante. Él ya no sabe si por las circunstancias o por el enfado. Se ha vuelto a disculpar y ella le ha pedido que esté tranquilo y que se ocupe de lo más importante en ese momento: encontrar a la chica con vida.

Holloway y Gisbert, que se le han adelantado y ya están reunidos con el resto del equipo, se han mostrado comprensivos. Especialmente el veterano, mucho menos hostil desde que sabe que Alvar está bajo amenaza. En ese momento, en el que cualquiera habría abandonado todo, el inspector supo mantener la frialdad que exigía la investigación. Gisbert pareció comprender de pronto por qué sus superiores lo habían puesto al frente del operativo. Le gustaría decirle que lo respeta, pero, como es demasiado orgulloso, prefiere guardar silencio.

Los copos de nieve que caían sobre el asfalto unas horas antes no han cuajado y han dado paso a una lluvia tan intensa como la de la noche del primer asesinato. Alvar se pone la capucha del anorak y sale del vehículo. Al atravesar las puertas de la comisaría, encuentra bastante ajetreo. Varios agentes organizan las batidas de búsqueda, que se reanudarán en cuanto la visibilidad lo permita. Se dirige a la sala de reuniones, donde Gisbert y Holloway analizan el ordenador de la chica, que ya han recuperado del departamento de informática. Cristina Máiquez y Manuel Fernández trazan sobre un mapa los últimos lugares donde fue vista Lucía.

—He hablado con los padres de la chica —comienza Máiquez en cuanto él toma asiento—. Como suponíamos, la madre asistía al taller de literatura de Jesús Cantó. Allí fue donde él la conoció. Me ha contado que su hija presuntamente había estado implicada en el acoso a Alba, cuyo suicidio probablemente estuvo motivado por esa situación. El profesor solía charlar con los participantes en los descansos con la excusa de intercambiar impresiones. Ese ha debido de ser su *modus operandi*.

—Y acaba de llamar el padre de una de sus amigas —añade Fernández—. Dice que su hija tiene información que podría ser de ayuda para localizarla. Está a punto de llegar.

—Yo hablaré con ella. ¿Algo interesante? —pregunta, señalando el portátil.

—Tiene varias carpetas de fotografías. Estamos revisándolas una por una —detalla Holloway.

—¿Y el vehículo?

—Nada —se lamenta Fernández—. Es como si se lo hubiese tragado la tierra.

Alvar suspira, agotado. Al igual que sus compañeros, lleva toda la noche levantado. Recuerda que no ha probado bocado desde la tarde anterior. Además, siente cómo la cefalea es cada vez más intensa. Necesita un café, pero no otro de máquina, así que propone a los demás ir al bar de al lado para desayunar y despejarse un poco. Al salir, se cruzan con voluntarios y curiosos.

—No sé si es buena idea que nos vean desayunando —murmura la agente al sentirse observada.

—Supongo que entenderán que tenemos que comer. ¿O no tenemos derecho? —replica Gisbert.

Entran en el local y buscan una mesa al fondo. Acaban de servirles unas tostadas y unos cafés cuando suena el teléfono de Alvar.

—Ha llegado la amiga —anuncia al colgar—. Vosotros quedaos y terminad. Voy a ver qué cuenta.

—Yo no quería mentir, pero ella me lo hizo jurar…

La chica tiene dieciséis años y seguramente más miedo que en toda su vida. Vestida con un chándal rosa de Minnie, parece todavía una niña. El padre, sentado a su lado, la mira con una mezcla de dureza y lástima.

—Tranquila, Ana —intenta calmarla el inspector—. Eso ahora no importa. No te lo tendremos en cuenta, pero cuéntame toda la verdad.

—Ya le he dicho todo lo que sé, se lo juro —solloza—. No dije nada porque pensé que estaría con él y no quise delatarla. Pero al ver que no volvía y no respondía a los mensajes…

—¿Qué pasó con Alba, la chica que se quitó la vida? El padre de Lucía dice que su hija se metía con ella.

Ana baja la mirada.

—Yo no tuve nada que ver —se defiende, mirando de reojo a su padre—. Es cierto que Lucía se metía con ella, pero no pueden culparla de lo que pasó. Alba ya estaba mal. Se burlaba de ella, vale, pero no la acosaba.

—Eso, Ana, es acoso —replica Alvar con dureza—. Pero hablemos de ese hombre. ¿Lo viste alguna vez?

El padre lanza una mirada fugaz a su hija.

—Una vez, de lejos…

—¿Es este? —le muestra una foto de Jesús Cantó.

Ella asiente y vuelve a echarse a llorar.

—Ana, ¿mencionó algún lugar? ¿Algún detalle? Lo que sea.

La chica guarda silencio durante unos instantes.

—No, lo siento. Sé que llevaban unas semanas viéndose, pero nunca dijo dónde. Él era muy bueno con ella. Siempre le traía cosas.

—¿No sospechabas nada? —estalla el padre—. ¡Si ese hombre os dobla la edad!

—Señor Quiles —interviene el inspector—. Deje que termine. —Se vuelve hacia la menor—. Dime, ¿qué le regalaba?

—Dulces. Peladillas, sobre todo.

Alvar recuerda que ese fue precisamente el dulce que probó en casa del profesor.

—¿Algo más?

La chica se encoge de hombros.

—¿La encontrarán?

Él miente y le asegura que sí. Aunque, por primera vez, empieza a pensar que quizá ya sea demasiado tarde.

—Arques dice que los vecinos de Cantó no saben nada. Tampoco sus compañeros de trabajo.

Alvar informa a su equipo de los escasos avances en Alicante.

—¿Habéis averiguado algo sobre él? —pregunta mientras se cruza de brazos.

—Está usando una identidad falsa —revela Máiquez, sacando un papel de su carpeta—. Lo hemos rastreado hasta 2002; antes de esa fecha no hay nada. Sabemos que ese año ingresó en la Universidad de Salamanca para terminar la carrera de Literatura. He hablado con ellos y en su expediente consta que fue un traslado desde Marsella, pero no hay registro de él en ninguna universidad francesa. Estuvo casado, pero su mujer falleció y entonces se mudó a Alicante.

—¿Algo sospechoso?

—Un excompañero dice que, justo cuando él se marchó de Salamanca, el médico que trató a su mujer se suicidó. Él se enteró porque su esposa, médica también, trabajaba con él. Podría ser casualidad, pero es extraño.

Alvar asiente, aunque hace mucho tiempo que dejó de creer en las casualidades. Se levanta y se acerca a la ventana. Son más de las cuatro de la tarde y la lluvia sigue complicando las tareas de búsqueda. Repasa mentalmente las palabras del profesor: «*Sé que está buscando a una chica*. *No debe hacerlo aquí. Piense un poco. Deje a un lado la impulsividad que le caracteriza…».*

¿Qué es lo que no está viendo?

Un agente irrumpe en la sala.

—Inspector… Ha venido alguien preguntando por usted.

35

—Sé que le ha pasado algo —repite Aura una y otra vez frente a Alvar, que trata de calmarla.

Los agentes que la acompañaban la han visto tan nerviosa que no han tenido más remedio que traerla a la comisaría.

—Tranquila, seguro que ha salido a dar una vuelta. ¿No están los niños con Marcos estos días?

—Sí, pero llevo desde esta mañana llamándola y salta el buzón de voz. Te digo que no es propio de Isabel. Quizá se ha venido abajo, no sé… Con todo lo que ha pasado… no me fío. Además…

—¿Además qué? —la apremia el inspector—. ¿Te preocupa que pueda volver a hacerse daño o hay algo más?

Ella vacila antes de responder.

—No te había dicho nada porque ella me lo pidió, pero estaba conociendo a alguien.

—¿Y por qué no podías contármelo? Aura, ¿qué te preocupa?

—Vas a pensar que soy una paranoica —se sincera—. Ayer me presentó al tío. Ella insistió, así que me tomé un café con ellos. No es que me diera mala espina, pero me pareció que todo iba muy deprisa. Lo que pasa es que ella estaba tan contenta, tan animada, que no se me ocurrió decirle nada. Pero, ahora que lo pienso, había algo en su forma de mirarla… Y ahora no contesta a mis llamadas. No puedo quitarme de la cabeza que le ha pasado algo. Por eso he pedido que me trajeran. —Hace una pausa para respirar hondo—. En fin… seguro que me estoy sugestionando y dentro de un rato me llama diciendo que se ha dejado el móvil en casa.

Alvar siente que el mundo se le viene encima. De repente, las palabras del profesor adquieren un sentido atroz: «*También a usted. Y a su familia. Tengo entendido que está a punto de casarse, ¿no es cierto, inspector?*».

No hablaba de Aura.

Se refería a Isabel.

Lo único que no entiende es cómo encaja ella en el perfil de Cantó.

—Aura, ¿qué sabes de ese hombre? —pregunta con una urgencia que la alarma aún más—. ¿Desde cuándo lo conoce?

—No sé. Dice que lo conoció en el hospital. ¿Por qué? ¿Crees que puede ser el asesino? —pregunta casi a gritos, con lágrimas en los ojos.

Alvar no responde. Se limita a girar la pantalla del ordenador.

—¿Se parece a este hombre?

Aura mira la fotografía y palidece.

Se lleva la mano a la boca y se derrumba contra el pecho de su prometido.

36

—Tenemos a dos mujeres desaparecidas: Lucía e Isabel, vistas por última vez ayer por la tarde. No sabemos si las tiene retenidas en el mismo sitio, pero su metodología nos hace suponer que sí. En el caso de Lucía, pudo ser elegida por su participación en el acoso a Alba Sánchez Romero. En cuanto a Isabel, no encaja en el perfil; supongo que es su forma de hacerme partícipe de su macabro juego.

Alvar expone las novedades con todo el aplomo que la situación le permite. Minutos antes, Gisbert ha sugerido apartarlo del caso por sus implicaciones personales. La discusión estuvo a punto de acabar en la calle, a puñetazos.

—Tenemos varios coches patrullando, pero hoy es difícil —advierte Holloway—. Las calles están abarrotadas y muchas están cortadas.

—¿La cabalgata no es mañana? ¿Por qué han cortado hoy?

—Hoy es el día de la Burreta —responde Gisbert.

—¿Alguien puede explicarme qué es eso? —pregunta Alvar.

—Se nota que no tiene hijos, inspector. Es el día en que salen los pajes; los niños van detrás de la burrita para entregar la carta a los Reyes.

—Suspendedlo. Quiero un coche patrulla cada dos calles, sobre todo en el centro. Ese hijo de puta está aquí y vamos a darle caza. —Señala los puntos clave del mapa—. Bloquead las salidas de Alcoy.

Una agente asoma para informar de que Aura ya se encuentra mejor. Él sale a verla. La encuentra recostada en una butaca y se sienta junto a ella.

—Voy a enviarte a casa —le dice mientras la abraza—. Arques enviará a Salgado para que pase la noche contigo.

—Ni lo sueñes —se planta ella, separándose bruscamente—. Es mi hermana. No me moveré de aquí.

Alvar sabe que es inútil discutir. Acuerdan que ella se quedará en la comisaría, pero no se moverá de allí bajo ningún concepto.

—¿Tienes hambre? —se interesa antes de dejarla sola de nuevo.

—No. Me he comido un buen puñado de estas. —Le muestra unas bolitas envueltas en celofán verde con letras doradas—. ¿Quieres una?

Reconoce el envoltorio: son las peladillas que el profesor le dio en su casa.

—¿Dónde las has conseguido?

—No las he comprado. Me las dio Isabel. Se las habían regalado.

El inspector coge una y corre hacia la sala de reuniones.

—¿Estas peladillas son de aquí? —pregunta con brusquedad.

—Sí, de La Española —le aclara Gisbert—. Una pastelería del centro, en la Plaza de España. Diría que es la única que las vende con ese envoltorio. ¿Por qué?

—Porque Cantó las ha comprado, al menos, dos veces allí. Y no creo que recorra media provincia para comprar siempre las mismas. Quiero que acotéis la búsqueda a un kilómetro a la redonda de esa pastelería. Tiene que estar cerca.

Pese a que no son ni las siete de la tarde, la oscuridad invernal y los nuevos copos de nieve, que empiezan a teñir el asfalto de blanco, hacen imposible continuar con las batidas a pie. Algunos voluntarios regresan cabizbajos mientras varios coches policiales parten desde la comisaría. A pesar de la suspensión de la Burreta, las calles siguen atestadas de gente.

Alvar y Holloway aparcan en el centro de la Plaza de España, donde varios agentes ya establecen un perímetro de seguridad. El inspector da instrucciones apoyado sobre el capó del coche mientras su compañero coordina los interrogatorios a los vecinos y pregunta en la pastelería.

—El dueño no está, pero la chica que han contratado de refuerzo cree haberlo visto esta mañana —lo pone al corriente Holloway—. Su jefe bajará en unos minutos.

—Bien. ¿Qué hay de los vecinos? —pregunta dirigiéndose a uno de los agentes que se aproxima al puesto de mando.

El policía lamenta no poder traer mejores noticias. Alvar vuelve sobre el mapa cuando otro agente se acerca corriendo.

—Inspectores, creo que tenemos un testigo —informa, señalando a un hombre en un portal cercano a la pastelería.

Cuando lo interrogan, el hombre les dice que cree haber visto a Cantó entrar un par de veces en el edificio. No le sorprendió porque hace un par de años que las dos viviendas del último piso se alquilaban como apartamentos turísticos tras haber sido reformadas.

—¿A dónde da este edificio? —pregunta mientras hace señas a sus hombres para que rodeen el edificio.

—A un patio de manzana —responde el testigo, asustado.

El inspector entra en el portal desenfundando el arma, al tiempo que Holloway avisa a Gisbert de que despejen la manzana y bloqueen todas las salidas del centro de la ciudad. Un oficial inutiliza el ascensor mientras Holloway sigue a Alvar escaleras arriba. Varios agentes les siguen. Cuando llegan al rellano, se reparten las dos viviendas de la planta.

—Policía —grita Alvar, aporreando la puerta.

No grita una segunda vez. La derriba de una patada y entra. Avanza apuntando con el arma. La única luz es la de la linterna acoplada a ella. Recorre la casa con la precisión que le enseñaron en la academia. Revisa habitación por habitación sin poder controlar la descarga de adrenalina que siente cada vez que irrumpe en una estancia. Solo queda una puerta al fondo del pasillo. Le parece oír algo tras ella, así que se acerca con cautela.

El golpe que recibe al abrir la puerta es tan fuerte que cae al suelo, inconsciente.

Cuando recobra la consciencia, se asoma a la ventana. El profesor se ha descolgado por la tubería y casi ha alcanzado el suelo. Avisa a Holloway mientras baja las escaleras de cuatro en cuatro. Sale a la calle y corre hacia la parte trasera del edificio ordenando a sus hombres que no dejen entrar ni salir a nadie. Escucha las indicaciones de su compañero, que está haciendo exactamente lo mismo desde el otro extremo. Pocos segundos después llegan a un callejón. Cantó aparece al fondo.

Está atrapado. Frente a él, Alvar. A su espalda, Holloway. Las salidas ya están bloqueadas por varios agentes.

—¡Alto! ¡Levanta las manos, cabrón! —grita Alvar, con la cabeza cubierta de una mezcla de nieve y sangre.

El hombre avanza despacio hacia el inspector, que le alumbra el rostro con la linterna.

—¡Levanta las manos, hijo de puta! —grita Holloway a sus espaldas.

El profesor continúa caminando sin mover los brazos hasta quedar a solo un par de metros. Alvar está a punto de disparar, pero se contiene.

—Tranquilo, inspector. Dígale a su compañero que no voy armado y que haga el favor de hablar con más educación. Recuérdele que está ante un catedrático y que merezco un respeto.

Habla con una serenidad y una cadencia que ponen a Alvar los pelos de punta.

—Hace tiempo que perdiste todo mi respeto. Ponte de rodillas.

—Solo le estoy pidiendo, inspector, que me trate con respeto. Créame, es lo que más le conviene.

—¡Que te pongas de rodillas, hijo de puta!

El hombre lo hace lentamente mientras se lleva las manos a la cabeza sin que nadie se lo ordene. Holloway se acerca por detrás y comienza a esposarlo.

—Queda detenido por el asesinato de Alberto Fernández, Miguel Bornay y Silvia Esteve…

Cantó alza la vista y mira fijamente Alvar.

—Y por el secuestro de Lucía Medina e Isabel Martín. No se vayan a olvidar, inspectores.

37

Alvar termina el café mientras observa a Cantó a través del cristal de la sala de interrogatorios. El profesor continúa impasible. Sentado con la espalda muy recta y las manos sobre las rodillas, mira fijamente al espejo, como si supiera exactamente quién está al otro lado del cristal. Viste como de costumbre, con un pantalón de vestir y una camisa sobre la que lleva un chaleco de punto. Cuesta creer que sea el mismo hombre que, apenas un rato, antes se descolgaba desde un tercer piso.

No han conseguido sacarle nada de camino a la comisaría. Ha insistido en que no hablaría sin un abogado, así que han tenido que esperar a que llegara el letrado para tomarle declaración.

—¿Qué opinas? —pregunta Holloway.

—No va a decirnos nada —vaticina él, sin apartar la vista del cristal—. Sabía que íbamos a atraparlo. Está demasiado tranquilo. Y el abogado no ayudará.

—No importa. Confiese o no, sus huellas coinciden con las encontradas en la consulta de Silvia Esteve. Ya es nuestro.

Un agente les indica que el sospechoso ya ha terminado de hablar con su abogado. Alvar y Holloway entran en la sala y toman asiento frente al profesor y su letrado.

El subinspector pone en marcha la grabadora bajo la mirada suspicaz del licenciado.

—Son las ocho y cuarto de la tarde del día cuatro de enero de dos mil veintiséis —comienza Alvar—. Comparecen en la sala de interrogatorios de Alcoy el inspector Alvar, el subinspector Holloway y el detenido, Jesús Cantó Domingo, asistido por su letrado, don Mateo Oñate Albiñana. Se le reitera que comparece en calidad de detenido y que se le acusa de los asesinatos de Miguel Bornay, Silvia Esteve y Alberto Fernández, así como del secuestro de Lucía Medina e Isabel Martín. ¿Ha comprendido los derechos que se le han leído previamente?

—Por supuesto, inspector.

—¿Reconoce haber cometido estos actos?

—Mi cliente no tiene por qué responder a esa pregunta —se interpone el letrado.

—No importa. Contestaré —accede el profesor, frenando a su abogado con un gesto—. Sí, lo reconozco.

—Dinos dónde las tienes.

—Suponiendo que sigan con vida, inspector.

La ira empieza a pesar más que la cordura.

—Que nos digas dónde están, hijo de puta.

—Contrólese, inspector —advierte el abogado.

—Como le dije, no hablaré si no se me trata con el respeto que merezco —dice Cantó con serenidad.

—Eres un puto loco que no merece ningún respeto —escupe Alvar—. Como no encontremos a esas mujeres con vida, te juro que no vas a volver a respirar tranquilo un solo día.

El profesor sonríe, satisfecho al verlo perder los papeles.

—Le repito —vuelve a llamarle la atención el abogado— que, si sigue así, tendré que tomar medidas legales. Está amenazando a mi cliente.

—Y tú —advierte Alvar, volviéndose hacia él—. ¿Estás orgulloso del trabajo que haces? Porque, si no encontramos a esas mujeres, te aseguro que buscaré la forma de encerrarte a ti también.

Ahora es el abogado quien sonríe.

—Déjelo, letrado —interviene el detenido—. Comprenda que el inspector está... emocionalmente implicado.

Alvar levanta el brazo, dispuesto a golpearlo, pero Holloway consigue frenarlo y convencerlo para que salga unos minutos. Cuando abandona la sala, su compañero lo sigue.

—Déjame intentarlo a mí —propone Holloway con cautela—. En una cosa tiene razón: estás implicado personalmente. Va a intentar hacerte perder el control todo el tiempo. Ese es su juego.

Alvar lo piensa unos segundos y acaba accediendo. Su compañero tiene bastante más mano izquierda que él. Entrará únicamente como oyente.

Los inspectores regresan a la sala. Holloway toma asiento; Alvar permanece de pie junto a la puerta.

—¿Qué hacía cuando lo detuvimos? Según tengo entendido, usted no vive en Alcoy.

—Ni yo ni la mitad de la gente que hay hoy aquí. No sé si sabe —deduzco por su apellido que no— que Alcoy celebra una de las cabalgatas de Reyes más importantes del mundo.

—Llevo viviendo aquí diez años, pero gracias por su interés, señor Cantó. No sé si sabe que la cabalgata es mañana, no hoy.

Cantó ni se inmuta ante el tono del policía.

—Sabemos que alquiló ese domicilio hace unas semanas —continúa Holloway—. Sí, ya tenemos esa información. Así que debo asumir que tiene a esas mujeres cerca de aquí. Ese piso era su centro de operaciones.

—Sé que ambos están deseando averiguar dónde se encuentran, pero tengan paciencia. Todo llega a su debido tiempo.

Alvar pierde la paciencia y golpea la mesa con fuerza.

—Ya estoy cansado de tanta gilipollez. Está haciéndonos perder el tiempo. Le juro por Dios...

El abogado protesta mientras el profesor sonríe, divertido.

—¿Por Dios? Ahora empezamos a entendernos, inspector. Le dije que pensara un poco. Vamos, no es tan difícil. Seguro que puede averiguarlo sin mí…

—Eres un puto enfermo. Voy a asegurarme de que pases el resto de tu vida encerrado. Tendrás mucho tiempo para estudiarte ese librito tuyo que tanto te gusta.

—En serio, inspector, no le hacía tan malhablado. ¿Qué tiene de malo lo que hago? ¿Acaso no hago el bien? El contrapaso ha de ser aplicado. Es la única forma de salir de este infierno y alcanzar el cielo. Igual que Virgilio condujo a Dante por el Infierno para alcanzar la salvación, yo los guío para que también puedan salvarse. ¿Acaso no merece morir alguien que ha matado a su familia? ¿O quien induce al suicidio o explota a sus trabajadores? ¿O quien atenta contra su propia vida? Debería darme las gracias en lugar de detenerme.

—¿Qué daño ha hecho Isabel? —pregunta Alvar

—A su manera, también se lo ha ganado. No tanto como los otros, eso se lo concedo. Pero eligió rendirse.¿No es eso también un

pecado? Tiene dos niños pequeños. Los habría dejado solos, con un marido infiel incapaz de proteger a su familia.

Cantó se detiene un instante para beber agua. Después continúa:

—Mi hermana también se suicidó. Pero ella, al menos, tenía una excusa. ¿Sabe que mi padre la dejó embarazada? ¿Y que casi muere intentando abortar? Él quiso salvarla. Ella no quiso aprender. ¿Sabe, inspector? Mi padre era un hombre brillante, pero se equivocó en una cosa: nunca hay que ir en contra de la familia. Mi madre debió deshacerse de él, pero, en lugar de eso, también se quitó la vida. Supongo que no pudo superar haber presenciado durante años aquellos abusos sin defender a sus hijos.

—Eso no justifica nada. Vas a ir a prisión. Quieren pedir la permanente revisable. Pero, si colaboras y nos ayudas a encontrarlas...

—No me importa. Si es la voluntad de Dios…

—No creo que Dios tenga nada que ver contigo.

—Eso ya lo veremos, inspector. Ya lo veremos.

El móvil vibra antes de que pueda responder. Es el subinspector Arques.

—Han llamado de Madrid —anuncia nada más descolgar—. Acaba de saltar una alerta en la División de Cooperación Internacional. Los italianos deben de haber encontrado algo relevante para la investigación. Quieren hablar contigo.

38

—La difusión de las imágenes del sospechoso ha hecho que, a primera hora de esta tarde, una mujer se presentara en la *Questura* de Siena. Al parecer, lo ha identificado como el hombre que la retuvo allí en 2002.

Alvar atiende la llamada internacional. No es el procedimiento habitual, pero la urgencia del caso ha llevado a Madrid a saltarse los protocolos y facilitarle directamente el contacto con el policía italiano.

—¿No se investigó? —se sorprende.

—Ella denunció los hechos, pero fue imposible seguirle la pista. Desapareció sin dejar rastro. Lo hemos comprobado y, lamentablemente, fue así. La mujer está aquí mismo. Puede hablar con ella, si quiere.

Diez minutos después, el inspector se sienta frente al ordenador de la sala de reuniones, preparado para comunicarse con la testigo mediante el sistema de videollamada encriptada de la policía. El resto del equipo guarda silencio. Cuando la conexión se establece, la pantalla se divide en dos ventanas. En una aparece la declarante —una mujer menuda, morena y de unos cuarenta y cinco años, vestida con ropa deportiva y gesto asustado— acompañada de un policía italiano. En la otra, el traductor de la División de Cooperación Internacional, en Madrid.

—Alcoy, aquí Madrid —saluda el agente—. Tenemos línea con la *Questura* de Siena. Haré la traducción simultánea. Inspector, cuando quiera.

—Buenas tardes, señora Barroso —comienza Alvar, mirando a la testigo—. Dígame cómo puede ayudarnos. ¿Ha reconocido al hombre de la fotografía?

Ella permanece en silencio unos instantes mientras escucha la traducción.

—Sí —confirma al fin—. Ese hombre me secuestró. Me tuvo retenida un día entero en una casa. Creí que iba a matarme.

—¿Lo conocía?

—Estudiábamos juntos en la universidad. Por eso confié en él y entré por mi propio pie. Entonces se llamaba Edward Sanders. Es él, aunque haya cambiado de nombre. Nunca podría olvidarlo.

—Cuénteme qué pasó.

—Salimos temprano de clase y me propuso dar un paseo. Dijo que quería enseñarme un lugar. A mí me gustaba. Era atractivo. Pensé que quería estar conmigo, que el paseo era una excusa para..., ya sabe. Era joven. A esa edad una nunca piensa que vaya a sucederle algo así. Cuando entramos en la casa me golpeó. Desperté maniatada.

—¿Cómo logró escapar?

—Porque me dejó sola varias veces. En uno de los golpes perdí el conocimiento y, cuando desperté, ya no estaba. No sé cómo lo hice, pero conseguí desatarme y huir. Cuando llegué a la comisaría para denunciarlo, ya había desaparecido. Me alegro de que lo hayan encontrado. Espero que esta vez no escape.

Alvar no aparta la vista de ella. Sin duda, es la única pista sólida que tienen para localizar con vida a las dos desaparecidas. Necesita averiguar todo lo posible del lugar donde estuvo retenida. Después, confiar en que exista algún paralelismo.

—Háble me del sitio al que la llevó.

—Era una especie de masía, una casa antigua… una f*attoria,* como decimos aquí. No puedo darle más detalles porque escapé de noche y tampoco me fijé demasiado al llegar. Estaba entretenida y muy pendiente de él. Cuando me quise dar cuenta, ya estábamos dentro. Lo único que puedo decirle es que los muros eran gruesos, de piedra, y las ventanas, pequeñas.

—¿Qué había alrededor? ¿Recuerda algo que le llamara la atención?

—Campo. Vegetación. Montaña. Lo típico de esas construcciones. No se oía nada, eso seguro. La casa estaba completamente aislada. De nada servía que gritara...

La voz de la mujer se quiebra y acaba rompiendo a llorar. Alvar espera en silencio mientras trata de serenarse. A su alrededor, el resto del equipo ya empieza a moverse: Gisbert da órdenes para

revisar las masías aisladas de la zona y varios agentes consultan bases de datos y cruzan información desde sus móviles y portátiles.

Pero Alvar necesita acotar más.

—Señora Barroso —insiste—. ¿Había algo alrededor de esa construcción que la diferenciara de las demás?

La mujer se encoge de hombros. Llora con la frustración de quien no sabe cómo ayudar.

—Solo recuerdo eso. Estaba oscuro. Olía a humedad y hacía mucho frío. Yo estaba en ropa interior… y mojada.

—¿Mojada? —se incorpora de golpe.

—Él me pegaba y luego me lavaba con agua para purificar mis pecados. Decía que me ayudaría a alcanzar el Paraíso cuando me matara. Aseguraba que el agua era sagrada, que provenía de un pozo que solo él podía tocar y...

—¿Qué acaba de decir? —la interrumpe.

—Que el agua era sagrada.

—Muchas gracias, señora Barroso. Madrid, corten la comunicación.

Alvar se aparta del ordenador y se vuelve hacia su equipo.

—Montad el operativo. Creo que ya sé dónde buscar.

Mientras terminan de coordinar el dispositivo de búsqueda, Alvar se toma unos minutos para comprobar cómo está Aura. La encuentra recostada en el mismo lugar donde la dejó hace un rato.

—¿Alguna novedad? —se interesa ella, incorporándose de golpe.

—Tenemos una pista. Voy a salir en unos minutos.

Ella le sostiene la mirada unos segundos.

—Quiero ir contigo.

—Eso ni lo sueñes —zanja él.

—Es mi hermana.

—Aunque eso no fuese una locura y, además, ilegal, no te dejaría venir.

—¿Es porque estoy embarazada? ¿Ahora sí te importa?

Se arrepiente al instante de lo que ha dicho. No tanto por las palabras como por el tono. No es el lugar ni el momento para tener esa conversación. Espera que él se dé la vuelta y se marche enfadado, pero Alvar se acerca y la abraza con fuerza. Ella rompe a llorar.

—Aura, no puedes imaginar cuánto lamento lo que hice. Sé que quizá nunca puedas perdonarme esa reacción, y lo entiendo. —Se separa para mirarla a los ojos—. Pero quiero que te grabes a fuego lo que voy a decirte: no hay nada más importante para mí que tú y el hijo que vamos a tener. Me has dado la mejor noticia que nadie podrá darme jamás.

Aura deja escapar una sonrisa.

—Cuando discutamos, cuando tengas ganas de mandarme a la mierda, cuando sientas que lo nuestro no vale la pena… recuerda esto: vosotros sois mi vida. Y ahora —añade con una sonrisa—, por favor, quédate aquí. No puedo trabajar si pienso que estás ahí fuera. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Durante un momento ambos permanecen en silencio, incapaces de apartar la vista el uno del otro. Es él quien da el primer paso y la besa.

Después, abandona la sala con la promesa de que encontrará a su hermana con vida.

39

—Ese cabrón está obsesionado con el agua. Buscamos una masía aislada con un pozo o un aljibe propio —informa Alvar mientras Gisbert conduce.

El todoterreno policial se abre paso a duras penas bajo la intensa nevada. La carretera empieza a desaparecer bajo un manto blanco.

—He localizado diez o quince casas por esta zona —Gisbert va señalando en el mapa que Alvar sostiene entre las manos—. Las he marcado con un círculo. Podemos ir una por una, pero nos llevará demasiado tiempo. Si sigue nevando, tendremos que poner las cadenas. No recuerdo haber visto nevar así. ¿Por qué estás tan seguro de que es aquí?

—Porque ese cabrón es jodidamente metódico. Seguramente busca escenarios que se parezcan a los anteriores. Y esto es lo más parecido a la Toscana que tenemos.

—Espero que tengas razón —murmura el alcoyano sin apartar la vista de la carretera—. No tendremos otra oportunidad. Ese hijo de puta conoce la zona. Sabe dónde esconderse.

Alvar asiente mientras estudia las marcas sobre el mapa. La Font del Rossinyol es una de las fuentes vinculadas a las rutas de masías de la zona de Polop Alt, un valle situado entre el Parque Natural de la Sierra de Mariola y el de la Font Roja, a unos diez kilómetros de Alcoy.

El lugar que más puede parecerse a lo que buscan en las inmediaciones de la ciudad.

Por la descripción de la mujer italiana, el entorno encaja. Seguir esa ruta parece la opción con más probabilidades de éxito.

Toman la salida en dirección a Bañeres de Mariola. Tras varios kilómetros, la carretera abandona la recta y empieza a serpentear entre las montañas. Diez minutos después, dejan atrás la vía principal y toman un desvío a la derecha. El asfalto desaparece bajo la nieve. El crujido de la grava bajo los neumáticos es la única

prueba de que siguen en el camino correcto. Más allá del alcance de los faros, solo existe nieve.

El valle se abre ante ellos, revelando un paisaje salpicado de masías dispersas y construcciones en ruinas.

Cuando llegan a la ermita de Polop, detienen el coche y esperan al resto de unidades. Ese es el punto acordado. Desde allí parten la mayoría de senderos que conducen hacia las masías.

En cuanto aparece el coche de sus compañeros, se distribuyen las rutas. Alvar y Gisbert toman uno de los caminos; Fernández y Holloway, el otro.

El sendero acaba obligándolos a detener el vehículo y continuar a pie. La nieve ya les llega casi hasta los tobillos. Según los cálculos del veterano, la primera masía debe de estar a poco más de un kilómetro. Avanzan con dificultad mientras mantienen comunicación por radio con el otro equipo, que ya está inspeccionando la primera casa sin éxito.

Están a punto de llegar cuando suena el móvil de Alvar.

—Inspector —le comunica uno de los agentes de guardia—, acaba de llamar un vecino. Cree haber visto un vehículo azul, parecido al que estamos buscando, circulando por uno de estos caminos hace un par de días.

—De acuerdo. Pasa la información a comisaría y llámame si hay cualquier novedad.

—Joder… —Gisbert da un golpe al volante—. Ya sé qué masía es. Y no sé cómo coño no he caído antes. Es el lugar perfecto para esconderse. Y para escapar. Tiene que ser esa.

—¿Volvemos al coche? —pregunta Alvar.

—No podremos avanzar sin cadenas. Podemos llegar andando. Solo tenemos que desviarnos un poco.

Los dos hombres retroceden unos metros y toman otra senda mientras Alvar avisa al resto del operativo. El terreno, cubierto por una capa de nieve cada vez más espesa, los obliga a avanzar todavía más despacio. El viento silba y golpea con fuerza, devorando cualquier otro sonido. Avanzan unos cuantos metros más hasta que, a lo lejos, distinguen la silueta de la masía, débilmente iluminada por la luna.

Se trata de una construcción de dos plantas con muros de piedra. La finca está rodeada por un pequeño muro de mampostería. Sin duda, encaja con la descripción de la mujer italiana.

—Tiene que ser aquí —dice Alvar—. Avisa a los sanitarios. Que estén preparados.

Echan a correr hacia la casa.

Desde fuera no se escucha nada. Solo el viento azotando las capuchas de sus anoraks.

Tampoco se ve una sola luz.

De un par de patadas, Alvar revienta la puerta y ambos entran empuñando sus armas. El haz de sus linternas ilumina débilmente la estancia en la que se encuentran: un amplio espacio diáfano de salón y cocina, del que parten varias puertas que conducen a los dormitorios y a un aseo.

—¡Policía!

Nada.

Ni rastro de que alguien haya estado allí recientemente. No hay restos de comida a la vista y enseguida comprueban que la nevera está vacía.

Alvar registra minuciosamente cada rincón de la planta baja mientras su compañero hace lo propio en la superior. Aunque la construcción es amplia, no tarda más de un par de minutos en comprobar que no hay nadie.

—¡Aquí arriba también está despejado! —informa Gisbert.

El pulso de Alvar se acelera.

Holloway informa de que ellos tampoco han encontrado nada en la masía que acaban de registrar.

—Seguid buscando —ordena Alvar—. Separaos si es necesario. No pararemos hasta comprobar cada una de las casas.

Se asegura en una esquina, baja el arma y se masajea la nuca. El pulso le martillea las sienes.

Quizá Cantó no esté imitando el patrón de Siena.

Quizá ya sea demasiado tarde.

Gisbert baja las escaleras y le hace una señal para que salga de la casa con él. Está a punto de seguirlo cuando tropieza con algo

junto a la puerta. Se agacha y palpa con los dedos un pequeño desnivel en el terrazo.

—Alumbra aquí un momento.

Su compañero ilumina el suelo mientras él golpea la baldosa con la culata de la pistola. Al segundo impacto, la losa cede y revela una robusta asa de hierro.

Tira de ella con fuerza y levanta el conjunto de baldosas. Una abertura, por la que apenas cabe una persona, queda al descubierto.

—¿Qué coño es eso? —suelta el veterano.

—Su escondite.

Alvar desciende primero.

La abertura conduce a unas escaleras que bajan hasta una planta oculta. El alcoyano lo sigue en silencio, cubriendo la retaguardia. Los peldaños desembocan en una puerta metálica gris, similar a las de los trasteros de cualquier garaje.

—¡Policía! —grita Alvar—. ¡Abran la puerta!

Silencio.

Golpea dos veces. A la tercera, la puerta cede de golpe.

Lo primero que perciben es el hedor, tan insoportable que ambos tienen que cubrirse la boca y la nariz con la ropa para no vomitar. El frío, mucho más intenso que en el exterior de la casa, los hace encogerse dentro de los anoraks, ni siquiera la descarga de adrenalina consigue mitigarlo.

Es un espacio estrecho y con el techo tan bajo que apenas pueden permanecer de pie. Los haces de luz de las linternas recorren las paredes húmedas y desconchadas.

Alvar distingue una figura inmóvil al fondo y comprende entonces que no han llegado a tiempo.

Hasta que, desde algún punto de la oscuridad, un gemido rompe el silencio.

40

—Déjame pasar, por favor. Somos compañeras.

Aura discute con la intensivista de guardia del Hospital Virgen de los Lirios de Alcoy, que se niega rotundamente a permitirle asistir a las maniobras de reanimación de su hermana.

—Tú sabes mejor que nadie que los familiares están mejor fuera, Aura —le recuerda la médica—. Lo mejor que puedes hacer por tu hermana es esperar aquí.

Cuando Alvar la llamó para decirle que habían encontrado a Isabel con vida, aunque en estado crítico, suplicó a uno de los agentes que la llevara al hospital donde iban a trasladarla. Por lo que el inspector pudo adelantarle —habían encontrado varios blísters de antidepresivos en el zulo donde retenían a Isabel y a Lucía— y por lo que escuchó comentar al médico del SAMU durante el relevo en la puerta de urgencias, todo apuntaba a una intoxicación por antidepresivos, probablemente los mismos con los que su hermana había intentado quitarse la vida tan solo unos días antes.

Lucía, sin embargo, no ha tenido tanta suerte. Aunque la encontraron con vida, entró en parada durante el traslado y murió en la ambulancia de camino al hospital. Probablemente a causa de la hipotermia.

Alvar le confesó que, cuando Gisbert y él entraron en el habitáculo donde las retenían, las encontraron desnudas, maniatadas e inconscientes, tumbadas sobre un charco de orina y excrementos. No hizo falta que añadiera más detalles. Aura sabe que, de haber llegado unos minutos más tarde, su hermana tampoco habría sobrevivido.

Son casi las once de la noche y el hospital parece desierto. Le sorprende encontrar el vestíbulo tan vacío, acostumbrada al trasiego constante del Hospital General de Alicante.

Aunque no tiene apetito, recuerda que ya no puede permitirse estar con el estómago vacío. Aprovechando que no la han dejado entrar en la UCI, baja a la cafetería. A esas horas está cerrada, así

que unas galletas saladas de la máquina pasan a convertirse en su mejor opción. Está a punto de subir de nuevo cuando ve entrar a Alvar con el teléfono en la mano.

—¿Cómo está? —pregunta él tras saludarla con un beso breve en los labios.

—No lo sé. Todavía no me han dejado entrar. He bajado a tomar algo.

—¿Quieres que te traiga algo caliente? —se ofrece, después de ver el paquete de galletas que sostiene entre las manos.

—Déjalo, no tengo hambre. ¿Alguna novedad?

—He conseguido la confesión —admite, aunque sin rastro de satisfacción—. Supongo que la fiscalía pedirá la prisión permanente revisable. Con suerte, no saldrá de la cárcel.

—No pareces muy contento.…

Aura se da cuenta de lo inapropiado del comentario. Sabe cuánto debe de atormentarlo no haber podido salvar a Lucía. Y aun así, no puede evitar sentirse egoístamente agradecida. Después de perder a sus padres, Isabel es la única familia que le queda.

Regresan a la segunda planta, donde se encuentra la UCI, justo cuando la intensivista sale para hablar con ella.

—Está estable —la tranquiliza en cuanto la ve acercarse—. Le hemos administrado sesenta miliequivalentes de bicarbonato sódico porque presenta un cuadro compatible con la intoxicación por antidepresivos tricíclicos. Con eso hemos conseguido corregir la acidosis. No hemos realizado lavado gástrico porque no sabemos cuánto tiempo había pasado desde la ingesta. También le hemos administrado carbón activado y, de momento, no ha presentado complicaciones cardíacas. Aun así, le he pautado midazolam para prevenir las crisis convulsivas.

—¿Cuánto tiempo crees que estará intubada?

—Esta noche, seguro. Mañana ya veremos, según evolucione. Puedes pasar a verla si quieres.

Alvar le pide que entre tranquila, que él la esperará fuera haciendo unas llamadas.

El inspector se despide de Aura y se acerca a la máquina de café. Necesita mantenerse despierto unas horas más. Pulsa el botón

y espera mientras el líquido empieza a caer en el vaso. Todavía no ha tenido tiempo de retirarlo cuando suena el móvil.

—¿Cómo está tu cuñada? —se interesa Gisbert al otro lado de la línea.

—Bien. Parece que está estable. ¿Cómo vais por ahí? En cuanto pueda volveré a comisaría para seguir con el papeleo.

—Me alegro. Pero no te llamo por eso.

Alvar deja de remover el café.

—¿Qué ocurre?

—Es Cantó. Insiste en que quiere hablar contigo.

41

El oficial encargado de custodiar los calabozos interrumpe la partida que está jugando en el móvil y se incorpora rápidamente al ver entrar a los inspectores Alvar y Gisbert.

—¿Se ha portado bien? —ironiza el veterano con sarcasmo, refiriéndose al detenido.

—Sí, inspector. Todo tranquilo.

El joven abre la puerta que conduce a la pequeña sala donde se encuentran las dos únicas celdas con las que cuenta la comisaría. Una está vacía.

En la otra, el profesor permanece de pie, inmóvil en mitad del habitáculo, observándolos a través de las rejas como si llevara rato esperándolos.

—Solo hablaré con el inspector Alvar —advierte en cuanto los ve aparecer.

Gisbert pone los ojos en blanco y suelta un bufido.

—Todo suyo, inspector —zanja, lanzando una mirada de desprecio al detenido—. Te espero fuera.

Alvar arrastra una silla metálica hasta los barrotes y se sienta frente a él.

—Me han dicho que querías verme. Pues ya me tienes aquí.

Cantó permanece callado unos segundos. Una sonrisa enfermiza comienza a dibujársele lentamente en el rostro. Hay algo perturbador en su expresión. Una serenidad impropia de un hombre que pasará el resto de su vida encerrado.

—Ahora va a tutearme, ya veo —ironiza—. Verá, inspector, quería verle para que entendiera que mi obra está a punto de completarse.

Alvar suelta una carcajada.

—¿Sabes? De todos los enfermos que me he cruzado en mi carrera, tú te llevas la palma. Y mira que me he cruzado con hijos de puta.

—No me subestime, inspector. No debería hacerlo.

—Escúchame bien —le advierte, inclinándose hacia él—. No vas a darme ni una puta lección más.

Cantó niega con la cabeza despacio, asqueado.

—Qué mal hablado, inspector…

—Vas a pudrirte en la cárcel —responde el inspector, intentando mostrarse lo más indiferente que puede—. Lo único que no entiendo es para qué coño querías verme. Todo se ha acabado. Y el juez tendrá muy en cuenta que no colaboraste para encontrar a las mujeres.

—Créame, esperaba que lo descubriera antes. Quizá fui yo quien lo sobreestimó. —Hace una pausa—. Cuando vino a verme creí haber encontrado, al fin, un rival digno. Ya sabe… la vieja historia del alumno que supera al maestro. Pero… qué decepción.

Alvar guarda silencio. Sabe que no obtendrá nada útil. Está claro que solo quiere provocarlo. Desgastarlo. Lleva dos días sin dormir y hace tiempo que se le acabó la paciencia.

—¿No va a decir nada, inspector? —insiste el profesor—. ¿Se le ha comido la lengua el gato?

—¿Por qué no te dejas de gilipolleces y me dices de una vez para qué me has hecho venir?

—Ya se lo he dicho, inspector.

—¡Y deja de llamarme así de una puta vez! —estalla, levantándose de golpe y acercándose a los barrotes.

Cantó sonríe, complacido.

—Ahora sí. Ahí está su verdadero yo. La naturaleza de la que no puede escapar. La soberbia.

El oficial asoma al escuchar los gritos.

—¿Todo bien?

—Sí —responde Alvar sin apartar la vista del detenido—. Ya me marcho. No pienso perder más tiempo aquí.

—Es cierto —concede Cantó—. No debería hacer esperar a alguien tan importante.

Alvar ya le había dado la espalda, pero se detiene de golpe.

—¿Qué has dicho?

El profesor ya no sonríe. Chasquea la lengua mientras niega lentamente con la cabeza.

—Ha de volver a casa, claro —sisea, arrastrando las palabras—. Su preciosa prometida debe de estar preocupada...

Alvar endurece el gesto.

—Si la tocas, te mato. ¿Me oyes? Te juro que te mato.

Cantó no se inmuta.

—Me ha quedado claro, inspector. Pero tenga clara una cosa: aunque haya encontrado con vida a esa mujer, jamás volverá a ser la misma. Está rota. Para siempre.

Un sudor frío recorre la espalda de Alvar.

—Su futura esposa lo comprenderá pronto —continúa—. Por eso, aunque pase el resto de mi vida aquí encerrado, para mí todo ha sido una gran victoria. Recuérdelo.

El inspector lo observa unos segundos más, inmóvil.

—Buenas noches, profesor.

Y sale de allí cerrando la puerta de un golpe.

—¿Qué quería? —se interesa Gisbert cuando lo ve asomar por la sala de reuniones.

Alvar se encoge de hombros.

Hace ya un rato que el resto del equipo se marchó. Alicante ya está preparada para recibir al detenido a primera hora de la mañana. Pasada la medianoche, la comisaría de Alcoy empieza a recuperar lentamente la calma de las guardias nocturnas. Algunos agentes ultiman informes frente a los ordenadores; otros vuelven a ocupar sus puestos.

Atrás quedan las horas de búsqueda desesperada, las carreras a contrarreloj, los cafés y las reuniones interminables.

«Y aun así, Lucía está muerta», piensa Alvar con rabia.

—Al menos lo hemos atrapado —dice Gisbert, percibiendo la pesadumbre de su compañero.

—Sí… pero llegamos tarde para Lucía —lamenta Alvar, dejándose caer en una de las sillas, cansado.

—Pero no con Isabel.

El alcoyano tiene razón. Si Isabel puede contarlo, ha sido sin duda gracias a ellos. Sin embargo, las palabras de Cantó continúan

resonando en su cabeza.

Consulta el reloj. Es tarde. Está agotado y aún tiene que pasar por el hospital para recoger a Aura antes de volver a casa. Sabe que el día siguiente será largo, así que comienza a recoger sus cosas.

Gisbert lo observa callado, sopesando si debe hablar o no.

—Javier —rompe el silencio al fin mientras se pone en pie—. Quiero decirte que, aunque al principio no me hizo ni puta gracia que los de la capital metieran sus zarpas aquí, ha sido un placer trabajar contigo. Si alguna vez necesitas algo, aquí estoy.

—Lo mismo digo —responde Alvar estrechándole la mano.

Unos golpes en la puerta los hacen volverse. Es Holloway.

—¿Te ibas sin despedirte?

—Creía que te habías ido con los demás —admite Alvar, estrechándole la mano.

—Estaba adelantando papeleo. Pero también me iba ya. Te acompaño al coche.

Fuera, el quitanieves ya ha despejado la carretera, dejando montones irregulares de nieve junto a las aceras. El cielo está completamente despejado y las estrellas brillan con intensidad por primera vez desde que llegó. O quizá sea la primera vez que se fija. El frío de la noche invernal le golpea el rostro nada más salir y se le cuela bajo el pantalón mojado.

Cuando llegan al vehículo, Holloway se apoya en el capó y enciende un cigarro.

—¿Nos echarás de menos? —pregunta, exhalando el humo de la primera calada.

A Alvar le gustaría decir que sí. Que, a pesar de las circunstancias, ha trabajado bien con él. Que le parece un buen policía y que quizá algún día le gustaría tenerlo en su equipo. Pero se calla.

Vuelve a estrecharle la mano, sube al coche y arranca.

Son las dos de la madrugada cuando Alvar se tumba por fin en la cama, exhausto. Ha recorrido el camino hasta Alicante en silencio. Aura, a su lado, tampoco ha encontrado fuerzas para hablar. Ahora duerme profundamente, encogida bajo el edredón.

Él, en cambio, permanece boca arriba, mirando el techo. Sabe que la descarga de adrenalina le impedirá conciliar el sueño tan pronto. Tiene la sensación de que el cuerpo ha llegado al límite. Cree que necesitará dormir dos días seguidos para recuperarse de las últimas horas.

Cuando por fin lo vence el sueño, lo hace en forma de pesadilla.

Sueña con un lago de sangre hirviendo. Miguel Bornay flota boca arriba sobre la superficie escarlata. Los ojos abiertos. La lengua hinchada, fuera de la boca. El cable al cuello.

Alberto Fernández Gandía ofreciendo el veneno a sus hijos, a Pilar Ampuero. Ellos retorciéndose de dolor. La expresión congelada por el asombro.

Silvia Esteve susurra algo al oído de Ferrán antes de que este salte al vacío desde su balcón.

Y luego aparece Isabel.

Sostiene entre sus brazos al hijo que espera con Aura.

Alvar se acerca y comprueba que es un niño.

Pero no llora. No respira.

Las imágenes se suceden una tras otra, cada vez más nítidas, más reales, hasta que, antes de que las luces del alba empiecen a filtrarse por las rendijas de la persiana, Alvar se despierta de un sobresalto, empapado en sudor.

EPÍLOGO

El sol se está poniendo sobre el mar cuando Aura termina de vestirse. Está nerviosa, no puede evitarlo. Se acaricia la curva del abdomen y se siente afortunada. Observa con cierta extrañeza la enorme cama de la suite del hotel de Altea donde se ha arreglado y donde pasará su primera noche de casada.

Fuera, los asistentes esperan a la novia. El complejo es precioso. Esa ha sido la única concesión que ha hecho: que sus suegros eligieran el lugar de la celebración. Teniendo en cuenta que iban a asistir a un enlace con solo quince invitados y con una novia embarazada a la que apenas conocían, era lo mínimo que ella podía hacer por ellos. No quiso esperar a la fecha acordada; calculó que para entonces ya habría parido y quizá estaría demasiado agobiada. Y así, con la excusa de organizar algo con tan poco tiempo de antelación, ha conseguido salirse con la suya y celebrar una boda mucho más íntima.

Por su parte, solo estarán presentes su hermana y sus dos sobrinos, sus amigas Susana y Claudia, y sus compañeras Elena y Toñi. Alvar, por la suya, solo ha invitado a sus padres, a un par de amigos y a sus compañeros de comisaría: Arques, Fernández, Máiquez y su jefe.

Es un precioso sábado de mediados de febrero. Aunque en un principio todo apuntaba a que llovería, el cielo está completamente despejado y la temperatura es suave.

Aura se inclina con cierta dificultad para abrocharse los zapatos. Las dieciocho semanas de embarazo —que obligaron a ensanchar ligeramente la cintura del vestido— ya se empiezan a dibujar en su vientre, aunque ahora todavía sería fácil confundirla con una comida copiosa. Isabel se apresura a ayudarla.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta con una sonrisa radiante.

Aura asiente. Le gusta tenerla a su lado. Aunque lleva unas semanas notándola extraña, la ve feliz. La verdad es que no deja de sorprenderle lo rápido que se repuso y tomó las riendas de su vida. Ella esperaba que necesitara meses para recuperarse, para olvidar todo lo que le había sucedido en pocas semanas. Pero Isabel demostró una fortaleza inquebrantable. Nada más salir del hospital, donde estuvo ingresada cinco días —dos de ellos en la UCI—, visitó a un abogado e inició los trámites para divorciarse de su marido. La custodia, compartida. Marcos siempre había sido un buen padre y ella no quiso que sus hijos se convirtieran en rehenes de una guerra contra su exmarido. Actualizó su currículum y encontró empleo en un periódico local, donde ha comenzado a trabajar hace unos días y al que se está adaptando muy bien.

La zona del hotel donde tendrá lugar la ceremonia ha quedado preciosa. Al aire libre y con el mar de fondo, el altar, decorado con cientos de flores, está preparado para recibir a la novia. Alvar, junto a su madre, lleva un rato aguardándola, incapaz de disimular los nervios. Está realmente guapo, incluso más que de costumbre, vestido de chaqué y con el pelo ligeramente revuelto que acostumbra a llevar. Aura no puede dejar de sonreír mientras avanza hacia él, recorriendo sus últimos pasos de soltera.

La ceremonia y el banquete nupcial transcurren entre la emoción y las risas. Los amigos y compañeros aportan el punto más divertido a una celebración que, de haber dependido exclusivamente de los padres del novio, habría estado marcada por la sobriedad más absoluta. Los recién casados, rebosantes de felicidad, prodigan continuamente gestos de afecto a todos los presentes. Alvar no puede dejar de mirar y besar a su esposa y ha de contenerse varias veces para no desaparecer con ella.

Los novios conversan, brindan y bailan con los invitados hasta bien entrada la madrugada, cuando, tras despedir a los últimos —Arques y Fernández, por supuesto—, se encaminan a la suite donde pasarán su primera noche de casados.

Bora Bora es el destino elegido para la luna de miel, además del regalo de boda de los padres de Alvar. Aunque tanto él como Aura se habían inclinado en un primer momento por un destino con más actividad, en el último instante decidieron cambiarlo por algo más apacible, donde pudieran descansar y coger fuerzas para la nueva etapa que se abría ante ambos.

«Y no hay nada más relajante que este lugar», piensa Aura mientras vuelve a girarse en la cama balinesa donde lleva ya un buen rato tumbada. A excepción de las largas horas que ambos pasan encerrados en el dormitorio y un par de veces que han practicado snorkel, esa es la única actividad que realizan desde que llegaron al hotel hace siete días.

Aura se incorpora y sale a la terraza. A lo lejos distingue a Alvar nadando en las aguas turquesas. Se alojan en uno de esos hoteles con lujosas villas que parecen flotar sobre el océano.

El móvil del inspector lleva sonando un buen rato. Cuando sale del agua, se sorprende al ver que Urriaga lo ha llamado seis veces.

—Joder, por fin contestas —brama su jefe nada más descolgar.

—Estoy de luna de miel, ¿recuerdas? ¿Qué ocurre?

—Es Jesús Cantó. Ayer se fugó. Está en paradero desconocido.

Se hace el silencio al otro lado de la línea.

—¿Alvar? Responde, coño.

—¿Ha salido de prisión para algo?

Su jefe exhala un suspiro.

—Al parecer, estaba ingresado en el hospital. Hace dos días intentó suicidarse en su celda.

—¿Cómo?

—Con medicación.

Urriaga duda un instante antes de continuar.

—Javier… Parece que alguien le ha estado ayudando desde fuera.

Alvar vuelve la cabeza hacia Aura y la observa zambullirse en el agua.

—Joder —estalla—. ¿Cómo han permitido que se escape? ¿Es que lo han dejado solo o qué?

—Estaba custodiado. Aún no sabemos qué ocurrió exactamente. Creemos que alguien lo ha ayudado desde fuera. Te mantendré informado. Pero te recomiendo que adelantes tu vuelta. Es posible que se ponga en contacto contigo y voy a necesitarte aquí.

Alicante, una semana antes…

Hace tiempo que no se siente tan feliz. Llegó a creer que no había nada más para ella. Que no servía para nada. Que nadie la querría. Por mucho dinero que tuviera, por mucha gente que la rodeara, nada lograba aliviar la soledad que sentía. Incluso la persona en quien más confiaba acabó traicionándola. Tocó fondo.

Pero entonces apareció alguien que lo cambió todo. Alguien que le abrió los ojos. Que le mostró el mundo como nunca antes se había atrevido a contemplarlo.

Únicamente lamenta una cosa: haber tenido que dejarlo todo atrás. Pero, al fin y al cabo, si deseas algo de verdad, has de luchar por conseguirlo.

Y ella ha apostado fuerte.

Termina de cepillarse el pelo y se lo recoge con una cinta. Tiene que darse prisa si quiere llegar a tiempo al trabajo. De todos los cambios que ha hecho en su vida, ese es el que más valora: disfrutar de un empleo y de una independencia.

Sale de casa y camina a paso ligero hasta la oficina. Saluda al entrar y se dirige a su despacho. Se sienta y enciende el ordenador.

Abre el correo con una mezcla de ansiedad y expectación. En realidad, solo le interesa uno.

«Amor mío, solo te pido un poco más de paciencia. Pronto estaremos juntos. Todo está saliendo según lo previsto. Hasta que llegue el día, cuídate mucho. Te quiero».

Isabel se acaricia el abdomen y sonríe.

AGRADECIMIENTOS

Quiero empezar agradeciéndote a ti, lector, que has dedicado una parte de tu tiempo a leerme. Que te haya entretenido, que te haya hecho evadirte, aunque sea durante un rato, de la monotonía del día a día es para mí el mejor regalo. Y no es una frase hecha. Bueno, tal vez lo sea, pero te prometo que lo digo de corazón. Al menos para mí, escribirlo ha sido algo que he hecho por diversión y que he disfrutado muchísimo. En un mundo en el que nos movemos a mil por hora, en el que siempre tenemos la sensación de habernos dejado cosas pendientes antes de irnos a dormir, que hayas dedicado a leerme una parte de ese poco tiempo que te queda para ti me hace infinitamente feliz.

Agradezco a mis compañeros que, cada día, con sus historias, sus anécdotas y seguramente sin darse cuenta, hacen que el trabajo, ese lugar donde pasamos casi más horas que en casa, sea un poco más llevadero.

A mis amigos. Ya sabéis quiénes sois. Aunque no os veo tanto como quisiera, sé que estáis ahí, y eso me basta. Gracias por vuestro apoyo y por esas horas que siempre encontráis para mí. A veces me pregunto si estaré a la altura de vuestra amistad.

Gracias a mis padres, que me apoyan en todo lo que me propongo; a mi hermano y mi cuñada, que siempre consiguen sacarme una carcajada, por muy jodida que esté; y a mis dos sobrinos preciosos.

A mis hijos, Javier, Martín y María. Sois todo para mí. Todo. Pero eso ya lo sabéis.

Por último, a quien me acompaña siempre en todas mis locuras, que no son pocas, y a quien tanto le cuesta decirme que no. Sin ti, este proyecto no existiría. Y no me refiero solo al profesional. Gracias por todo lo que me das.

Ojalá la lectura siga despejando caminos, abriendo mentes y derribando barreras. Porque, al leer, aprendemos a cuestionar lo que nos rodea. Leer nos hace libres.

Que nadie nos quite nunca esa libertad.

Un abrazo.

D.V.

DOLORES VALLCOP

EL CÍRCULO DE LOS VIOLENTOS



GCA